



Ariel Bianchi

Adolescencia: Epifanía y Temporalidad

**Ediciones de la
Revista del Instituto de Investigaciones Educativas**

**Queda hecho el depósito
que marca la ley N°11.723**

**Impreso en la Argentina
Printed in Argentina**

Prólogo

Este texto reúne seis artículos publicados en la Revista del Instituto de Investigaciones Educativas, La línea interior de afinidad entre ellos se concentra en los temas de adolescencia, familia y los antagonismos intergeneracionales. Estos contenidos responden a cuestiones hondamente sentidas en nuestro tiempo y ante las cuales debemos dar testimonio de nuestro modo de pensar y obrar como educadores.

El primer capítulo, que da título al volumen, propone la bella noción de **epifanía** como rasgo definidor de la difícil edad en la cual se abandona el territorio mágico de la infancia para ir en busca de la promisoría juventud. Toda la adolescencia palpita y vibra bajo el signo de la manifestación y el descubrimiento de los valores, sea en el orden del mundo íntimo, del cuerpo, de la sexualidad y el amor, de la aspiración a la autonomía y a la integración grupal, que son aspectos sucesivamente examinados. Si la epifanía, pues, va develando el ingreso en la vida adulta y consolida el aprendizaje y la orientación existencial, la **temporalidad** -como experiencia personal decisiva y como clave del cambio social- anuda de manera renovada la problemática familiar, la concepción del mundo generacional y replantea la gran cuestión de base: las relaciones entre padres e hijos, que constituyen los temas finales de este trabajo.

He volcado en estos capítulos ciertas convicciones muy profundas: la necesidad de espiritualizar los enfoques psicológicos, el respeto por la persona humana, el amor por la vida familiar, la creencia en el diálogo como instrumento ideal para convivir y la certeza de que las vivencias religiosas dan el único camino firme para construir una sociedad mejor.

Aliento la expectativa 'de que estas páginas sirvan como un llamado cálido a la comprensión y acción solidarias de adolescentes, jóvenes y adultos. No hay dolor más intenso que el desgarramiento de las generaciones. A la inversa, no hay felicidad que supere a la reconciliación de las edades separadas. A nuestra época le ha tocado vivir la ruptura de manera crítica, Por el juego pendular de las compensaciones, en las entrañas de los antagonismos se agita, sin embargo, la voluntad de reunificación. Esa esperanza nos reconforta y jamás nos abandonará.

Ariel E. Bianchi

Epifanía y temporalidad. (1)

Pubertad, adolescencia, juventud: En el uso corriente los tres términos se intercambian y su significado permanece incierto. En verdad se los puede distinguir y la tarea es útil. **La pubertad** designa estrictamente un hecho biológico que se refiere a un carácter sexual secundario (aparición del vello púbico). Por extensión alude a toda la transformación orgánica cuya aparición, desarrollo y culminación puede llevar entre tres y ocho años de vida y cuya seriación de etapas se llaman: a) prepubertad, período en que se inician los cambios corporales, pero todavía no se alcanza la función reproductora; b) pubertad, en sentido restringido, o período en el cual se alcanza la función genésica, pero no se han completado los cambios del cuerpo; c) post-pubertad en la cual se alcanza la plenitud de madurez física.

Durante estas fases, pues, el cuerpo quiebra primero y recobra después el equilibrio interno y externo, alterado al dejar la tercera infancia. La edad de ingreso en la pubertad se considera, como promedio, de 13.5 para las niñas y 14.5 para los varones, aunque es dable verificar que los estados de salud, modalidades de la alimentación, variaciones climáticas, componentes constitutivos, así como los antecedentes directos paterno-maternos, determinan precocidad o demora.

En el sentido etimológico de **adolescencia** confluyen dos significados: por una parte, crecimiento (que apunta a un óptimo); por otra, cambio que se padece (de ahí el verbo adolecer). Dicho en otras palabras, el sujeto psicofísica va en busca de un equilibrio que se lograría con el acabamiento del desarrollo. El ser del adolescente es un devenir hacia la maduración, hasta alcanzar la forma de joven adulto (adulto es el que ya ha crecido).

Esta denotación relativa al desarrollo con ser exacta es insuficiente y limitada, ya que el adolescente no es sólo una transformación más o

(1) El trabajo que a continuación se expone es el primero de una serie de cuatro relativos al tema de adolescencia. Posteriormente se encararán: *Significado del cuerpo y su imagen; Vivencias sexuales, eróticas y del amor; Autonomía, vida grupal y estimativa,*

menos acelerada de talla, peso; proporciones morfológicas, cambios endocrinos, etc.' Ser adolescente implica, de modo especial, un redimensionamiento de las conductas y un ensanchamiento del mundo. Desde luego que este proceso no es lineal ni regular en su expresión. Podemos mantener vigentes dos de los principios del desarrollo: a) crecimiento asincrónico y b) discontinuidad del ritmo, con referencia en ambos casos a la esfera psicosomática total. Esto genera una **peculiar manera de ser y existir**, acerca de la cual gira particularmente nuestro trabajo.

L a j u v e n t u d

juventud concierne al Cierre de la adolescencia, a la etapa de expansión social más rica, a la época de la elección amorosa estable, de la realización de los proyectos profesionales, de las definiciones políticas y religiosas. Juventud es la ocasión en que el sujeto de nuestra cultura puede afrontar y resolver los problemas básicos que se le plantean al hombre, porque ya ha alcanzado el nivel de madurez necesario.

Por lo tanto, la adolescencia tiene un polo biológico, la pubertad, con la cual se inicia y otro polo social, la juventud, con la cual concluye. Integrado con lo biológico y lo social está lo psíquico. Los cambios somáticos resuenan en el alma del adolescente, del mismo modo que los nuevos Intercambios socioculturales que debe encarar.

¿A qué edad concluye la 'adolescencia? No existe acuerdo en una cronología y, a menudo, hay incertidumbre. Pero es evidente que puede prolongarse más allá de lo que el Derecho define como "mayoría de edad".

Describir, explicar, Interpretar y comprender: Si nuestra cuestión central es caracterizar la peculiar manera de ser y existir del adolescente, para lograr una **descripción** adecuada acaso convenga retornar caminos ya transitados y rescatar las imágenes más significativas que se han ido decantando.

Una leyenda negra

Así podemos apelar, en primera instancia y-por su actualidad, a cierto consenso muy generalizado en nuestra sociedad. En ella el adolescente posee una imagen particularmente agresiva. Diríamos que puede discurrir desde **la rebelión sin causa** hasta **la leyenda negra**. Según esto, nuestro protagonista sería el problema insoluble de los padres, educadores, dirigentes políticos y religiosos. Sea a través de una superficial asimilación de una filosofía nihilista o a partir de un sistemático anticonformismo

hacia todo lo establecido tradicionalmente, el adolescente se manifestaría mediante conductas de desvío, con las cuales empuja al cambio. Esta presión de la generación todavía en gestación” para asumir posiciones de liderazgo, en contra de la generación “en gestión” directiva, sería la razón de ser de un juego evidente de tensiones sociales que se revelan en los conflictos familiares, las escaramuzas de las escuelas, los choques políticos, como asimismo en las precoces formas delincuenciales, en los comportamientos sexuales promiscuos, en la difusión de la drogadicción. Podríamos definir este cuadro de la adolescencia como **sociología de la anomia** (1).

Mi yo

Si en vez de elegir el camino de las manifestaciones exteriorizadas de interés psicosociológico, optáramos por una imagen más clásica, elegiríamos el camino interior, del cual han dado testimonio los diarios íntimos y al que han recurrido con distintas metodologías autores consagrados como E. Spranger (**comprensión**), A. Ponce (eclectico) y M. Debesse (**introspección**). En ellos se bosqueja la imagen de la adolescencia como **edad del descubrimiento del yo**; es decir, la etapa en que se gira la mirada hacia adentro para explorar el mundo interior. El punto de partida puede residir en la vivencia de la soledad y en la ansiosa búsqueda de una comprensión elevadora, que permita captar el sentido trascendente de la angustiosa experiencia anímica. E. Spranger nos trasmite una imagen espiritualizada del adolescente, transida de “vivencias metafísicas”, como búsqueda indefinida de lo absoluto, a través de intentos ingenuos, pero que denotan una aspiración profunda que se vuelca en ensayos literarios con frecuencia. Atendamos a un testimonio de una adolescente nuestra, de 14 años, que se adecua a este planteo:

“¿Qué soy yo, quién soy? ¿Para qué estoy aquí? ¿Qué misión cumplo? ¿La de amar a mis padres? ¿La de hacer feliz o infeliz a un hombre? ¿La de reír, la de llorar. . . o la de morir? Estoy convencida, a pesar de conocer muy poco la vida, de que se nace sólo para morir”.

Otro fragmento ‘muy expresivo de las vivencias descriptas por E. Spranger lo ofrece esta adolescente de 15 años, en un ejercicio literario escolar:

“Luz ocre. . . tristeza casi divinizada que me atraes. Empiezo ya a verte y a sentirte en mis horas. Ya te apoderas de mí, eres mi reina y señora. Ya todo me parece fatuo y es que te necesito, mi buena compañera y amiga. No me abandones hasta el postrer sus-

piro. . . Ya camino, ya siento tu sonrisa, te amo, soy tuya. . .”
(Notable impregnación erótica de la muerte).

Es evidente que la experiencia metafísica del adolescente se traduce en fantasías de vida-muerte, ser-nada, que generan una atracción siempre renovada por los autores románticos (Bécquer y Espronceda en el ciclo secundario).

Este afán de transmitir al papel las experiencias inefables como un modo de aprender a ver claro dentro de sí es una motivación constante para muchos adolescentes. Caso relevante y admirable, **Ano Frank**.

Ambición y
angustia

Por su parte, Aníbal Ponce comienza por definir a la adolescencia como **una nueva cenestesia**. Sobre esta explicación biológica (irrupción de nuevas hormonas- en la sangre) descansa lo ulterior, que puede articularse en el esquema alternante de **/a angustia** (expectativa en la duda, repliegue ante **el** fracaso) **y la ambición** (expectativa en el triunfo). El juego pendular de los sentimientos que preanuncian una u otra opción, también se muestra en las oscilaciones del adolescente entre la esquizoidia y la cicloidia, entre las conductas autistas y asociadas y las transiciones de depresión-exaltación. El regusto de nuestro protagonista por gozar experiencias afectivas intransferibles -en la línea de la intimidad siempre- lo ejemplifica con precisión A. Ponce a través del testimonio de un novelista muy difundido en su tiempo: Pierre Loti y su descripción del **sentimiento élmico (2)**.

La originalidad

El tercer aporte que recordaremos es el de M. Debesse. Para el ilustre profesor de Estrasburgo el núcleo de la adolescencia se puede cifrar en la **crisis de originalidad**, que define así: “Se manifiesta por un agresivo disconformismo que confunde a los adultos y a los adolescentes mismos. Traduce posesión de conciencia.’ Suscita un vigoroso sentimiento del valor personal, de la unidad de experiencias y remata en una exaltación de la personalidad naciente y en una especie de egotismo personal, para apoyarse -al fin- en una rudimentaria y frágil síntesis mental” (3).

Como un dato concreto de esta crisis, finamente analizada en el libro de M. **Debesse**, transcribimos algunas de las conclusiones de los resultados de una encuesta sobre el tema, que siguió el modelo propuesto por ese autor (4):

“La palabra **originalidad** sugiere a los adolescentes algo fuera de lo

común, novedoso y creativo. Ellos relacionan fácilmente originalidad con "personalidad" y "subjetividad". La mayoría respondió haber deseado ser originales aproximadamente a partir de los 13 años. Esa originalidad se manifestó en modalidades de pensamientos, sentimientos y actitudes, así como en la vestimenta y el arreglo personal. Agregaron que esa vivencia estuvo caracterizada por una toma de posición frente al mundo, un empezar a sentirse diferentes en sus modos de sentir, de pensar y de actuar. Las causas de ese deseo de originalidad las concretaron así: necesidad de gratificarse, de rechazo a lo común y búsqueda de su propia afirmación, tanto como un deseo de superarse",

"La mayoría respondió que no les gustaría parecerse a nadie, porque -de hacerlo- dejarían de ser personales. Otros, los menos, respondieron que gustarían de adquirir ciertas actitudes de otras personas (actuales o del pasado), pero dándoles un matiz personal." (5)

Un proceso

Las contribuciones venidas especialmente de autores que han cultivado la exploración de la intimidad anímica del adolescente, dan pie para sustentar un esquema que intenta reducir la adolescencia a un proceso evolutivo que se cumpliría en tres etapas.

Un diseño ideal: R. Hubert (6) ofrece una descripción precisa de esta edad que va anudando, sobre todo, las transiciones que se operan en los sentimientos de amor y del plan de vida. Tendríamos así: a) **Preadolescencia** (etapa del repliegue y de la inquietud). Rasgo dominante: reactivación del egocentrismo, regreso al período infantil. El desarrollo biológico es el núcleo de los problemas y es factor decisivo de las nuevas actitudes y conductas. No se plantea todavía la relación entre los sexos, hay -más bien- conciencia de las oposiciones y búsqueda de apoyo en los compañeros del mismo sexo. Momento de predominio de la intimidad, búsqueda de refugio en la segregación del mundo adulto, contra el cual inicia la rebelión. Despunta el entusiasmo lírico y tiende a proyectar los estados de ánimo en el paisaje, así como busca la expresión literaria y musical.

b) Adolescencia, en sentido estricto (etapa de la búsqueda indefinida): Apogeo de la "anarquía de tendencias" (P. Mendousse) y los ciclos de introversión-extraversión, exaltación-depresión. Ansiedad que se nutre de la indefinición de los objetos buscados. Ni el sentimiento, ni la inteligencia quedan satisfechos. Pero, eso sí, se ambiciona con grandeza (**todo o nada**). Se manifiesta en un entusiasmo candoroso por lo bello, lo justo,

lo noble. Hay afán de manejar grandes síntesis, grandes palabras, cerrar la cadena de los interrogantes absolutos. En el plano de la acción se avanza sobre la contradicción y la inconstancia, a borbotones y con desmayos, con reiteradas crisis de inseguridad. La relación con el otro sexo también se ensaya, camino hacia una integración física y psíquica. Se ama más en abstracto, en ideal.

c) Post-adolescencia (acceso a la edad de joven adulto, etapa de la definición y fijación de los objetos individuales y afectivos): Se progresa en la estabilidad de los objetos de amor y de realización profesional. Se organizan las síntesis mentales que decantarán la concepción de mundo y vida.

Si bien este planteo es atractivo (podríamos hablar en adelante de una **baja, media y alta adolescencia**) no deja de ser un ensayo en el cual la imagen que buscamos aparece en ciertos aspectos idealizada con relación a nuestra percepción actual y a la profundización de ciertas áreas del comportamiento. A esto nos dedicaremos luego (significado del cuerpo; vivencias sexuales, eróticas y del amor, etc.), cuando hayamos cerrado este capítulo de caracterización del adolescente. Es innegable que su compleja realidad de ser y existir permiten intentar fructuosamente otras vías de exploración. Consideremos ahora el aporte de K. Lewin y su escuela (7).

Persona y
ambiente

El espacio vital del adolescente: La conducta puede ser vista como función resultante de la persona y el ambiente (postulado básico de la teoría topológica). El sujeto supone una historia psíquica individual. El ambiente implica una realidad objetiva 'determinada y un modo subjetivo de apreciarlo, que puede ser muy distinto. Así se estructura lo que se ha denominado **el espacio vital**, integración de aspectos físicos y psíquicos en el que obran fuerzas variadas: barreras, vías de comportamiento permitidas, objetos atractivos o rechazados. A medida que el niño crece, su espacio vital se expande y el ingreso en la adolescencia marca un momento crítico en ese plano. El adolescente posee un campo de conducta más amplio que el niño; en primer término, porque profundiza la **dimensión tiempo**, puesto que su mirada no se concentra en el presente, sino que se proyecta hacia el futuro. En segundo lugar, crece la complejidad de su relación entre lo real y lo irreal, por acción de **su fantasía**. Y, por fin, lo que es más arduo, el adolescente abandona tipos de comportamientos aprobados para marchar hacia otras conductas todavía no aceptadas **ni** seguras en su eficacia. Es por eso' que organizar los diversos

campos de la conducta familiar, grupal, heterosexual, etc., constituye la fuente de una variada gama de conflictos.

Ahora bien, resolver problemas de comportamientos cuando tenemos a mano formas estabilizadas y confirmadas de acción en la vida cotidiana, nos concede confianza y seguridad (caso adulto normal). Solucionar las dudas de conducta cuando recibimos apoyo exterior afectuoso y tolerante de padres y maestros, disminuye las tensiones e incertidumbres (caso infantil normal). Pero el adolescente no está en lo uno ni en lo otro. Su situación es de transición, en muchos aspectos indefinida para él y para quienes lo rodean. Ni 'quiere que lo ayuden' a resolver sus vacilaciones, ni tolera las críticas conducentes. Los que están a su lado esperan que se sepa valer por sí mismo, o no aciertan con la oportunidad de colaboración. De ahí que los jovencitos se tornen contradictorios e inestables, con oscilaciones bruscas de timidez y audacia.

Si profundizamos el problema, apreciamos que el desconocimiento de las pautas de comportamiento conduce a elegir respuestas exageradas, sin proporción con las circunstancias. El adolescente tantea, busca pistas, se pone a prueba y pone a prueba a los demás. Del mismo modo es sugestionable a los estímulos, porque carece de un sentido crítico fundado en la experiencia. En la incertidumbre opta por seguir la conducta de sus compañeros de edad, a fin de obtener el reaseguro indirecto que le brinda el respaldo de la mayoría de los coetáneos.

Por todo lo que esta descripción alude, la adolescencia ha sido vista como edad **marginal** y también **ambigua**. Lo primero, porque no siendo todavía adulto y debiendo aprender las pautas por las que se guían los mayores, transita por una franja incierta y postergada, en la que sus comportamientos a veces son compatibles, otras se interfieren y -por último- son antagónicos con relación a las expectativas de los mayores. Lo segundo, alude expresamente a la indefinición de sus esquemas de acción.

Nos permitiríamos agregar a este valioso aporte topológico que, si bien la descripción del espacio vital adolescente es válida, podemos convenir, también, en que ese enfoque podría extenderse a las generaciones adultas del mundo de hoy. En una sociedad que cambia tan aceleradamente como la de nuestro tiempo, el mayor es llevado a menudo a situaciones pueriles. Cuando los sistemas de valoración y las conductas se modifican incesantemente y no hay ocasión para decantar criterios de acción eficaces, aprobados y coherentes, la sociedad de los mayores corre el riesgo de tornarse **marginal y ambigua**. Llegaríamos así a una curiosa encrucijada donde todos compartiríamos una situación adolescente.

Aporte de la novelística! El camino del arte es otra vía muy rica en hallazgos significativos con relación a esta edad. De entre muchas formas muy ricas (plástica, poética, cinematográfica, etc.) elegimos la literaria y en ella, con mucho esfuerzo en la decisión, tomamos La **desobediencia** de A. Moravia (Edit. Emecé, Bs. As.). Tomemos algunos momentos significativos de la progresión dramática ahí 'narrada, cuyo protagonista es Lucas, un adolescente recién ingresado en la pubertad:

Lucas es invitado a jugar al fútbol: "Su primer impulso fue el de aceptar, pero al mismo tiempo una misteriosa resistencia cambió las palabras que ya brotaban de su boca.. ." y termina por rechazar la invitación. Más tarde comprende la razón de su negativa: "Era como si los que se alejaban no fuesen sus compañeros, sino su infancia en una separación definitiva" (págs. 30/31).

Descubre entonces que **la desobediencia** hasta entonces manifestada con relación a la escuela, ahora la puede ampliar a otros campos, abarcar otras cosas que, a 'fuera de 'normales y obvias, se le habían pasado por alto: los afectos, por ejemplo, y, en un caso extremo que lo fascinó súbitamente, el hecho mismo de vivir" (pág. 33).

Se trataba en verdad "de descubrir, paso a paso, las situaciones en las que vivir significaba hacer ciertas cosas y morir, hacer las contrarias y elegir regularmente las segundas" (pág. 33). Si bien el amor filial no lo une ahora a la vida, todavía arde en él el sentimiento de propiedad, lo mío: "Desde niño Lucas había dedicado a los objetos de que era dueño un sentimiento celoso y exclusivo. . ." (pág. 41). Aún guardaba los juguetes simples de muy criatura y los más complicados, como el mecano y el teatro de títeres. Más tarde había mudado "el placer desinteresado del juego ante la pasión del coleccionista". Había experimentado un ingenuo despertar de la avaricia, pero ahora -fiel a su propósito de destruir lo suyo- entrega a un conocido su colección de sellos. Y, cuando hace real el sacrificio de esa parte de sí "advirtió que su sufrimiento era muy distinto del que había imaginado. Después de creer que sufriría por avaricia, terminaba descubriendo que sufría, en cambio, por compasión de sí mismo. Le fue imposible no pensar que se estaba encarnizando consigo mismo, como si su persona se hubiese dividido en dos. . ." (pág. 49).

Luego se desprende de sus libros. Y al ver los estantes vacíos no experimenta el placer de quien se aligera de carga para emprender un viaje, sino "el del desembarco en una tierra desnuda y deshabitada donde sabía que nadie lo esperaba" (pág.54).

Anulados sus afectos, separado de los objetos que lo ligaban a la vida, enterrada su avaricia, como un anticipo de sus propios funerales, le queda a Lucas emprender la destrucción de lo que él cree es su yo, su misma persona. Emprende el anonadamiento de su cuerpo, "la última parte de su plan: la muerte física" (pág. 66). Así como hay reglas para vivir, las hay también para morir, entiende Lucas "y si para vivir era necesario poner amor en el estudio, amar a los padres, acumular dinero, aferrarse a los objetos, comer; análogamente, para morir era necesario no comer, perder el afecto a las personas y a las cosas y, sobre 'todo, dormir" (pág. 67).

Sin embargo, en el fondo, los instintos de la vida son más fuertes de lo que Lucas cree y todas estas reglas para morir que se va dictando, no son sino postergaciones de la decisión contra la cual luchan los impulsos vitales. Y por eso se sorprende de que una palmada cariñosa del padre todavía lo estremezca y le haga notar que aletean sentimientos que ya creía marchitos.

El sexo había permanecido aletargado en Lucas. Pero una circunstancia imprevista en sus cálculos de autodestrucción perturba su plan. El nuevo factor es una institutriz ya madura, pero aún excitante, que juega con los niños de una tía del protagonista, y enciende el apetito del adolescente. Su programa de anonadamiento sufre una demora; la animalidad de aquella mujer le atrae. Consciente del placer que le provoca, Lucas se propone, odiar su vivencia. Quiere negar su deseo y para ello no aparece en el salón donde se mueve la institutriz. Pero fracasa. Entonces recurre a un mecanismo intelectual, para deshacerla. Va a ver a la mujer para desmenuzarla y crearse un sentimiento de repugnancia, mediante un cruel análisis. Al poco tiempo se da cuenta de que por “una misteriosa operación, le agradaba porque era madura, porque era desgarbada, porque estaba marchita” (pág. 79). “El deseo de los sentidos había sido, pues, más fuerte que su deseo de muerte” (también pág. 79).

A nuestros fines no llevaremos más lejos esta síntesis, La enfermedad del adolescente, que aparece como una suerte de suicidio, obra paradójicamente a manera de purificadora. Cuando se recupera, se siente limpio y puro. Al observarse en el espejo, luego de tres meses de enfermedad transida del delirio más tortuoso, el sentimiento que le suscita la visión de su rostro lo sorprende: “afinado, por la enfermedad parecía emerger de la fiebre y el delirio, purificado lo mismo que un paisaje, durante largo tiempo deslucido y alterado, de las nieblas de un violento temporal. Advirtió que sentía amor por ese rostro de adolescente que lo miraba con ojos soñadores. Era, en verdad, el mismo amor que sentía por la mujer (ahora una enfermera) y por todas las demás cosas; pero recordando el odio que antes había alimentado hacia sí mismo, le pareció el aspecto más importante de su transformación” (pág. 147).

Al recobrarse, Lucas reconoce que el amor por su cuerpo le da la pauta de un yo recobrado. Y la impresión se refuerza cuando se mira a sí mismo, en el agua de la bañera; incierto, ondulante, teñido por una leve luz azulina: su cuerpo le inspiró, como antes su rostro al verse por primera vez en el espejo, una sensación de afecto” (pág. 153).

En este texto es claro apreciar la influencia psicoanalítica en el escritor. Así se manifiestan los temas de la sustitución de los objetos de amor-odio primarios, el conflicto entre los instintos libidinosos y tanáticos, los procesos defensivos del yo como la formación reactiva, el problema del cuerpo y su duelo, entre otros. Lucas pone de relieve la dimensión profunda e inconsciente que lo determina. Es sujeto apto para **la interpretación** en sentido freudiano.

La marea que
asciende de
la vida

Recapitulación y posición propia: Comenzamos anotando en el ingreso en esta edad episodios de crisis biopsíquicas y luego de orden psicosocial. Crisis que significan rupturas de formas de adaptación elaboradas en la vida infantil. A partir de ahí la condición existencial más relevante del adolescente, es el paulatino crecimiento intrínseco para tomar conciencia de **sí** (rasgo de **inmanencia**) y de apertura al mundo (**trascendencia**).

Si quisiéramos expresar de un modo gráfico nuestro modo de percibir al adolescente, diríamos que es "la marea que asciende de la vida". Es un **élan** psicobiológico que se vivencia con una conciencia antes inexistente. Esa corriente que se expande hacia lo alto y lo ancho busca una meta creadora para su vida personal y su reconstrucción del mundo. Su drama se origina en la necesidad de aprender para crear -lo cual lleva tiempo y exige paciencia-; de ahí su tendencia a la revuelta destructura, porque es más fácil y se puede hacer ya mismo. En estas alternativas el adolescente recae en la contradicción y la ambivalencia, también en la frustración frecuente antes de hallar su identidad (8). Su debilidad para sortear obstáculos lo torna agresivo o regresivo. Aspira a lograr la autonomía, pero todavía no sabe que ésta es compatible con 'la relación social constructiva. Tiende a ver el conformismo como equivalente a una buena adaptación social reclamada por los adultos para el beneficio de éstos. Por ello desconfía o adopta posiciones de **identidad negativa**, en el sentido de E. Erikson.

A través de altibajos y pausas, de dudas y aceleraciones del desarrollo y la maduración, nuestro sujeto se va haciendo, empujado por una voluntad de poder que cobra altura ante sí mismo y los demás. Su rasgo moral más noble es una búsqueda de autenticidad, esa aspiración al "todo o nada", ese afán de realizar con turbulencia, sin suficiente tenacidad ni armonía.

Hay una diferencia que juzgamos esencial entre el niño y el adolescente. Sin duda, también el sujeto infantil nos trasmite el impulso vital ascendente. Pero él es parte de la naturaleza todavía. Su desarrollo está más determinado por la constitución biológica y su adhesión al mundo natural. Sus virtudes también son de ese orden; del niño decimos que es juguetón, ágil, sano, robusto, etc. El conflicto del niño se entabla entre su desbordante naturaleza originaria y el proceso de enculturación que impone la sociedad.

El adolescente ya está en el mundo- cultural; su proceso crítico se

verifica dentro de la cultura misma donde habita. Como lo ha señalado Piaget (9), a la moral de presión del niño, sigue la moral de cooperación del adolescente; a la conducta heterónoma infantil, sigue la forma autónoma. El adolescente quiere él mismo llegar a dictarse la ley en la dimensión de las áreas de la cultura que transite. Es cierto que también hay en nuestro sujeto un **élan** biológico, pero integrado con una conciencia que transforma el proceso.

Completemos nuestro boceto. El adolescente avanza hacia la madurez (aunque a veces no parece quererlo). Maduración implica una evolución intrínseca, un enriquecimiento íntimo. Se aproxima a una armonía de funciones psicofisiológicas, así como a un desarrollo pleno de las posibilidades. Exteriormente esa madurez se manifiesta en formas más matizadas, diferenciadas y múltiples de la conducta. Interiormente significa un grado positivo de seguridad ante sí y ante el mundo. La maduración de la personalidad se denuncia con nuevos y más perdurables modos de trascendencia.

La epifanía

Sea por la dimensión del cuerpo que se transforma y se abre a los misterios de la sexualidad; sea en el plano de una intimidad abismática que permite avizorar experiencias metafísicas en las cuales la vida y la muerte se entrelazan; sea por la expansión sociocultural, los modos diversos de realizar y estimar al mundo de los hombres y los objetos; en cualquier sentido, adolescencia **es** época de **manifestación** de áreas nuevas de conducta, **es revelación** de valores encarnados en personas y bienes; **es**, en fin, **epifanía**. Todo se quiere descubrir; la iluminación, súbita o lenta, va substrayendo velos de la naturaleza y la cultura.

Pero dista de ser la última de las formas de manifestación. Es, sí, la época en, que con mayor intensidad y amplitud se da esa subyugante epifanía. Luego se aprenderá, en otras estaciones de la vida, que el asombro no cesa para el que mantiene los ojos abiertos, el corazón palpitante y la mente perspicua.

Corolario sobre la temporalidad

Puesto que nuestro propósito es caracterizar el ser y existir del adolescente y como la temporalidad es esencia del existir, quedaría incompleto este ensayo si no lo cerráramos con un examen de las vivencias de la temporalidad propias de esta etapa.

J, Piaget (10) ha analizado con precisión la construcción de la noción

del tiempo en el niño, mediante métodos experimentales. En sus trabajos hace referencia a:

Estadios / y II. Todo ocurre "como si" el tiempo se redujera a experiencias de espera, deseo, éxito o fracaso. Se advierte un cierto orden de sucesión, pero ahistórico, que no permite rehacer la serie de actos vividos. Cada sucesión es como un deslizamiento hacia la meta esperada, vivida como un presente sin pasado. La experiencia es puramente interior y no se relaciona con una seriación de sucesos externos al yo, porque no hay límites definidos entre el yo y el mundo.

Estadio III. Las reacciones; circulares secundarias conducen a construir series subjetivas, puesto que el niño no puede concebir sino sucesiones originadas en él mismo. Todavía no existe **el tiempo objetivo**.

Estadio IV. Hay avance hacia la objetivación por un progreso en la adecuación de medios a fines, organización de los grupos de desplazamiento y una coordinación de los actos con los sucesos externos.

Estadio V. Progresan las series temporales en la generalización de los esquemas de acción, pero no hay todavía memoria.

Estadio VI. Con la representación se inserta la memoria y la posibilidad de vincular sus acciones con series históricas. No hay ajuste objetivo en las series, que siguen teniendo el sello de la subjetividad egocéntrica, pero se genera la posibilidad de coordinar la duración propia con la duración de las cosas.

La situación adolescente -pensamos nosotros- marca un retorno al egocentrismo, una tendencia a engolfarse en la fantasía y a desprenderse del ajuste al cuadro del tiempo-espacio objetivo. Por supuesto que el adolescente ya ha construido esas nociones y las maneja en sus operaciones mentales. Pero interpretamos que es legítimo plantearse la duda de si las vivencias íntimas no escapan al constructivismo propuesto por J. Piaget.

Si la hipótesis es válida, podríamos señalar; como consecuencia, estos momentos de la experiencia temporal adolescente:

Las expectativas de los dos primeros estadios señalados por el autor ginebrino reaparecen bajo forma de **angustia y ambición** (reencuentro con A. Ponce). Estas vivencias no están exentas de historia, pero conciernen especialmente a la memoria autística y al proyecto de vida futura. Son anticipaciones positivas o negativas experimentadas imaginativamente. Los tiempos se mezclan, el presente es a menudo "un futuro sido". Tampoco hay coherencia en las series temporales objetivas y el adolescente se desliga de su

opresión. Recupera un pasado o adelanta un porvenir, que se rozan caprichosamente con los datos de la realidad.,

- * El adolescente construye en su dimensión ,autística sus propias series temporales. Le encanta retomarlas en sus ensueños diurnos en los que reitera un tema dramático al que matiza, abre y cierra arbitrariamente. Si tiene disposición, escribe; porque es un constructor de fábulas de las cuales sólo él ,puede reclamar la paternidad.
- En el campo de su conducta las fuerzas del tiempo-espacio objetivos le reclaman ajuste adaptativo y lo presionan más y más a construir series históricas reales. Pero el adolescente siente **como si él empezara la historia**. Su memoria social penosamente admite la serfación universal. Hechos y situaciones, circunstancias y procesos-son deformados 'por su memoria autística que borra, subraya, entrecruza y elabora.
- El tiempo posee ritmos diversos. Existe el tiempo ácuero, "el tiempo de agua" que fluye sin obstrucción. Pero está "el tiempo melaza" que es viscoso. Al adolescente le cuesta asumir el tiempo real de las obligaciones. Se resiste a despertar, prefiere permanecer en el tiempo -duración de sus sueños y ensueños-. Por ello también se resiste a acostarse a la noche porque le es duro quebrar la inercia de la vigilia. Sus dos dimensiones del tiempo y sus dos memorias son andariveles que no encuentran comunicación fácil.
- * El avance en 'el campo de las actividades organizadas va regulando el proceso y coordinando las dos vivencias del tiempo y de las memorias.
- * Finalmente, el tiempo objetivo y la memoria social lo van dominando. Aunque intermitente, el adolescente recupera la frescura y la libertad del tiempo duración y la memoria autística.

Notas y referencias bibliográficas:

- (1) Este tema fue desarrollado con amplitud en un artículo anterior: *Lo relación padre e hijo y el conflicto de las generaciones*. Revista del Instituto de Investigaciones Educativas, N° 4, noviembre/1975.
- (2) *Ambición y angustia de los adolescentes*, Edit. Matera, 1955, pág. 196.
- (3) *La crisis de originalidad juvenil*, Nova, Bs. As., 1955, pág. 27.
- (4) *Cómo estudiar a los adolescentes*, Nova, Bs. As., 1961.
- (5) Encuesta realizada bajo nuestra dirección en la cátedra de Psicología de la adolescencia, Depto. de Filosofía, Psicología y Cs. de la Educación, Inst. Nacional Sup. del Profesorado. Agradezco especialmente a la profesora Lidia Blanc, entonces alumna, su esmerada síntesis.

- (6) Hubert René, *El desarrollo mental*, Kapelusz. Mas concisamente en el *Tratado de Pedagogía general*, El Ateneo, 1952, pág. 134 y sig.
- (7) Se hace alusión a contribuciones de K. Lewin y R. Barker.
- (8) Remito al análisis que de la identidad hicimos en el artículo citado más arriba del I.I.E. N° 4.
- (9) *El juicio moral en el niño*, Beltrán, Madrid.
- (10) *Le développement de la notion du temps chez l'enfant*, P.U.F., entre otros, Battro A. ha resumido muy precisamente los aportes del maestro de la Epistemología genética en *El pensamiento de J. Piaget*, Emecé, Bs. As.

✎

Significado del cuerpo y su imagen

“ .yo existo subjetivamente, yo existo corporalmente, son una sola y misma experiencia. No puedo pensar sin ser, ni ser sin mi cuerpo; yo estoy expuesto, por él, a mí mismo, al mundo, a los otros; por él escapo de la soledad de un pensamiento de mi pensamiento. Al impedirme ser totalmente transparente a mí mismo, me arroja sin cesar fuera de mí, a la problemática del mundo y las luchas del hombre, Por la sollicitación de los sentidos, me lanza al espacio; por su envejecimiento, me enseña la duración; por su muerte, me enfrenta con la eternidad. Hace sentir el peso de la esclavitud, pero al mismo tiempo está en la raíz de toda conciencia y de toda vida espiritual. Es el mediador omnipresente del espíritu.” E. Mounier

Psicogénesis de la imagen corporal

Vamos a intentar un itinerario que así como rescatará la evolución de los aportes referidos a la gnosis corporal, conducirá a percibir la manera en que el adolescente descubre su peculiar modo de existencia corporal.

Comenzaremos con un planteo de **tipo constructivista**, según el cual la noción del cuerpo propio es fruto de un complejo proceso que exige la colaboración de los datos sensoriales en progresiva integración. Las relaciones más elementales de base neurológica no pueden darse en los primeros tramos de la vida. El sistema nervioso no está todavía en condiciones de establecer las relaciones indispensables entre el mundo exterior y el organismo. Debe producirse la mielinización de las fibras nerviosas proceso que comienza en los primeros meses y se completa hacia el año de vida.

Si adoptamos la terminología de Sherrington y distinguimos los dominios interoceptivos (sensibilidad visceral), propioceptivos (sensibilidad del equilibrio y del movimiento) y exteroceptivos (sensibilidad receptiva de las estimulaciones provenientes del medio externo), es importante tener presente que los datos de las mismas no son captables simultánea-

mente (por desiguales posibilidades neurológicas) ni poseen una significación análoga.

H. Wallon (1) ha señalado la eminente función que le corresponde al sistema propioceptivo en la integración de la gnosia corporal. El organismo debe obrar solidariamente tanto en la quietud como en el movimiento. Hay una superposición de mecanismos rígidos y flexibles que deben jugar armónicamente para permitir el movimiento. El cuerpo, al desplazarse, enfrenta resistencias y obstáculos, constantemente pierde el equilibrio y también lo recupera. Todo esto supone un perfecto ajuste y una adaptación dinámica,- "unidad y cohesión en el espacio, justa distribución y continuidad en el tiempo" (2).

Entre las sinergias ligadas a este sistema se encuentran los reflejos cervicales y laberínticos, que pertenecen a las organizaciones más arcaicas del sistema nervioso, pero que lentamente han de ser integrados con otros dispositivos que responden a las estimulaciones exteriores, a fin de dar las respuestas adecuadas de actitud y movimiento.

Las sinergias parciales se van ligando a las generalizadas a fin de proporcionar la posibilidad del equilibrio del cuerpo. La regulación de este factor fundamental del movimiento es función del cerebelo. Ya en los primeros días hay movimientos cefálicos destinados a favorecer la nutrición, la respiración o el rechazo. Hacia los dos o tres meses de vida, el niño eleva la cabeza en la posición decúbito ventral. Entre la 11 a y 12a. semana de vida mantiene la cabeza erguida por breves lapsos que se van ampliando. A partir del 4to mes progresa decisivamente en los cambios posturales y en alcanzar la posición de sentado. Entre el 8º y el 9º mes se inician los movimientos tendientes a la locomoción.

El equilibrio, factor esencial del movimiento, se logra sobre la base de impresiones propioceptivas captadas por el aparato vestibular auditivo. Esta sensibilidad propioceptiva se halla vigente desde un comienzo de la vida. Recuérdese que el niño se apacigua mediante movimientos de arriba-abajo, derecha-izquierda, que obran fundamentalmente sobre el dominio propioceptivo-vestibular.

Dirijamos nuestra atención ahora sobre el dominio exteroceptivo. Hay dos factores que destacar: lo que concierne al conocimiento táctil y al visual, Ambas vías sensoriales progresivamente se complementan, a medida que se establecen las sinergias oculares primero y se logra afinar la sensibilidad de la yema de los dedos y se perfecciona o coordina el movimiento de brazos y manos, después.

Entre los 3 y los 6 meses de vida los miembros entran en el campo perceptivo visual y el lactante es sorprendido en actitud de discriminación y reconocimiento.

Entre los 6 y los 12 meses hay un notable avance de la función instrumental de la mano, órgano privilegiado de contacto. La mano va descubriendo los límites del propio cuerpo y de los objetos exteriores. La función táctil y la visual se llaman mutuamente. Los objetos vistos son una incitación a ser tocados. Para el niño no reza “ver, pero no tocar”.

Con otro planteo, es bien conocido cómo la teoría psicoanalítica ha contribuido a enriquecer la investigación psicogenética de cómo se constituye la imagen del propio cuerpo. Haciendo hincapié en los factores instintivo-emocionales, Freud elaboró su doctrina evolutiva de la libido. Esta energía primaria tomaría inicialmente un núcleo oral. En el primer año de vida la actividad infantil es fundamentalmente oral. La boca es órgano de nutrición y de placer (como así también de conocimiento). Al término del año, cambia la alimentación y el niño es educado en las normas de higiene que lo llevan a un progresivo control de sus esfínteres. Esto determina un traslado del acento psíquico del polo oral al polo anal, proceso que se cumple hacia el tercer año. Posteriormente se acentúa el precoz desarrollo sexual infantil, sobreviene la curiosidad por la diferencia de sexos y las fantasías para explicarlo. El niño ingresa así en la etapa genital que culminará hacia el Sto. año de vida, momento crítico del complejo edípico.

Aceptemos o no la interpretación freudiana, es cierto que “la geografía somática” (3) se va tabicando por influencia de factores pedagógico-sociales o éticos. Dentro de nuestro cuerpo ciertas regiones pasan a estar prohibidas y otras no, todo lo cual va determinando diferencias de tensión emocional en conexión con distintas partes ‘del cuerpo. Es decir, que cada región posee su peculiar acento, y constituye así una estructura de heterogénea significación entre los distintos miembros.

A este respecto es útil recordar el testimonio del personaje central de “Moirá”, de Julien Green, el adolescente Joseph Day, que jabonaba su cuerpo y procuraba no mirarlo. Así se puede leer en la citada novela:

“Desde la infancia se desvestía en la oscuridad y evitaba siempre mirar su cuerpo. Antaño su padre le decía que el cuerpo llevaba al infierno y el alma al cielo. Era verdad: el cuerpo era el enemigo del cristiano” (4).

Claves del
proceso

Se han resumido así (5) los pasos fundamentales de la psicogénesis de la gnosia corporal:

1) Formación del espacio oral, partiendo de la premisa de que la

región bucal es el centro de máxima actividad del lactante, no sólo por la mayor sensibilidad, sino también por ser la zona de respuestas más, diferenciadas (el niño tose, deglute, devuelve, grita, estornuda, etc.).

II.) **Oposición del espacio oral al visual.** Hasta el 7 día el recién nacido no conjuga sus movimientos cefálicos y oculares; a la 2da. semana los movimientos oculares son asimétricos y el estrabismo accidental no desaparece hasta el 2do. o 3er. mes; asimismo, la regulación palpebral no se consolida hasta el 1er. mes. Desde los 3 meses de vida el niño sigue normalmente los desplazamientos de ciertos objetos. La recepción de los datos visuales empieza a constituir, aunque sea difusamente, las nociones de dentro-fuera.

III) **Adición de la sensibilidad táctil**, originariamente insuficiente (especialmente en el orden álgico y térmico), empieza a agudizarse a estímulos de presión y contacto y va permitiendo perfilar el contorno del esquema corporal.

IV) **La función manual, es** coetánea con la función visual y lentamente tienden a integrarse. Los movimientos de las manos recorren un circuito que siempre pasa por la boca, órgano de conocimiento mejor dotado al comienzo. La conexión, mano-boca se refuerza constantemente, por cuanto de este modo el niño logra un 'plus' de sensaciones, que en la región bucal se hallan más diferenciadas (a lo meramente táctil se añade lo gustativo). Debe señalarse, también, la progresiva coordinación viso-manual. Lo que es visto tiende a ser tomado (la función de prensión cobra vigencia hacia el 4to. mes, ya no como mero reflejo). Por otra parte, hay que tener presente que la oclusión de un párpado (según el pecho del que mame el lactante) va generando nociones de simetría.

V) **La incorporación de los pies.** Antes de que se produzca este acontecimiento, es-menester destacar el 'juego constante' de choque de manos al que se dedica el niño. Piénsese en el cúmulo de sensaciones que recibe de este hecho tan simple: excitaciones térmicas, cutáneas, de 'contacto y presión, visuales, musculares. Las manos son las fronteras móviles que lo separan del mundo exterior. Cuando la prensión se vuelve intencional, le prodigan -juntamente con los ojos- el conocimiento más rico del ambiente. Los cambios posturales van determinando mejores posibilidades de sondear el medio exterior en su consistencia y profundidad. Aproximadamente a los 6 meses se producen los primeros tanteos para la incorporación de los pies a la imagen del cuerpo. Estas extremidades comienzan por ser un juguete privilegiado, cuya función sólo podrá tener realidad a partir de la posición erecta, de la que va a tener progresivo conocimiento desde los 8 meses en adelante. Este es ya un dato muy complejo que 'supone equilibrio, disociación y asociación de esquemas

motrices, noción de hemicuerpo y de las direcciones fundamentales del espacio: adelante-atrás; derecha-izquierda; arriba-abajo.

VI) **Fijación del polo anal:** De acuerdo con lo señalado, esta región asume progresiva importancia a partir del año. Se liga a específicas sensaciones interoceptivas y a peculiares influencias del medio social.

VII) **La noción de/ tronco.** La adquisición de la gnosis del tronco, en especial de la región posterior, es tardía e insuficiente. Se liga a la recepción de sensaciones de contacto, de presión y de golpes, proporcionados por las ropas o por ocasionales movimientos.

VIII) **La imagen especular.** El problema consta de dos partes: la percepción de la imagen en el espejo 'y el reconocimiento. En general, los autores coinciden con las observaciones de Preyer, según las cuales hasta el fin del 3er. mes el niño permanece impasible ante el espejo. Hacia el 4to. mes (17a. semana) el espejo atrae la mirada' infantil ante la cual comienza a sonreír. En el 6to. mes hay progresos 'evidentes. En esta etapa el niño realiza una activa asociación de datos sensoriales de diferente cualidad y localización. Por lo común, el niño se ve ante el espejo llevado por los padres. Se advierte entonces que hay captación de las expresiones mímicas paternas y, al mismo tiempo, se le crea un conflicto: lo que ve delante se halla detrás de él. Se pueden observar en la conducta del niño movimientos de confrontación. El problema no se soluciona de inmediato. El niño puede establecer antes relaciones de semejanza que de subordinación. El modelo y la imagen se presentan como realidades independientes; aunque semejantes. Es cierto que el niño da preponderancia al sujeto real, pero ello no quiere decir que haya efectuado la reducción indispensable. K. Bühler piensa que la preponderancia del modelo está fincada en su capacidad de producir sonidos desde el punto de vista infantil.

Existe otro problema que plantea la propia imagen en el espejo. El niño todavía no se ha visto sino fragmentariamente. La unificación de la imagen necesita de una integración de sensibilidades, según se ha dicho. Esa integración exige constantes y enriquecidos procesos de interiorización, disociación y exteriorización. Y en todo ello juega un importante papel la noción de espacio y su relación 'de coexistencia con los objetos (6).

Entre los 12 y los 15 meses el niño observa su mímica frente al espejo, juega frente a él. Alrededor de la 50a. semana, busca detrás del espejo la imagen. Actitud análoga se ha observado en el chimpancé (7).

Sobreviene posteriormente una etapa animista (8). El niño besa y abraza su imagen especular. A los 2 años, se reconoce totalmente en el espejo, lo que no quiere decir' que se haya completado el proceso de

unificación de la imagen corporal. H. Hecaen y J. de Ajuriaguerra (9) han reducido el proceso a cuatro momentos fundamentales:

- a) Hacia los 3-4 meses, primeras reacciones ante el espejo;
- b) Hacia los 6 meses, relación entre el cuerpo y la imagen;
- c) Hacia los 15 meses, juego frente al espejo;
- d) Hacia los 24 meses, reconocimiento total.

Según se ve, hay coincidencia con el esquema que ofrece H. Wallon, al que hemos seguido (10).

IX) **Volumen o consistencia de la imagen corporal.** Aquí juegan un papel decisivo los dominios íntero y propioceptivo. El primero se encuentra activo desde la vida prenatal (sensibilidad visceral). Del segundo se ha hablado con algún detenimiento. La concurrencia de los datos óseos, musculares, articulares y tendinosos se liga a las impresiones posturales y a las repetidas nociones de esfuerzo. Contribuye, por otra parte, la sensibilidad algica, en el cuadro de "la pequeña patología" (E. Mira y López) que el niño comienza a dominar: dolores de estómago, intestinos, etc.

Una contribución
decisiva.

P. Schilder, en una obra clásica sobre el tema (11), divide la consideración del problema en tres planos: a) bases fisiológicas; b) estructura libidinosa de la imagen corporal; c) la sociología de esta imagen. Vamos a resumir algunas de sus conclusiones principales del punto b).

1) La influencia emocional gravita en el relativo valor de las regiones del cuerpo, de acuerdo con las tendencias libidinosas. Esta influencia modifica la valoración interna y externa del cuerpo, que pueden llegar a provocar trastornos en la sensibilidad cutánea o en la percepción de la gravedad.

II) Las regiones del cuerpo pueden sustituirse simbólicamente en el nivel de su representación psíquica. En este sentido las cavidades y las salientes corporales son psíquicamente "intercambiables" (en especial el desplazamiento se produce de los órganos sexuales hacia otros órganos).

III) La actitud que el niño adopta con relación a su cuerpo y a sus partes, está influida por la actitud que los mayores revelan con relación a él. La importancia que los adultos otorguen a ciertas regiones del cuerpo del niño harán que éste las sobrevalorice o las desvalorice. Las caricias determinarán mayor sensibilización erógena y las experiencias infantiles en relación al cuerpo modificarán la representación afectiva del

mismo. Así también, las enfermedades determinarán ciertas peculiares fijaciones del acento psíquico (sea en el plano intestinal u oral, etc.).

IV) Las identificaciones con otros sujetos puede llevar a incorporar las regiones de sus cuerpos, lo que se revela en los gestos o actitudes imitados consciente o inconscientemente.

V) La unidad emocional del cuerpo se halla ligada al desarrollo del complejo edípico y, por ende, a la evolución libidinosa de la etapa pregenital a la genital. “Un total desarrollo de la sexualidad genital es indispensable para la completa apreciación de nuestra imagen corporal” (12).

VI) El proceso de construcción de la imagen corporal supone un proceso paralelo en el campo perceptivo y en el emocional-libidinoso. Los objetos de amor y nuestras relaciones con ellos juegan un papel importante, que se conjuga -asimismo- con nuestra total actitud hacia el mundo animado e inanimado.

El vestido

W. James recordaba en un capítulo de permanente valor (13), un antiguo proverbio inglés según el cual el hombre se compone de tres partes: alma, cuerpo y ropa. En cierta medida, los límites del cuerpo son elásticos y se extienden o se contraen según las circunstancias. “Cualquier prenda de vestir que nos ponemos, inmediatamente se convierte en una parte de la imagen de nuestro cuerpo y se colma de libido narcisista” (14). Esto es especialmente visible en el adolescente. El vestido cumple -sin duda- una doble función protectora y decorativa. En cierto modo se produce al vestirnos una objetivación de algo tan subjetivo como es nuestro cuerpo, nuestro cuerpo al que pasamos a tratar como cosa, como objeto-privilegiado, pero objeto al fin. A. de Saint Exupéry lo dice muy bellamente en este fragmento:

Mi cuerpo, durante el día, estaba expuesto a los rigores de la alta altitud y a los proyectiles cortantes. Mi cuerpo podía durante el día ser convertido en nido de sufrimientos y desgarrado injustamente. Mi cuerpo durante el día se podía mostrar en cualquier momento al enemigo y hacerme daño.. , he aquí que era aún mi amigo, obediente y fraternal, bien enroscado bajo las sábanas de su duermiveela, no confiando a mi conciencia nada más que su placer de vivir, su ‘feliz ronroneo. Pero bien; tenía que sacarlo de la cama y lavado en el agua helada y afeitarlo y vestirlo para ofrecerlo, correcto, a los fragmentos de la fundición.” (15).

Nos parece que al cuidar nuestro cuerpo y vestirlo transitamos en una curiosa alternancia entre un asimilarlo a él (afirmando la sólida e intrínseca conexión yo-cuerpo) y un cosificarlo para instrumentarlo a

nuestros fines. Cuando observamos nuestra imagen en el espejo, en tren de componernos para salir, nos instalamos en la acera, del observador que crítica (hasta donde puede) su propia imagen.

No es nuestro propósito discurrir acerca de la psicología del vestido. Subrayamos el problema y lo vinculamos expresamente en el esquema de nuestra exposición a la adolescencia¹ En la niñez, la preocupación por el vestido es inconstante. Sin duda, se halla influida por la mayor o menor preocupación que los mayores demuestran acerca del mismo y, aunque el niño se enorgullezca de estrenar alguna prenda, pronto lo vemos olvidar la ropa y subordinarla a su actividad esencial: el juego. Pero en la adolescencia el vestido se vuelve crítico. La función protectora y decorativa se une al sentido simbólico que la ropa implica. Casi es obvio señalarlo. Y no se crea que el adolescente que hace de la negligencia en el vestir un 'símbolo de su rebeldía no otorga importancia a su atuendo. Es fácil ver que así como hay reglas de elegancia las hay también de la negligencia. Y unas exigen tanto como otras aunque en sentido contrario.

Flügel, como autor ligado a la escuela psicoanalista (16); ha encarecido la simbología sexual del vestido, evidencia innegable en muchos aspectos. Pero otros símbolos se esconden dentro del típico vestir del adolescente masculino o femenino y estos símbolos conciernen a la-sociología y a la psicología social.

Yo y cuerpo

Permítasenos un rodeo. La organización de la idea de "yo" se va elaborando sobre un basamento físico. Antes de conocernos como persona, nos conocemos como cuerpo. La imagen corporal no agota -desde luego- la idea del "yo", pero evolutivamente la anticipa. En la niñez el individuo humano debe avanzar en un proceso de constante socialización del yo. Antes que nada y esto ocurre en el primer año de vida- se da una unión difusa con el medio exterior (**sincretismo**). No hay conciencia del yo, porque no hay siquiera diferenciación de fronteras: yo-no yo. Esta etapa de delimitación (también llamada **desciframiento**) se cumple entre el segundo y tercer año de vida. Este momento especial de la evolución en el cual el niño ya puede dar testimonios a través del lenguaje, está cargado de confusiones entre lo psíquico y lo físico, que dan lugar a las llamadas por J. Piaget "filosofías infantiles": realismo-animismo-artificialismo. (17)

La distinción de las fronteras entre el "yo-no yo" determina una acentuación del yo, que quiere perfilarse sobre el mundo. Así sobreviene la tercera etapa del proceso: la del **egocentrismo**, que tiende a prevalecer

hasta el ingreso del niño en la escuela. El contacto con otros niños, el adaptarse a los grupos sociales infantiles, determina un dejar atrás el egocentrismo y avanzar hacia la **socialización**. Desde un cierto ángulo, esto significa, abandonar el realismo infantil para ganar en objetividad y en formas de reciprocidad (tomar en cuenta el punto de vista ajeno junto al propio).

La organización del esquema corporal sufre, como es lógico, las alteraciones de todo este proceso de maduración en la conducta social y de las funciones de la inteligencia. Antes de aprender a integrar la imagen del cuerpo el niño lo percibe fragmentariamente, de un modo animístico-mágico. Cada dedo puede ser visto como independiente (y existen coplas tradicionales que lo cantan); la mano, el pie, etc., son percibidos como si funcionaran autónomamente (“No fui yo quien lo hizo -se justifica a menudo un niño de 3-4 años- sino mi manito”).

El progreso en la objetividad y la reciprocidad puede ser analizado concretamente sobre el aprendizaje de las direcciones del espacio: derecha-izquierda. Según la escala Binet, sólo a los 7 años el niño puede distinguir normalmente derecha de izquierda. La observación muestra que el niño puede formular antes esa distinción, pero comete constantes errores para distinguir la derecha e izquierda del prójimo que se coloca enfrente. Lo que él no comprende es que la derecha del otro queda a la inversa de la de él, porque esto supone tomar el punto de vista ajeno de igual valor al propio (reciprocidad). El espacio y ‘sus partes van a quedar constantemente ligados al esquema del cuerpo: “Todo espacio, por objetivo que sea, lleva en su raíz la estructura del espacio personal y funcional primitivo. Como espacio personal, es la Figura reflejada del esquema corporal, porque se organiza como Contra-imagen de la dinámica del comportamiento, con los atributos de las posibles posiciones: arriba-abajo, derecha-izquierda; de los modos de ver; próximo-lejano; de la dirección del movimiento: atrás-adelante, al costado, etc.” (18).

El momento crítico

La imagen del propio cuerpo, antes vivida que pensada en la infancia, se torna problema a partir de la pubertad. Y ello es así porque la desadaptación de la adolescencia comienza por el plano biológico. Todo el cuerpo se transforma y se ofrece como incógnita al sujeto púber: El cuerpo busca su forma definitiva a través de un proceso más o menos largo y trabajoso. El crecimiento tiene su ritmo individual, se ‘acelera o tiene ‘pausas. En, tanto, la figura pierde armonía, y los movimientos se tornan torpes o bruscos. El adolescente es siempre un poco el personaje

de **La metamorfosis**, ya que se siente extraño en relación a su cuerpo. Súbitamente empieza a interesarse y a dolerse por sí mismo. Empieza a interrogarse si es normal lo que siente y lo que le ocurre, su cuerpo y su intimidad son dos interrogantes que no sabe cómo comprender. Quisiera recurrir a alguien y a veces no acierta a quién. Inspecciona libros dudosos con una curiosidad ansiosa. Su inseguridad, su desconfianza, crecen dentro de un medio que lo sigue abrigando como antes, pero que él no quiere aceptar. La sensibilidad se agudiza; nadie es tan susceptible como el adolescente. Ninguno tampoco experimenta el miedo al ridículo como él. y teme particularmente que se burlen de su cuerpo en crecimiento incipiente, de su rostro (ni niño, ni adulto) y se repliega para defenderse mejor, según él cree. (19)

Nunca el cuerpo es concienzializado tan agudamente como fenómeno social como en esta crítica etapa. El cuerpo del adolescente afronta el embate de los otros en esa etapa de su evolución. Todos parecen atisbar su desarrollo y se complotan en no dejarlo tranquilo con sus observaciones. Las conductas de fanfarronería, alardeo, coquetería o retracción según los casos, poseen un fondo común. Son respuestas desproporcionadas porque el problema todavía no ha sido resuelto.

P. Schilder ha resumido así las proposiciones fundamentales con relación a la sociología de la imagen corporal:

1) La imagen corporal no se halla nunca aislada, sino en conexión con las imágenes corporales del contorno.

II) Esta relación de imagen a imagen se establece sobre factores de aproximación o lejanía espacial y emocional.

III) La intimidad de la relación se agudiza en las zonas erógenas. La transferencia emocional modifica la relación social con otras imágenes corporales.

IV) Todo cambio en la imagen corporal de índole erótica se convierte en un fenómeno social que transforma la percepción de las imágenes ajenas. Se infiere, pues, un Continuo intercambio entre nuestra propia imagen y la de los demás. En ese intercambio y transformación continua deben señalarse procesos de proyección e identificación fundamentalmente.

V) Debe enfatizarse que la imagen corporal es una **gestalt** en continua transformación y nunca una estructura estática.

Dentro de la compleja socialización de la imagen del cuerpo, el **factor belleza** juega un papel de relieve, especialmente en la adolescencia. Dice al respecto P. Schilder (20): "La belleza puede significar una promesa de completa satisfacción y puede conducirnos a ella. Nuestra propia belleza o fealdad no sólo contarán en la imagen que otros construirán de noso-

tros y que será captada otra vez por nosotros a través del contacto. La imagen del cuerpo es la resultante de la vida social. Belleza y fealdad no son indudablemente fenómenos del individuo aislado, sino fenómenos sociales de la mayor importancia. Regulan las actividades del sexo en las relaciones humanas, no sólo en el manifiesto campo heterosexual, sino también entre individuos del mismo sexo, que son tan importantes en la estructura social”.

El factor belleza no es sólo social porque resulta del constante intercambio entre la imagen del individuo y las de los demás, sino porque también obedece su calificación a pautas o normas condicionadas por las culturas y los tiempos históricos. Por ej., en nuestros tiempos, los grandes centros de la moda y los círculos de donde surgen las estrellas cinematográficas, asumen buena parte de la responsabilidad acerca de lo que juzgamos belleza.

La preocupación acerca de la belleza o la fealdad es crítica en la adolescencia. El adolescente sobrevaloriza este factor y no se crea que esto se debe exclusivamente a factores sexuales. Como observa con agudeza Spranger, es, quizás, porque el adolescente muestra una sensibilidad más fina que nadie para elevarse desde la percepción del cuerpo bello a la imagen incorpórea de la belleza espiritual.

María Bashkirtseff, aquella adolescente cuyo “Diario” analizara con penetración A. Ponce (21), nos ha dejado un testimonio muy claro de expresión narcisista con relación a la imagen del cuerpo, que puede juzgarse típica de la edad:

Soy de talla mediana. Tengo un pelo lindísimo que llega más abajo de mi cintura, sedoso, dorado y en rizos. Cara redonda que cubro con el cabello cortado como el de Luis XIV niño.. Ojos grises, más bien grandes, que se ensombrecen a menudo, de noches brillantes.. Una nariz.. ah: una nariz, ¡caramba! Es más difícil describir una nariz.. Una nariz, ni corta ni larga, con una linda piel, lo que es muy raro..

“La boca pequeña, roja, de comisuras suaves. Tengo lindos dientes, blancos.. El cuello lleno, con un hoyo bien marcado; orejas pequeñas y rosadas. El cuello puede ser que no sea suficientemente largo para los cánones clásicos, pero está muy bien para una mujer, sobre todo cuando va seguido por unas bellas espaldas y por un busto alto y blanco como la leche. Mi cuerpo es hermoso. Mis pies y mis manos son casi clásicos..

“Qué es esta fantasía de describirme? *Por darme placer*, inatural. mental “,

La transcripción, aunque algo extensa, es muy valiosa por lo expresiva. Casi es obvio destacar el narcisismo que la reviste y de qué modo

racionaliza sus defectos y reactivamente subraya las cualidades que más estima.

Un aporte
filosófico
sustancial

En este punto de nuestro análisis debemos enriquecernos con el replanteo fenomenológico-existencial (22). Es claro que, si nos detenemos a examinar el problema y su gradual desarrollo, veremos que reaparece la vieja cuestión de las dos sustancias que nos legara R. Descartes: cuerpo y alma, dos realidades irreducibles e incommunicables. Si partimos de la integración sensorial, por una parte, o de la vivencia consciente del cuerpo, por otra, se aprecian dos polos cuyo vínculo se escurre. Por ello se nos impone la alternativa de un enfoque que supere la oposición de las sustancias extensa y pensante.

Conviene recordar algunas -proposiciones enunciadas por Koffka-Köhler, que luego habría de perfeccionar M. Merleau-Ponty. La concepción mecanicista que disocia el estímulo físico de la respuesta motriz corresponde a un enfoque erróneo. El ambiente, poblado de excitantes, y el organismo, dotado de sensomotricidad, componen un todo unitario, un sistema total cuyo equilibrio se modifica constantemente, pero que se autorregula en el sentido de la mejor forma posible (ley de la autorregulación dinámica).

Si seguimos este derrotero del pensamiento, el cuerpo es una organización solidarizada con el ambiente. Si es nuestro modo de ser en el mundo, no lo es como algo disociado de él, sino integrado y comprometido en el mismo. Esta noción es compatible con el concepto de conducta dado por D. Lagache: "conjunto de operaciones materiales o simbólicas de un organismo en situación, que trata de realizar sus posibilidades, reducir las tensiones que amenazan su unidad y lo motivan". De acuerdo con esto, el cuerpo-sujeto de la conducta, discurre en un campo del que forma parte, en procura de resolver los desequilibrios que se suscitan.

Si la modificación del ajuste cuerpo-mundo es percibida como amenaza o riesgo, las respuestas traducidas en actitudes corporales pueden expresar: recelo, alarma, prevención, abatimiento, restricción, rigidez, violencia, etc. Por lo tanto, cada respuesta resultante de una situación revela que el cuerpo es la forma de una circunstancia asumida.

Esta variedad de conductas las va concienzializando al adolescente a partir del momento en que la transformación del cuerpo fenoménico (el cuerpo vivido) va siendo objeto de su pensamiento, tal vez confundido por las siluetas opacas de sus propias sombras. Aun en el cuadro de esta

oscuridad, algo emerge como lúcido: su **cuerpo no es un cuerpo más entre muchos otros**. Tomemos en cuenta este testimonio de Ana Frank:

“Ayer he leído un artículo de la Dra. Sis Hayster a propósito de la manía de enrojecer. Este artículo pareció referirse a mí sola. Si bien no enrojeczo tan fácilmente, me parece que las otras cosas de las cuales ella habla se aplican perfectamente a mí. Esto es aproximadamente lo que ella escribió: Una niña durante los años de pubertad se repliega sobre sí misma y comienza a reflexionar sobre los milagros que se producen en su cuerpo.” (23)

Cada adolescente hace suyo ese descubrimiento del cuerpo como templo de una milagrosa humanidad inédita que emerge en misteriosa unión con el mundo.

Algo más capta el adolescente. Cuando atisba los textos de anatomía o fisiología aprecia que hay algo que esos libros no le dan y que él busca. Porque **su cuerpo y sus partes están henchidos de significados que trata de descifrar**. Es verdad que está formado de células, tejidos, órganos y sistemas, que complejos humores bañan su medio interno, que el esqueleto y los músculos lo sostienen. ¿Pero qué tiene eso que ver con -- el sentido de sus manos, de sus ojos, de su boca, de su sexo, en fin? El adolescente se pone a desentrañar los jeroglíficos de su corporalidad. Y en esta tarea se le escapa que los mensajes secretos tienen su código en **la intencionalidad** de su cuerpo, expresado en posturas, gestos, mímica y verbalización.

Por consiguiente, “mi cuerpo” -puede decir el adolescente- no está disociado de mí, sino es tanto mi conciencia manifiesta como mi inconsciente sumergido. En la transparencia del lenguaje corporal del adolescente se vislumbra el curso de su dinámica afectividad. El cuerpo encarna su conciencia tanto como su conciencia asume su corporalidad.

“Desde mi cuerpo veo pasar la gente y cambiar el mundo”, escribió un adolescente en una composición redactada en 4to. año. Pienso que a M. Merleau Ponty le hubiese encantado este testimonio de su planteo “mi cuerpo es mi punto de vista”. Puesto que “ver” es siempre ver desde alguna parte y, según sabemos, para que la percepción se estructure es menester una configuración de forma y fondo, debemos convenir que la captación perceptiva de cualquier objeto implica complejos actos experienciales, que se dan en una multiplicidad abierta e indefinida de horizontes. Ellos sostienen la figura que tiene nivel. Pero de esa posibilidad abierta a todos los objetos que están más allá de mi cuerpo, escapa mi cuerpo mismo, punto de vista de todas las perspectivas espaciales y temporales, pero al que yo no puedo percibir de ninguna parte.

Es decir, que el espacio y el tiempo solo en relación con “mi cuerpo” se van haciendo heterogéneos. Fuera de él, cualquier punto del espacio y el tiempo son iguales. En cambio, con relación a él toman dimensiones, sentidos significaciones intransferibles. Surge el atrás-adelante, abajo-arriba, derecha-izquierda, así como el antes-ahora y después. Cada yo transforma el espacio y el tiempo con su presencia corporal.

El adolescente busca dilucidar el misterio de su cuerpo en **los encuentros** con los otros, especialmente con ‘sus pares. Ahí se da la curiosa reciprocidad de los cuerpos que se exponen unos a otros como objetos, siendo en sí mismos, cada uno para sí, sujeto. Este intercambio puede ser amistoso o agresivo. Nadie como el adolescente para juzgar con crueldad el cuerpo del otro y caricaturizar sus debilidades. Este acceso destructor al prójimo lleva una intencionalidad reactiva, ya que encubre su propio temor a mostrar sus falencias.

Mas, también, entre golpes y ofensas gratuitas, emergen los gestos reveladores del afecto: palmadas, voces de aliento, proximidad física que transmite coraje. Tales son los encuentros y presencias totales con los amigos, ocasión para sentir el calor de la convivencia y del mutuo compartir la epifanía de un mundo denso, pero accesible. “El cuerpo es también (para el adolescente) un poder que le abre el mundo, que lo pone en relación con lo exterior y en particular con los otros. Este choque que a la vez descubre la opacidad corporal -lo que se apodera de mí- y el valor instrumental del cuerpo -que me abre a los otros- nos sitúa en el corazón de la toma de conciencia juvenil” (24). P. Furter señala con agudeza que es en este nivel donde se genera la peculiar reflexión moral que ensaya el adolescente. Esa reflexión se sustenta en la nueva toma de conciencia de sí y de los otros a partir “de la invasión irresistible del cuerpo sobre el yo.”

Yo, cuerpo, mundo

Yo-cuerpo-mundo, tres vértices de organización del existir, que toman insospechada dimensión en la adolescencia. En la configuración de esa triangularidad se multiplican infinitos **significados** vitales, estéticos, religiosos, morales, de conocimiento y acción. “A menos que una cosa pueda simbolizar otra, la ciencia y la vida cotidiana serían imposibles” (A. Bioy Casares).

Las “notas” de este capítulo se hallarán a continuación de las del capítulo III.

Sexualidad, erótica y amor en la adolescencia

Nadie podrá decir con certeza al enfocar este tema, tan denso y significativo, que posee la respuesta decisiva a su problemática. Cuestión riesgosa si la hay, dotada de una dignidad eminente como experiencia humana que se reabre inédita en cada vida. Con el mayor respeto a su riqueza vivencial y ética, vamos a ensayar un planteo que aspira a perfilar su dimensión filosófica, psicológica y educativa. Al término de este capítulo acaso repitamos como el Sócrates del Banquete: “Y ahora dime, Fedro, si este discurso puede ser llamado un elogio del Amor. .”

Se trata de hablar de **sentimientos**, de su emergencia, expresión y cambio (1). Conviene empezar por aludir a ciertos puntos de referencia básicos a este respecto. La Edad moderna promovió tres direcciones principales en la consideración de estos procesos de la vida afectiva:

- a) Una de carácter psicofisiológico, que arranca con Descartes y que vincula a los sentimientos con necesidades orgánicas.
- b) Otra de carácter intelectual, de raíz leibniziana que percibe a los sentimientos como conciencia confusa de los objetos.
- c) Por fin, una línea pascaliana, de ambición metafísica, que vio a los sentimientos como opuestos a la razón, constituidos por actos de naturaleza espiritual cuyo sentido apunta a descubrir cualidades valiosas en las personas y en los bienes.

En estas tres posiciones asistimos a una progresiva transformación que, ya en la Edad Contemporánea, ha dado lugar a los siguientes aportes:

- a) Intentos de reducción fisiologista de la vida afectiva emocional (James, Lange, etc.).
- b) Intentos de reducción intelectualista de las 'emociones' (Herbart, Nahlowsky). y fundamentación del mismo tipo para explicar la aprehensión de los valores (Honecker, Lotz.).
- c) Reapertura del pensamiento de B. Pascal a través de la obra de M. Scheler. Los sentimientos serían irreductibles a otro orden, cons-

tituyen un acto y un estado con peculiar sentido, porque poseen intencionalidad y significación (apuntan a algo y lo aprehenden). M. Scheler ofreció un cuadro muy apreciable de los sentimientos humanos, ordenado según la proporción de pasividad orgánica y actividad espiritual (sensaciones afectivas, sentimientos vitales, sentimientos psíquicos y espirituales, sentimientos metafísicos).

En este punto corresponde precisar ya que renunciamos a cualquier ensayo reductor de la vida sentimental. Al mismo tiempo, queda claro que no todo fenómeno afectivo es sentimiento (ni las emociones, ni las tendencias lo son). Por último, si los sentimientos no son resonancia de la sensibilidad corporal, ni derivación de una representación intelectual, su naturaleza puede concebirse como compleja y comprometida con los niveles biológicos, psíquicos y espirituales.

El Psicoanálisis ha señalado en nuestro tiempo el mayor intento de simplificación de la vida afectiva (incluidos los sentimientos). La energía libidinosa y sus transformaciones por regresión, compensación, sublimación, etc., explicarían la gama de estados y actos afectivos que se verifican en la conducta humana. Esta es una cuestión altamente controvertida y al menos, podemos oponer a su generalizada afirmación el argumento scheleriano: No es válido interpretar lo superior por lo inferior y desconocer la complejidad del acto sentimental y su peculiar intencionalidad.

Por consiguiente, será nuestro propósito deslindar vivencias afectivas de la condición de los sentimientos y que se polarizan en torno a uno de muy especial dimensión y jerarquía: el amor.

Los clásicos

Atendamos, pues, a precisar **qué** es el **amor**. No podemos hacerlo sin recordar a Platón y a su célebre **Symposio**. Este, según sabemos, está estructurado en tres partes:

a) discursos 'de varios comensales que exaltan la divinidad del amor; b) discurso de Sócrates que rehusa aceptar la tesis de la divinidad y postula el carácter demoníaco del amor; c) discurso de Alcibiades, que a nuestros fines no nos interesa.

De un modo muy esquemático reproducimos la esencia de los juicios de cada comensal que precede a Sócrates en el elogio del amor:

Fedro: "El amor es un dios muy grande bien digno de ser honrado entre los dioses y los hombres por mil razones, pero principalmente por su antigüedad, porque no hay dios tan antiguo como él.. ." (177 E)

A la afirmación del dios más antiguo se opone Agaton que sostiene: "Así para elogiar al amor hay que decir quién es y a continuación hablar de sus beneficios. Digo, pues, que de todos los dioses es el más feliz (si esto puede decirse sin cometer un crimen) y lo es por ser el más bello y el mejor. El más bello porque primeramente es el más joven y él mismo lo prueba, puesto que en su carrera se escapa a la vejez. . . en cambio acompaña a la juventud y se complace en ir con ella; porque la antigua máxima dice que lo semejante se une siempre a lo semejante". (195)

Entre uno y otro emerge la tesis de Pausanias, que distingue dos especies de amor: "No apruebo, Fedro, la simple proposición que se ha hecho de elogiar al amor. Eso estaría bien, si sólo hubiese un amor. . . pero puesto que hay dos Venus, tiene que haber también dos amores. . ." (180 A). Así se formula con arreglo a una mitología la vieja doctrina de un amor celestial y un amor terrenal.

Aparece después la doctrina del médico Erixímaco que, expuesta de modo irónico por Platón, viene a sustentar que el amor se explica porque "lo heterogéneo desea y se siente atraído por lo heterogéneo". (186 B)

Finalmente, Aristófanes, el comediógrafo, expone una tesis muy curiosa, pero también rica en implicaciones, que podría hoy llamarse intento de explicación metapsicogenética de la homo y heterosexualidad. Según ella, en su origen los seres humanos mostraban una naturaleza muy diferente ya que existía un tercer sexo hermafrodita, a la vez que los otros sexos eran duplicados. Mas una decisión divina los separó al modo como hoy se presentan y a partir de entonces, unos y otros fueron buscando retornar a la unidad primitiva; los que descendían de organismos hermafroditas a través de la unión heterosexual y los otros a través de la unión homosexual. (189 A)

Si dejamos los elementos incluidos deliberadamente para ironizar a un escrito satírico, la tesis sostenida introduce la concepción de que el amor es una necesidad de complementación, una búsqueda de "la otra mitad".

Aparece después Sócrates, que aprendió del amor gracias a una mujer misteriosa, Diótima de Mantinea. Sócrates a través de su peculiar diálogo nos prueba (201 E): 1° Que el amor implica imperfección, en tanto que siempre es movimiento, búsqueda de algo, Si se tuviera, no se buscaría. Por lo tanto, el amor nace de una privación y busca un completamiento. 2° El amor no es, pues, un dios, ya que es imperfecto. Participa de una situación intermedia entre los dioses y los hombres, es un demonio. Nació según dicen los mitos, de la unión de Poros (abundancia-plenitud) y Penia (pobreza-privación). 3° El amor es un movimiento que aspira a la belleza y a generar en la belleza. 4° Hay grados en el amor, que

asciende de la apetencia del cuerpo bello a la búsqueda del alma bella para pasar a la belleza del conocimiento verdadero y llegar, por fin, a la contemplación de las Ideas (en la búsqueda del conocimiento hay una raíz erótica).

Sentado el antecedente platónico, examinemos ahora los planteos contemporáneos, Comenzaremos por un autor que sentó una tesis de considerable significación en relación a la problemática adolescente.

Spranger

En su ya clásico tratado *Psicología de la edad juvenil* (1924) volvemos a encontrar esquemas platónicos, aplicados al problema más concreto de las vivencias del adolescente.-

La tesis del ilustre autor alemán se presenta claramente en el cap. IV: "En el alma del adolescente la erótica y la sexualidad están en un principio rigurosamente separadas para la conciencia" (3). Veamos la distinción que establece entre ambos términos: Sexualidad aludiría a vivencias o excitaciones que no sólo se dirigen en realidad o fantasía al contacto o a la unión corporal con los objetos del apetito sexual, sino también todas las que están en relación consciente con un placer sensual, del carácter del placer sexual (libido). Si bien Spranger no llega a admitir que es sexual todo aquello en que el cuerpo aparece como la fuente del placer, acepta que la libido rebasa ampliamente el juego de las excitaciones y funciones del aparato genital propiamente dicho.

En cambio, la erótica (hasta ahora era significada con el término amor) posee un carácter "psíquico y estético". Y aclara: "Una estructura de vivencias tiene sentido estético, cuando sin apetencia de goce o posesión real y corporal, se funda en la unión psíquica con un objeto intuitivo, ya sea dado como real, ya sea sólo imaginado. Lo erótico se remonta por encima de lo corporal. Puede originarse en el entusiasmo por la belleza, la gracia o la fuerza del cuerpo ajeno. O sea, es un captar el cuerpo como expresión de un alma" (4). De esto se desprende que los objetos de la intención sexual y erótica son distintos y -en un comienzo- excluyentes.

Esta bipolaridad sexo-eros nos trae reminiscencias de la tesis de Pausanias (las dos Venus), pero el platonismo de Spranger se hace explícito netamente al afirmar que la raíz de la erótica es el amor a la belleza, a una belleza viva que conduce al "ideal" (aquí hay acuerdo con M. Scheler). La pureza erótica del adolescente hace que espontáneamente reprima el contacto grosero de tipo sexual, pues intuye que existe un santuario que ha de respetar. Eso no niega que el erotismo no se integre con valores vitales e impulse desde dentro, juntamente con el florecer natural biológico. Es por

eso que el adolescente demora en llegar a una madura captación de la belleza espiritualizada.

El movimiento erótico se daría en tres momentos diferenciados: a) proyección sentimental (acto estético preparatorio); b) comprensión psíquica, que es tanto como captar al prójimo como forma espiritual determinada por un sentido de valor; c) simpatía comprensiva, armonía anímica de fundamento estético.

Pero la causa eficiente del movimiento erótico descansa en la existencia de dos formas de alma que se necesitan para complementarse (comparar con la tesis del retorno a la unidad primitiva de Aristófanes). Admitiríamos así dos principios, lo psíquico-femenino y lo psíquico-masculino, que serían dos principios informadores del alma (se acerca a la tesis de Jung del anima-animus, categorías arquetípicas pertenecientes al inconsciente colectivo, que implican la estructura de tendencias y actividades originadas por la complementación bisexual, en parte reprimida).

Habría, pues, una cierta constitución bisexual, pero que progresivamente se definiría en un nivel de predominancia en un sentido u otro.

En la orientación hacia valores que lleva el movimiento erótico, el adolescente siempre une la categoría axiológica a la persona que lo encarna. De ahí el riesgo de renunciar a los valores, por decepción de las personas que presuntivamente los realizaban.

Si lo erótico se eleva a la luz apolínea, lo sexual se confunde con la noche dionisiaca, por-ello piensa Spranger que el adolescente lo siente con "terror y espanto" y está aquí resonando otra vez la concepción demonológica de Platón. Así agrega luego que en la sexualidad hay siempre algo de místico y de misterioso, como en el dualismo de los ángeles caídos.

Interpreta-
ción psico-
analítica

Dada la gran difusión contemporánea de esta doctrina, nos limitaremos a señalar aquí sólo algunos rasgos distintivos de esta posición y su interpretación acerca de la sexualidad en la adolescencia.

1. No habría distinción de erótica y sexualidad a la manera sprangeriana. Se afirmaría una teoría más económica y de base material: libido y transformaciones por diversos procesos defensivos, uno de ellos la sublimación. Pero la base estaría dada por la represión disociadora del inconsciente.

2. Libido posee un alcance omnicomprendivo y abarca a todos los instintos de vida, por lo cual si se quiere identificar el uso corriente del término "sexual" con "libido" se comete un grave error de apreciación.

3. La libido se despliega desde el **comienzo** de la vida y esa corriente de energía psíquica fundamental atraviesa por diversas etapas, una de las cuales -previa a la pubertad- es la de latencia.

4. El conflicto básico que debe afrontar el adolescente es la reviviscencia de ansiedades edípicas.

5. La pubertad manifiesta estos caracteres básicos:

Traslación de la investidura libidinosa focalizada en los objetos internos primarios (imágenes parentales) hacia los objetos secundarios (otras imágenes masculina o femenina) que le permiten una realización genital socialmente aceptada.

Max
Scheler

En su admirable ***Esencia y formas de la simpatía (1926)*** luego de un fino análisis fenomenológico del problema, plantea el 'tema en conexión con una perspectiva axiológica: relación amor-valor. Acepta de Platón la idea del amor como movimiento, que arranca de la captación emocional de un complejo de valor dado y una dirección hacia un complejo de valor más alto y superior. En esto se inserta una actitud "pedagógica" del amante, que intuye en el ser 'amado su mejor ser posible y aspira a llevarlo a ese ideal que ya, en parte, es real. Esto no implica ni un ser empírico ya existente, ni un deber-ser moral, sino un impulso a que el ser amado alcance a ser-el-que-es en cuanto posibilidad (Hazte el que eres, gustaba repetir Miguel de Unamuno). De este modo sintetiza finalmente M. Scheler su noción del amor: "Es el movimiento en el que todo objeto concretamente individual que porta valores llega a los valores más altos posibles para él, con arreglo a su destino ideal; o en el que alcanza su esencia axiológica ideal, la que le es peculiar". Deliberadamente el autor priva a su definición de ciertas connotaciones que lo limitarían, pero que el lector puede efectuar por sí (por ej., ese movimiento puede orientarse a la propia persona o a otra persona).

**Análisis
existencial
logoterá-
pico: V. Frankl(6)**

La premisa de la cual se parte es ésta: la singularidad de la existencia humana. Pero ese ser humano peculiar crea valores, goza de valores y

asume valores a través de su relación con la comunidad. La comunidad más íntima es la del vínculo del amor que implica: 1. Captación del prójimo en su unicidad intransferible; 2. No un mérito que se gana, sino gracia, encanto, arrobó, que abre a la captación emocional de valores; 3. Portento o maravilla, en cuanto perspectiva de trascender a través del hijo, con su misterio y milagro de creación de vida.

Si éstas son las notas del amor, conviene separarlo de otras dos vivencias: la sexual y la erótica (en el, sentido de “enamoramiento”),

Esto supone admitir (como lo hace la logoterapia) tres estratos: biológico-psíquico-espiritual.

La intencionalidad de la vivencia sexual apunta hacia lo corporal, a través de la excitación de un específico apetito y se agota en eso.

En el enamoramiento se capta y se busca lo psíquico dado a través de ciertas cualidades como lo “agradable”, lo “bonito”, lo “simpático”.

Sólo es amor cuando penetra hasta lo espiritual. (En esto hay un evidente parentesco con la doctrina scheleriana de tres especies de amor, según tres objetos: cuerpo, yo y espíritu. De ahí el amor vital o pasión, el amor individual de un yo y el amor espiritual de persona).

Ese auténtico amor, completa Frankl, no capta el “tipo” de varón o, de “mujer”, ni aquello que tal o cual individuo “tiene”, sino aprehende el “ser-así” propio, exclusivo del ser amado. En el juego de estas vivencias hay un proceso de limitación: para la gratificación sexual, dentro de límites amplios cualquier varón o mujer sería lo mismo; para la vivencia erótica, los límites serían dados por cierto “tipo” preferido; para el amor sólo existe una posibilidad.

Es la “intencio” espiritual del amor que otorga a éste la posibilidad de trascender a la muerte, de otro modo carecería de sentido. Es también esta condición la que hace que el cuerpo sea un factor mediatizador y el acto sexual con el ser amado posea un eminente sentido espiritual en cuanto es apertura a la trascendencia y a la maravilla de la generación o adquiera un sentido metafísico de unificación y complementariedad. Por eso el amor puede vivirse bajo la “dimensión de la eternidad” y esto explica; también, por qué en el amor captamos la entelequia del ser amado (netamente scheleriano).

Nos presenta un intento de comprensión de la sexualidad a través de su inserción en la existencia humana total. El cuerpo -cuyo rol en el proceso de comunicación se ha analizado antes- manifiesta una especial intencionalidad en el campo del, compromiso sexual.

Hay en todo este planteo una premisa básica: la peculiar fusión del hombre con el mundo, la conducta de un sujeto en situación. La sexualidad trasciende lo meramente genital. El cuerpo expresa un modo de existir y de ser en el mundo; la existencia se revela de un modo peculiar a través de la experiencia del cuerpo sexuado.

El amor es el llamado del otro a mi subjetividad. Ello me obliga a despreocuparme de mí, debo quemar las naves de mi egoísmo.

La apelación del amor revive el sé **conmigo** de G. Marcel. Soy una subjetividad palpitante y no una cosa, soy un proyecto que se ofrece a ti para realizarlo juntos. De ahí que mi destino acorta distancias con el tuyo y mi ser se une a, ti. Es el encuentro vivificador por excelencia que desvanece la soledad, (7)

No resistimos cerrar este panorama sin hacer mención de la importancia que han asumido las contribuciones de los literatos y poetas, los que por sí solos justificarían un examen extenso de la cuestión. Nos limitaremos a citar a Stendhal y su célebre concepto de **crystalización**, que preanuncia desarrollos muy finos de M. Scheler en cuanto al amor como revelador de valores.

Dice el testimonio de Stendhal:

“En las minas de sal de Salzburgo las gentes arrojan en la profundidad abandonada de una de ellas un gajo de árbol que el invierno ha dejado sin hojas, Dos o tres meses después lo retiran cubierto de cristalizaciones brillantes.

“Lo que llamo cristalización es la operación del espíritu mediante la cual éste llega a extraer, de cuanto se le presenta, la novedad de que el objeto amado tiene nuevas perfecciones”. (8)

A través de las formulaciones teóricas expuestas se desprenden los siguientes problemas:

1. ¿Admitimos un principio energético constitutivo de cuyas transformaciones emergerían diferentes vivencias, o aceptamos la postulación de otros estratos constitutivos de la persona, de donde surgirían la diversidad de experiencias del amor?

2. ¿Aceptamos una imagen del amor esencialmente de carácter sexual o, por el contrario, reconocemos un juego diferenciado de-vivencias?

3. ¿Planteamos el problema de la adolescencia en término de conflicto entre vivencias heterogéneas o aceptamos exclusivamente una conflictiva basada en la sustitución de objetos de amor?

4. En última instancia, ¿interpretación analítica o comprensión espiritual, existencial?

Respondemos:

1. La crítica epistemológica no nos puede socorrer. Estamos más allá de hechos delimitados y verificables. Las doctrinas fenomenológico-existenciales poseen una riqueza superior y permiten una explicación mucho más satisfactoria de las líneas de vivencias consideradas.

2. Por lo tanto, 'aceptamos una diferenciación de vivencias con la terminología de V. Frankl (sexual, erótica y amor), que posee un valor didáctico adicional.

3. La problemática adolescente es compleja y los planteos desde el punto de vista del inconsciente y desde el nivel conciencia-espíritu, se nos aparecen no tan irreductibles ni excluyentes. Estimamos que puede inentarse una conciliación por superación a la manera de la analítica existencial logóterápica.,

4. Coherentemente con lo señalado antes, nos **UbiCaremos** en una posición que ve al psicoanálisis como un jalón decisivo en la psicología, pero que no la agota ni mucho menos. Reiteramos, asimismo, cómo es de positiva e iluminadora una psicología que admite una instancia espiritual que ha de construir, a la postre, la nota definidora del hombre.

Ingreso del Adolescente en la Esfera de Vida Sexual, Erótica y del Amor

Hemos afirmado desde un comienzo que la adolescencia es una etapa de la evolución que no puede ser suficientemente comprendida si no la insertamos dentro de las coordenadas de lo psicobiológico y lo psicosocial.

Lo primero se manifiesta aquí a través del complejo proceso de desarrollo que supone especialmente la transformación íntima del organismo por acción de las secreciones hormonales, que van a constituir el substracto fisiológico de la diferenciación y de la actividad sexual. El significado de esta maduración orgánica va a demorar en ser comprendida desde dentro por el adolescente, porque desde mucho, antes estarán en juego las influencias ambientales que le proveerán una imagen difusa, contradictoria, cargada de expectativas emocionales, de lo que son sexo, eros y amor. Podemos anticipar que lo sexual irrumpe en la pubertad de modo intenso y abrumador; lo erótico tienta¹ y se ofrece en el mundo amanual permitido y el amor es una vivencia presentida que demorará en experimentarla el adolescente, si acaso la experimenta.

Y ya estamos de lleno en los factores psicosociales. Hemos señalado antes cómo los criterios de valor han sufrido crisis o confusión en nuestro tiempo y nuestra cultura.

A nuestros adolescentes les afecta esa situación. Podríamos decir que tanto más, cuanto se viva en grandes centros urbanos que reciben los fenómenos de difusión cultural importada en mayor escala. En los medios rurales o ciudades pequeñas, los criterios de valoración persisten más estables y adictos a las tradiciones normativas (principalmente de filiación católica en la familia latina). En este concepto existe la persistencia de un antiguo *ideal* (9), sobre todo medieval, que valora a la mujer *por* lo que es (como pureza, belleza no tocada, ilusión concreta) y al varón *por* lo que *hace* (como proeza, como vencedor de pruebas). De ahí que la habilidad de la mujer consistirla -en este modelo-, en exaltar su condición de tal: resaltar la belleza, perfeccionarse estéticamente o adquirir el manejo de las artes (tanto el arte de la costura, como la música, etc). El hombre tendría que ganarse su condición de tal, debe demostrar que es un hombre (es muy frecuente que se diga entre adolescentes que van a reñir: "demostrará quién sos"), probarse tanto en el combate como en el amor o en el trabajo. Por eso nos explicamos que las heroínas femeninas lo fueron por defender lo que eran (judith defendiendo su virginidad), En cambio, el hombre fue héroe por su hacer (como Hércules, Robin Hood o 007).

De ahí, también, que al hombre tocara ofrendar y a la mujer recibir, porque una ya “era” y se hallaba en su sitio aguardando y el otro requería demostrando sus méritos. Y eso nos explica -también- por qué en la vida cotidiana todavía hoy cuando se habla de una mujer se pregunta: “¿cómo es?” y cuando se habla de un hombre: “¿qué hace?”.

- Los nuevos modelos

Estos modelos culturales de roles masculino-femenino han sufrido un vigoroso combate. En el siglo XX la transformación es formidable, particularmente para la mujer, que se ha lanzado al terreno del “hacer” masculino. Esto ha cambiado muchas pautas de valoración, todavía no bien decantadas ni asimiladas. Por eso apreciamos que la sociedad argentina, particularmente urbana, se siente insegura y desconcertada con respecto a los roles de varón o mujer y a las normas de la vida sexual, erótica y del amor.

Lo que sí podemos aquí afirmar por conocimiento directo con muchos adolescentes de ambos sexos es que la imagen del amor romántico no se ha abandonado, sino a menudo encubierto por una falsa vergüenza. Ciertos rasgos exteriores del romanticismo de los s. XVIII y XIX han caducado irremisiblemente, pero hay líneas profundas del romanticismo que mantienen vigencia, según dijimos antes. Esto se prueba fácilmente por la preferencia que manifiestan los adolescentes por los héroes artistas románticos.

Resultados iniciales

Hasta aquí resultaría:

1º) Lo sexual es vivido conflictivamente: a) Por ausencia de normas (anomia) cuando se abandona la tradición ético-religiosa tradicional. b) Porque la existencia de normas sociales no excluye el conflicto íntimo entre las pulsiones sentidas y permitidas por el propio sujeto.

2º) Lo erótico (enamoramiento) es bien aceptado en el nivel de la aproximación psíquica; en verdad, no sólo se tolera sino que se estimula, como si se intuyera en eso un cierto juego de ensayo y error.

3º) El amor es un ideal exaltado, pero limitadamente comprendido, que parece postergarse o confundirse por presión social.

El cuadro más corriente de la situación es así: para el adolescente varón, importa que se defina sexualmente pronto (existen muchos más temores sobre la homosexualidad masculina que femenina), pero que lo

sexual se viva controlado y superficialmente. Que ensaye el enamoramiento, pero que demore el amor hasta cuando pueda afirmarse económicamente y contraer un compromiso formal de matrimonio.

Con respecto a la adolescente, se duda mucho menos de su definición, así que no se justifica su necesidad de experiencias prematuras. Se considera que quiebra normas muy decisivas si lo hace y arriesga su futuro. Lo erótico (enamoramiento) es tolerado hasta un cierto punto que no afecte su nombre. En cuanto al amor no se posterga tanto como en el varón, pero se trata de demorarlo hasta lograr cierto nivel de madurez (psicológica, cultural, etc).

El alma
adolescente

Si nos ponemos a indagar desde dentro del alma del adolescente la evolución de estas vivencias, surgen estas apreciaciones:

Vivencia sexual.

Podemos reconocer tres momentos, en función de tres períodos de la adolescencia, ya analizados en nuestro 1er. capítulo:

a) Se presenta como vivencia incompleta, que se anuncia como un estado de excitación, de inquietud, de agitación. De ahí brota un deseo difuso que, en el nivel de la conciencia, da lugar a un fantaseo que estimula el goce sin unión. Por lo común, en esta primera etapa que coincide con la pubertad, lo sexual se experimenta como ligado a culpa, transitando el sujeto en una cierta ambivalencia. Los conflictos de este momento para la conexión heterosexual se comentan especialmente con amigos del mismo sexo. Este es el período de las amistades apasionadas, vividas con extraordinaria aptitud para la identificación.

En esta etapa puede afirmarse que lo sexual despierta más la curiosidad que la necesidad. De ahí, el riesgo de los adolescentes que se lanzan a experiencias definidoras sin estar psicológicamente maduros.

b) Progresos hacia la heterosexualidad, aunque todavía experiencia insuficiente porque lo sexual-genital no se ha integrado en el amor pleno. La postergación de experiencias de este tipo en el varón, como ha sido comentado, es factor de ansiedad y coacción por los grupos, tanto de mayores como de iguales. Una obra teatral que planteó con sagacidad el problema fue ***Té y simpatía***. El protagonista es un adolescente afectivamente inmaduro, de sensibilidad íntima rica y distante de las normas de conducta de sus condiscípulos. Por eso los otros lo ponen en la encrucijada de probarse como varón frente a una prostituta o caer bajo la estimación de homosexual. El choque con la prostituta lo inhibe y él

mismo empieza a dudar de sí. La intervención de la esposa de un profesor, que siente por este adolescente a la vez un afecto maternal y femenino, le abre una puerta para la definición.

c) Madurez, en cuanto se integra con el amor. Momento más o menos postergado. La influencia de los factores éticos y religiosos, así como de orden y organización social, ejercen influencia en el retardo o alcance de esta etapa.

V. Frankl señala con acierto tres peligros que presenta la vida sexual. En primer término, la pasividad para alcanzar la madurez o estancamiento en el goce solitario (masturbación). Luego, el renunciamiento a vivir la madurez de la sexualidad integrada en el amor, para limitarse a una experiencia insuficiente, pero menos comprometida. En la adolescencia implicaría tanto como marchitar precozmente el alma y caer en un esquema de conducta adulta escéptica. En tercer lugar, el resentimiento generado por un fracaso en la experiencia del amor que retrotrae al sujeto, defensivamente, a una reiterada experiencia sexual que no aspira a más.

Vivencia erótica (enamora- miento)

También podemos apreciar en su evolución tres momentos, aunque sus implicaciones son menos ricas que las de la vivencia sexual o del amor.

a) Se presenta en la pubertad como una cierta vivencia anticipada de goce y éxito en los contactos psíquicos y físicos hasta un cierto punto no comprometido (por ej. promesas de besos, en una civilización que otorga una notable preeminencia a la satisfacción oral). El púber sueña con tener una novia para gratificación de sí mismo, frente a los demás para mostrarla, para gozar de verla y que lo vean, etc.

b) El siguiente paso es hacia una experiencia de tanteo bajo forma de flirt, que es un ensayo de experiencia amatoria, donde la pareja aprende a conocer al "otro" y a "sí mismo". En esta activa experimentación colaboran a menudo los mayores, cuyas tendencias celestinas son a menudo visibles; así también, los compañeros del mismo sexo (hoy por tí y **mañana por mí**) y aun -¿ingenuamente?- los menores.

c) El apogeo del flirt cede paso al amor, que es tanto como decir que de la inmadurez se pasa a la plenitud. El adiós a la adolescencia señala la declinación y ocaso del momento erótico bien tolerado por la sociedad y genéticamente una etapa lógica de la evolución, El auténtico amor ahoga

al enamoramiento erótico. Aunque también es cierto que, si no se ha vivido, esta etapa reaparecerá tardía y desubicadamente.

Vivencia
del amor

a) En la pubertad prácticamente es imposible que se dé con la riqueza de contenido que le hemos atribuido. No obstante, hay parejas legendarias que vivieron el amor a una muy temprana edad, caso típico: **Romeo y Julieta**.

b) En la adolescencia media se va forjando una imagen pre-sentida, celeste, ideal, incompatible con la sexual. Es en este momento que podríamos afirmar que el adolescente busca llegar al amor de modo deductivo-inductivo (parafraseando a Unamuno). Se sueña, se escribe, se piensa en un amor lírico, pletórico. Y puesto que se lo imagina, hay que concretarlo (de lo abstracto, genérico, se desciende a lo concreto, real). Por eso el adolescente tantas veces se engaña, tanto aspira a amar eternamente que, a la menor excitación, cree hallarse frente a la persona de su destino. Otras veces, elude afrontar la realidad y basta un leve toque de ella para que pueda efectuar toda una proyección sentimental (como Dante con Beatriz, o Don Quijote con Dulcinea).

c) Hacia el cierre de la adolescencia se produce la fusión de lo ideal y lo real, la integración del amor y el sexo, éste subordinado a aquél. Este sería el acmé de la evolución y el indicio de una maduración afectiva. Es en esta concepción del amor que se apoya el proyecto de dar sentido a la existencia. Es el amor vivenciado "por siempre jamás" que permite un despliegue pleno de la personalidad en realización. Sólo así se comprende el amor más allá de la muerte.

Apuntes
para una
psicología
diferencial
de la sexualidad (10)

Los rasgos diferenciales de las conductas masculino-femenina se pueden fundar en datos biológicos. El óvulo es pasivo; el espermatozoide, activo. Los órganos genitales están funcionalmente adaptados para la penetración activa en el hombre y la recepción en la mujer.

- Constitucionalmente la niña manifiesta una cierta inhibición a la vida sexual que no se corresponde con la conducta del varón.

- En la jovencita hay una cuota mayor de narcisismo que se traduce en un más fuerte deseo de ser amada. El otro componente, típicamente femenino, es la tendencia a gratificarse en el sacrificio. De ahí que la fantasía sexual asuma para ella un carácter amenazante y riesgoso. A estos factores hay que unir los antecedentes afectivos de la maternidad, que preexisten a su experiencia real y que pueden sustituir a la sexualidad.

- * Inconscientemente, la tendencia pasivo-masquista defiende a la mujer de su vulnerabilidad narcisista.

- * De la exploración amorosa que efectúa el adolescente pueden rescatarse estas cuatro necesidades: de ternura, belleza, sentimiento de amor en plenitud, experiencia sexual. La captación de la belleza física es particularmente excitante al apetito del varón. Esta experiencia intensa, pero no estable, carece del equilibrio y armonía de los sentimientos. A menudo la inmadurez y el desconocimiento hacen creer que la excitación equivale a un afecto duradero. El tiempo desvanece la ilusión.

- Es frecuente que el varón disocie la apetencia del goce sexual del deseo de un sentimiento de plenitud y de ternura. No así en la adolescente. Mientras en aquél la necesidad sexual es súbita y dominante, en la mujer es normalmente más débil y no disocia lo sexual de un proceso de espiritualización. También la necesidad de gratificación afectiva es más intensa en la mujer y la percepción estética está más transida de factores sociales. Por lo tanto, lo corriente en el varón no es lo común en la mujer. De ahí que, en su inexperiencia, los adolescentes se confunden al interpretarse.

- * La provocación femenina no busca normalmente una meta sexual, sino social, en cuanto reconocimiento, admiración o popularidad. Si la muchacha cede rápidamente al requerimiento sexual es porque íntimamente es muy insegura y teme perder lo que ama. En las relaciones de parejas juveniles es más importante la armonía de ternura y sentimientos de amor que la correspondencia sexual.

- La proclamada liberación sexual femenina (que confunde a muchas adolescentes de hoy) traduce el despertar de componentes masculinos de la mujer y no la expresión de su propia naturaleza. Una femineidad armónica nunca se revela con una conducta sexual. irrestricta.

Lo sexual -según hemos visto- está integrado en lo personal. No se deben disociar, puesto que la conducta sexual compromete a la persona. En verdad no hay una “educación sexual” como si fuese un aspecto segregado del resto. Hay educación de la persona y en ella va incluida la esfera del sexo.

Lo típicamente humano es espiritualizar, socializar. Por ser así, el comportamiento sexual del hombre no es meramente “natural”, sino que está sometido a juicios de valor.

No se ha conocido sociedad que no regulara la conducta sexual de sus miembros. En las sociedades avanzadas la normatividad está vinculada a fundamentos ético-religiosos, que marcan los comportamientos ideales. Hay que tener buen cuidado de no confundir **normas** morales con meros **prejuicios**. Los prejuicios son desechables; las normas sustentan las claves de las relaciones entre personas. Pretender que unos y otras son lo mismo es la tarea de los manipuladores de la confusión. La conciencia adolescente debe tener bien clara la distinción.

En la vida sexual se pone a prueba la persona. Por ella puede depurarse o disolverse, no sólo ante los demás sino ante sí misma. Y es la autoestima lo que nos mantiene, así como su deterioro nos disminuye. De ahí que pueda elevarse a norma universal esta máxima para la voluntad: Obra de tal modo que nunca sientas que has dejado de respetar al prójimo ni has perdido tu propio respeto.

La curiosidad intelectual, la búsqueda de información debe ser satisfecha con objetividad. Hay dos errores que evitar: uno el que deriva de creer que el conocimiento debe ser extensivo; por lo común, el exceso de conocimiento para el común de los adolescentes abre más problemas que soluciones. El otro error es pretender que sólo basta con dar **instrucción** sexual. Informar sin brindar al mismo tiempo una orientación, carece de sentido educativo. Los que explotan el campo de una instrucción con pretensiones científicas y promueven indirectamente al ejercicio de experiencias de modo irresponsable son agentes de un grave proceso perturbador. Probablemente en ningún nivel de la conducta humana sea tan necesario estimular la libertad responsable de la persona, a fin de poder ser dueño de sí y no esclavo de impulsos o sugerencias.

En esta tarea orientadora de señalar valores y descubrir los que encarnan en los seres humanos, hay que combatir el destructor "cambalacheo" que respiramos en la atmósfera de nuestro tiempo. Ni las personas, ni las situaciones, ni las formas de vida, así como su curso existencial, son reemplazables, intercambiables. Siempre hay que estimar, establecer niveles de apreciación y de calidad. Ni el sexo es todo, ni la sexualidad es amor, ni es verdad que sea igual una conducta promiscua a otra que ha sabido respetar y respetarse. Corresponde, luchar, en toda ocasión que se brinde, contra el corrosivo mensaje de muchas publicaciones, obras de carácter teatral o cinematográfico que, a despecho de sus valores estéticos, generan un total desencanto y una respuesta nihilista al maravilloso misterio del amor.

Hay que promover la valentía de los adolescentes que alientan ideales relativos al destino del sexo y el amor, nutridos de fe y que renuevan el camino del verdadero encuentro entre personas. La vida sexual bien vivida no produce resentimiento, ni renuncia, ni pasividad. Por el contrario, es un modo de enriquecerse, de manifestarse activamente y de experimentar la admirable unidad de dos.

Notas bibliográficas:

- (1) Como texto clarificador del problema de los sentimientos es muy útil Maisonneuve, J., *Les sentiments*, P.U.F.
 - (2) Las notaciones que localizan los textos del *Banquete* corresponden a la edición Belles Lettres.
 - (3) Spranger E., *Psicología de la edad juvenil* Rev. de Occidente, 1948, pág. 87,
 - (4) Spranger E., op. cit., pág. 85.
 - (5) Scheler M., *Esencia y formas de la simpatía*, Losada, 1943, pág. 231.
 - (6) Frankl V., *Psicoanálisis y existencialismo*, FCE., pág. 169 y sig.
 - (7) Dos textos que reúnen de modo preciso y feliz las contribuciones de la Psicología fenomenológica son: Luyten W., *Fenomenología existencial*, C. Lohlé y Ravagnan L., *Psicología fenomenológica*, Paidós.
 - (8) Stendhal, *De/ amor*, Sopena, cap. II, pág. 17.
 - (10) Ortega y Gasset J., *Estudios sobre el amor*, Rev. de Occidente, 1958, pág. 17 y sig.
- Dos textos que analizan con agudeza el problema son: Deutsch H., *La psicología de la mujer*, Losada, esp. cap. VI-VII y Dührssen A., *Psicoterapia de niños y adolescentes*, F.C.E., pág. 68 y sig., ambos de fundamento psicoanalítico.

Notas

- (1) H. Wallon, *Les Origines Du Caractere Chez L'Enfant*, P.U.F., París, 1953, Ver 2da. parte, Cap. I y sig.
- (2) H. Wallon, op. cit., p. 144.
- (3) E. Mira y López, *Psicología evolutiva del niño y el adolescente*, El Ateneo, Bs. As., 1951, p. 164.
- (4) J. Green, *Moirá*, Emecé, Bs. As. 1953, p. 127.
- (5) E. Mira y López, *Psiquiatría*, 1, El Ateneo, Bs. As., 1952, Cap. VII.
- (6) H. Wallon, op. cit., p. 168 y sig.
- (7) W. Köhler, *The Mentality of Apes*, Penguín Books, London, 1957, p. 268 y sig.
- (8) I. Piaget, "Las Filosofías infantiles", *Manual de Psicología del Niño*, C. Murchison, Seix, Barcelona, 1955.
- (9) H. Hecquen:J. de Ajuriaguerra, *Méconnaissances et Hallucinations Corporelles*.
- (10) H. Wallon, op. cit., 2da. parte, cap. IV.
- (11) P. Schilder, *The Image and Appearance of the Human Body*, International Univ. Press, N.Y., 1950. Hay trad. Paidós,
- (12) P. Schilder, op. cit., p. 173.
- (13) W. James, *Compendio de Psicología*, Emecé, Bs. As., 1947, Cap. XII.
- (14) P. Schilder, op. cit., p. 203.
- (15) A. de Saint Exupéry, *Piloto de Guerra*, Sudamericana, Bs. As. 1958, p. 67-68.
- (16) J.C. Flügel, *Psicología del vestido*, Paidós.
- (17) J. Piaget, op.cit. Un Planteo amplio del tema puede verse en *La Causalidad Física en el Niño*, Espasa-Calpe, Madrid.
- (18) O. Oñativia, *Personalidad y Espacio*, Revista de la Fac. de Fil. y Letras, Univ. Nac. de Tucumán, año VII, N°II, 1959, p. 51-53.
- (19) Las alternativas del conflicto del adolescente hasta la aceptación de su nueva identidad corporal han sido vistas por A. Aberastury como vinculadas al duelo por su cuerpo infantil, uno de los duelos que ha de elaborar el jovencito en proceso de re-nacer sobre su dependencia filial en quiebra. Ver *La adolescencia normal*, Paidós, Cap. 1.
- (20) P. Schilder, op. cit., págs. 267-268.
- (21) A. Ponce, *Diario íntimo de una adolescente*, Matera.
- (22) Es muy recomendable la lúcida síntesis que ofrece L. Ravagnan en *La Psicología fenomenológica*, Paidós.
- (23) Journal d' Anne Frank, Calmann-Levy, pág. 160.
- (24) P. Furter, *La vida mora/ de/ adolescente*, El Ateneo.

Notas del capítulo II (Significado del cuerpo y su imagen).

Autonomía, vida grupal y valores

Dentro de las conductas adolescentes, la vida social de los grupos manifiesta aspectos del mayor interés. Diversas razones convergen para ello. Nuestro tiempo ha exaltado la dimensión psicosociológica. El encuadre del problema “adolescencia” sería verdaderamente limitado si prescindiera del mismo. Estamos hoy persuadidos de que el comportamiento no puede ser ni interpretado ni comprendido desde una perspectiva individual.

En la vida cotidiana ello está latente a nivel de la intuición familiar. Al llegar los hijos a esta edad de cambio, se asiste con peculiar expectativa a las alternativas de sus relaciones de compañerismo, amistad e integración en sentido amplio. El fracaso en establecer vínculos de grupo genera justificadas ansiedades, en tanto que el éxito en lograrlas se considera un indicador elocuente de un desarrollo que marcha bien.

Aunque esta percepción es simple, no se aparta de la verdad y, al profundizarla, apreciamos otros planos de incidencia que refuerzan la convicción elemental e ingenua. Precisamente, estructuraremos este capítulo sobre las siguientes cuestiones que resultan del análisis de los aspectos latentes:

1. ¿Qué problemas se revelan en el proceso de socialización adolescente?
2. ¿Qué es lo que nuestro protagonista recibe de los grupos?
3. ¿Qué tipología de los grupos podemos manejar?
4. ¿Qué significado asumen la amistad y el compañerismo?
5. ¿Qué experiencias decisivas posibilitan el crecimiento de la socialización?
6. ¿Por qué las distancias y los conflictos entre los grupos de adolescentes y los adultos?
7. ¿Es posible, ensayar un planteo comprensivo de la crisis de los sistemas de valoración de los diversos grupos generacionales?

El grupo adolescente

Cuando hablamos de grupos, referidos a adolescentes, aludimos a conjuntos de miembros cuyo número es relativamente pequeño, de modo que se establece entre ellos una relación directa, cara a cara (grupo primario). Entre sus integrantes hay un consenso de aceptación de valores, responden a normas comunes -por lo común, tácitas-, pueden estar de acuerdo en perseguir una meta (aunque esto no sea indispensable) y van asumiendo una peculiar idea del nosotros, como diferenciado de otros (oposición endo-exogrupo).

Los grupos primarios

Consideraremos de modo especial los grupos primarios, por ser los dominantes en el interés de quien trabaja en el medio escolar. Ya hemos dicho antes que se caracterizan por tener relaciones directas (cara a cara) entre sus miembros. Se los ha señalado originalmente como asociaciones íntimas y cooperativas, que suponen un proceso de gran unificación entre sus miembros (en el cual puede decirse que el "yo" cede lugar al "nosotros"), de modo que se suscita un sentimiento de pertenencia común, de adhesión uniforme a las normas reguladoras de la acción grupal. Conviene subrayar que ello no invalida la diferenciación personal de sus partes. Los procesos de autoafirmación son compatibles con una conducta leal y de servicio solidario.

Con esto no se pretende afirmar que siempre el contacto directo y personal dé como resultado asociación íntima entre los sujetos implicados. Pero sí, que toda relación constante -durante un lapso suficiente entre las personas- genera condiciones para la estabilización de vínculos significativos.

Estudios realizados con grupos primarios (a fin de verificar progresos de rendimiento) permitieron descubrir algunos de los rasgos más importantes de **su dinámica**. Señalemos que este término alude al proceso de interacción y de comportamiento del grupo. Esa dinámica puede considerarse desde dos puntos de vista principales: **externa e interna**. La dinámica externa alude a los procesos que, si bien son ajenos al grupo, los implican y los afectan. Por ejemplo: el grupo primario de una división es modificado en su conducta por la dinámica institucional o nacional.

Las investigaciones psicosociales emprendidas permitieron probar de modo definido lo siguiente:

1. Un grupo social primario necesita ser consciente de sus metas, seguro de sus roles, preciso en sus normas de acción.

II. Los objetivos de la acción grupal son factores de cohesión y aglutinamiento. La seguridad de su realización, los éxitos acumulados aunque sean parciales-, refuerzan la unidad del grupo y la identificación de sus miembros.

III. La consideración social que merezca el grupo, el prestigio adquirido, es factor de consolidación y de motivación para el rendimiento.

IV. En todo grupo se van generando normas propias de acción y convivencia que pueden ser distintas del marco o contexto social en el cual se encuentran (distinto no quiere decir incompatible u opuesto). Todo grupo busca distinguirse, ser, en alguna medida, original.

V. Consiguientemente, en todo grupo primario tiende a crearse una "organización informal" (no prevista) resultante de la interacción de sus miembros.

VI. Las normas que se da el grupo son consecuencia de su sistema de valoraciones. No están a menudo explicitadas. Se manifiestan cuando alguno omite su cumplimiento y se dan bajo forma de sanción grupal.

VII. La importancia que el grupo adquiere para sus miembros trasciende a sus finalidades formales; derivan más bien del hecho mismo de sus actividades comunes, de sus relaciones recíprocas, de **sus afectos compartidos**.

VIII. Cuanto más íntimo y asociativo sea un grupo, más crecen las expectativas recíprocas. Todos esperan más de todos.

IX. Cuando el juego de las actividades a que se consagra el grupo es variado y se ofrecen posibilidades de experiencias emocionales afectivas cambiantes, el grupo funciona como "un sistema autoalimentado".

X. En los grupos estabilizados aun la hostilidad y el antagonismo pueden hallarse bien normativizados por las costumbres y convenciones, de modo que pueden exteriorizarse sin afectar la unidad del todo.

Debe apreciarse que en las condiciones señaladas se han considerado los aspectos positivos. Pero las inversas negativas de las proposiciones I, II, III, y IX -especialmente- también son válidas y deben ser tenidas en cuenta.

Por, lo tanto:

- La falta de conciencia de las metas, la inseguridad en los roles a cumplir; la imprecisión de las normas de acción, son perjudiciales en la integración y rendimiento de los grupos.

La inseguridad en la realización de las metas (objetivos), los fracasos acumulados, debilitan la unidad grupal y el proceso de identificación de sus miembros.

- La desconsideración social que merezca el grupo, su falta de prestigio, es factor disolvente del mismo y anula la motivación para esforzarse en el rendimiento.

- Si las actividades se rutinizan y las emociones compartidas se opacan, el grupo pierde vigor y se va agotando.

La descripción somera de los caracteres y procesos del grupo muestran directamente o por lo que se descubre en el revés de su trama-

presencia de dos líneas de problemas cuyas alternativas están aquí jugando. Por una parte, se abre la perspectiva de la apertura y el encuentro con los otros, la relación y la interdependencia de los sujetos: Pero, también, tiene vigencia la tendencia a la autoafirmación (recordar la crisis de originalidad), la singularidad, la personalidad diferente. La experiencia con los coetáneos puede subsumir la individualidad, el grupo procura ejercer un tutelaje sobre el adolescente, que se somete a sus normas, valores y sanciones. En oposición, la afirmación del yo y la conducta personal se erigen como obstáculos a la integración y la apertura. De ahí un posible dilema: o fracaso del desarrollo personal o negación del proceso de socialización.

El proceso yo-nosotros

El camino de la solución feliz lleva su tiempo de elaboración y su inevitable serie de fricciones en los medios hogareños o escolares. El decurso total del proceso yo-nosotros sigue este esquema:

Cuando el niño nace (y básicamente durante el primer año de vida) prevalece un nosotros difuso, sin fronteras. Convive el nosotros con la madre -en especial- de quien 'se separó orgánicamente, pero de quien depende física y psíquicamente. La unidad esencial es sentida -desde luego, no pensada-, vital, cálida.

Después viene el yo de los 3 años, como expresión de autonomía, como voluntad de afirmarse en su pequeño mundo y ser su centro. Esto va significando una 'conciencia progresiva de sí y la noción de ciertos límites entre los sujetos y con relación a las cosas.

El yo se socializa en la interacción con los iguales, los condiscípulos, con quienes pugna, aprende a cooperar, dialoga y -sobre todo- juega. El nosotros que alcanza el niño hacia el término de la infancia es sólido, consistente y se nutre de acción compartida.

El adolescente vuelve al yo, como mundo interior a explorar, como eje de oposición, de afirmación y resistencia al mundo. Es el momento egotista, del culto contradictorio a sí mismo, que tanto agrade como se agrede, que sueña, quiere, ansía, desde sí mismo a los demás; que se aísla en la torre de marfil o se desespera por ser dueño de la realidad.

La otra clave del adolescente es el nosotros grupal, generacional, soporte que necesita y en el cual se apoya para distinguirse de los mayores.

Viene el último paso: lograr un nosotros maduro, reflexivo. Sentirse integrado y cooperativo con los demás -familiares o compañeros- y al propio tiempo ser capaz de constituirse en persona individualizada, con

ideas y creencias propias. Un nosotros, en fin, que no significa ya sujeción ni sometimiento, sino voluntad viva y actuante de unión y solidaridad compatible con la justa medida personal.

Detallado el proceso seguido, es legítimo subrayar en esa integración, tan intensa del adolescente con sus pares qué es lo que recibe y asimila.

El individuo en
el grupo (1).

El sujeto humano conduce su acción en función de un sistema de valores que se revelan en un peculiar modo de estimar, de elegir. Pertenecer a una cultura supone compartir valores. Cuanto más cercano es el grupo al, cual se integra un individuo, mayor adhesión deberá dar a un núcleo básico de preferencias aceptadas. Por eso se ha dicho que la base posible para que un grupo pueda originarse es un *sistema de valores compartidos*.

Fuera de la consideración axiológica, la psicología social se ha interesado en ahondar cuáles son las motivaciones que llevan a un sujeto a integrarse en un grupo. Se han apreciado cinco motivaciones principales:

1. *Seguridad*: El sujeto humano busca asociarse con otros a efectos de ganar en seguridad, confianza. A pesar de los altibajos de la convivencia humana, el hombre no soporta la soledad. No sólo eso, sino que necesita a los demás para sentirse pleno y suficiente. Por lo tanto, el adolescente busca al grupo para ganar en seguridad y fe en sí mismo.

II. *Reconocimiento*: Todos aspiran a "ser alguien", a ser considerados socialmente, poseer un cierto prestigio. La pertenencia a un grupo es factor generador de consideración social. Esta es una motivación muy determinante. A veces puede buscarse un reconocimiento vanidoso y superficial (ser miembro de un club elegante, por ejemplo); otras veces se desea un reconocimiento de servicio y entrega a la comunidad (a través de un ejercicio que suponga una función social muy valiosa).

III. *Respuesta afectiva*: También es cierto que normalmente todos aspiran a ser necesitados -por una parte- y a tener la certeza de que también serán acampañados, cuando lo necesiten.

IV. *Función social*: El grupo es también instrumento de acción y posibilidad de realizar. Estar en él, significa poder cumplir con la aspiración de llegar a ciertas metas u objetivos.

V. *Nuevas experiencias*: El ser humano muestra siempre un afán de vivir emociones o experiencias nuevas. La motivación de acercamiento a un grupo puede estar también ligada a esa búsqueda. Un grupo que ofrezca posibilidades amplias de experiencias matizadas, diversificadas, estimula la adhesión de sus miembros.

VI. El grupo brinda, también, un espacio vital, una peculiar región física y humana donde resolver tensiones, agresividad, inquietudes sexuales. Ahí encuentra el adolescente un territorio permisivo, fuera del control adulto. En este peculiar campo puede moverse con libertad y despojarse de presiones. Es a la vez un espacio exento de vedas, apto para la espontaneidad, y una región cálida donde encontrar simpatías y afinidades. En sus descargas de acción, de palabras, de gestos, hay una afirmación implícita: "aquí no hay adultos". Esto no implica que se haya desprendido de obligaciones, controles y sanciones, puesto que el grupo de los pares también lo hace, pero no son las mismas que las de ellos (los mayores), de quienes trata de segregarse y diferenciarse.

Clasificación de los grupos

En cuanto a criterios útiles ' de clasificación de los grupos podemos considerar que R. Fáu nos ha presentado un cuadro preciso en la distinción de grupos de adaptación normal, de adaptación difícil, de adaptación patológica y, por fin, los que son particularmente inadaptados por minusvalidas somáticas o psíquicas. Lo normal corresponde a lo descripto más arriba, que incluye la emergencia de conflictos entre sus miembros que se superan y permiten formas más maduras de integración.

Es importante destacar **la función social del conflicto** (2), en cuanto conectivo y cohesionador, ocasión de liberar hostilidad acumulada, eliminar factores de deterioro, desprenderse de miembros inseguros y encontrar recursos mas elaborados para seguir adelante. Desde luego que abre, al mismo tiempo, sus riesgos de ruptura y mutilación del' grupo, tanto más peligrosa cuanto más intimidad haya entre sus miembros. Pero la evitación de la exposición clara y franca de los motivos de antagonismo es un indicio de desconfianza en los afectos y, por no mostrarse a tiempo la oposición, cuando estalle hará que toda solidaridad sea imposible.

Al hacer mención a un grupo patológico apuntamos a un conjunto cuyos miembros transfieren sus conflictos externos al seno del grupo. Ansiedades residuales, sentimientos de culpa, escrúpulos persecutorios, depresiones y fobias son volcados en la dinámica interna con los consiguientes choques y tensiones.

El grupo pandillero

Especiales características posee **el grupo pandillero**.

El grupo pandillero otorga al recién iniciado la posibilidad de identificarse con sus agresiones sin sentirse culpable. Mágicamente el miembro partícipe siente que puede descargar sus tensiones y creerse inocente individualmente.

Asimismo, el grupo le hace experimentar una engañosa vivencia de fuerza y capacidad. Lo que solo no haría, ahora lo puede arrostrar con los otros que le quitan ansiedad y le proporcionan organización para ejecutar la acción destructora.

Paradójicamente la pandilla que atenta contra las normas morales vigentes en la sociedad, posee su propio código elemental y duro para quienes lo transgreden. Esto es revelador de algo muy importante. No hay sociedad sin normas y este grupo no se aparta de este rasgo esencial.

De aquí surge una doble posibilidad: gratificar las tendencias sociales que subsisten en sus miembros y, al mismo tiempo, por la severidad de los castigos reducir todo sentimiento de culpa latente.

El juego agresivo del grupo socialmente enfermo exige nutrirse de odio. La agresión consumada podría atemperarlo, por eso mismo la pandilla -celosa de su persistencia- se alimenta de odios consolidados en torno a personas, clases sociales, minorías religiosas o políticas, étnicas, etc. Así, también, pueden justificarse atropellos, de modo que el odio hace las veces de un sistema autorregulador eficaz.

Otra exigencia de la pandilla es la segregación relativa de sus integrantes, la ruptura con las personas y los grupos que funcionan normalmente en la sociedad. Es la vieja ley de “con nosotros o contra nosotros”, “el que no está conmigo es mi enemigo”, propia del belicismo.

El tope de los rasgos inconscientes del grupo delincuencia¹ está dado por sus prohibiciones, sus cuestiones intocables. El mecanismo protector es éste: lo que no es defendible ni justificable se torna tabú y así se evita tener que reconocerlo.

Conclusiones: la pandilla adolescente no es antisocial, sino pseudo-antisocial. Constituye un grupo regresivo. Participa de las condiciones de sociabilidad en cuanto a codificación, división de roles, fines comunes. Pero en vez de permitir que cada miembro avance en su autonomía, lo enquistas y lo rodea de actitudes defensivas infantiles: disculpa mágica, dependencia afectiva, tabúes.

La “logia”

Diremos, en suma, que los grupos de adolescentes presentan estos rasgos, que tienen parentesco con las sociedades secretas:

a) **Exclusividad**, en cuanto que sus miembros se separan de los demás y exigen una lealtad de sus seguidores.

b) **Iniciación**, que se acompaña o no de ritos de apertura o de prueba y que le otorgan cierto esoterismo (especialmente para los mayores que desconocen su jerga, sus ídolos, sus símbolos). Esto conduce a un aire de **secreto**, pues hay contraseñas y códigos que se ocultan a los otros y hacen más-atractiva la pertenencia al grupo.

c) En el sentir del grupo hay algún **culto extraordinario** que puede orientarse a materias diversas.

Este enunciado puede parecer exagerado si se mira sólo “objetivamente”. Pero hay que tener en cuenta que, desde dentro, todo grupo es el “centro del mundo” y, desde esta perspectiva, considera que aquello que hace posee el carácter de una singularidad y especificidad intrasnsferibles.

Un párrafo especial merece el **líder adolescente**.

La relación de mando es una conducta que se observa ya en el comportamiento del preescolar, y asimismo se aprecian tempranamente técnicas diversas de ejercer esa función. Conviene distinguir dos componentes del liderazgo: a) **Dominancia**, mediante la cual se logra someter a los demás a la propia voluntad; b) **Dirección** de los demás hacia un objetivo. En lo primero sobresale el relieve de un carácter enérgico que se impone (polaridad); en lo segundo, la orientación de los otros a una meta. Algunos adolescentes pueden ser dominantes sin dar dirección (autoritarios); hay quienes dirigen sin dominar (seductores). Una evidencia de la observación de las conductas adolescentes es que los líderes emergen en relación con los miembros ' del grupo, las actividades que se cumplen y las situaciones que se enfrentan. No hay, por lo común, jefes" absolutos sino líderes operacionales que el grupo genera y reconoce por las habilidades, las actitudes, los sentimientos.

Cuando la conducción es positiva, el líder es factor de eficacia, cohesión y estabilidad. Cuando el conductor emergente es negativo, sobresale la canalización de agresividad en diversas formas. En su mayoría el éxito o la popularidad ungen al líder adolescente, pero existe también -en menor número- al jefe silencioso, que se rodea de misterio.

El adolescente y el otro

Si ahora nos volcamos al examen de las formas de contacto humano intersubjetivo señalaremos, primero, las relaciones que describió y analizó finamente Ph. Lersch (3). Así tendremos el "**ser con otro**", como mera coincidencia; el **hacer con otro, en** cuanto a modalidad de trabajo; **el comprenderse con otro**, como auténtica expresión de convivencia; el **abrirse hacia el otro**, por un vínculo de simpatía; el **brindarse al otro**, por reciprocidad o respuesta afectiva; **el mero sumarse a otro** por solidaridad de buena camaradería; el **separarse del otro** por aversión o el **enfrentarse al otro** agresivamente, como reacción a un conflicto.

A ello podemos añadir, dentro de las formas de sociabilidad descriptas por G. Gurvitch (4), lo concerniente a modalidades del **nosotros**, ya que las conductas del adolescente cabe insertarlas en las tres que definió el autor rumano-francés como **masa, comunidad y comunión**. Para ello hay que tomar dos puntos de referencia básicos: la **presión** que obra desde fuera de las conciencias individuales y la **fusión** que brota desde

las mismas para llegar a interpenetrarse. Puede construirse con este criterio el siguiente cuadro:

forma de la sociabilidad del nosotros	p r e s i ó n	intensidad de la fusión de las conciencias
masa	mayor	menor
comunidad	término medio	término medio
comunión	menor	mayor

Si bien esta clasificación es precisa y de valor instrumental, corresponde señalar que prescinde de un matiz altamente significativo que ha exaltado la línea del **personalismo** (G. Marcel, E. Mounier y otros); es decir, la distinción que va entre lo social y lo interpersonal. Hay algo de específicamente peculiar en el descubrimiento de la persona que no está vigente en el mero contacto de la vida social. Por ello la comunión y aún la comunidad se separan esencialmente de la sociabilidad.

J, Maisonneuve, que comparte esta perspectiva, ubica en el **nosotros** de la comunidad (5):

a) las formas de **bloque** (o modo instintivo de la vida dentro de sociedades cerradas);

b) la **camaradería** fraternal, forma más espiritualizada de la comunidad, donde la solidaridad y el sentir que no se está solo tonifican a cada miembro (y esto es muy típico en la adolescencia);

c) la **comunidad razonable** como equivalente a la auténtica comunión del nosotros, en cuanto descubre la singularidad personal de sus miembros.

La amistad

Desembocamos así en una de las formas más valiosas de la interrelación humana, que M. Buber concentró en la diada **“yo-tú”**. El adolescente ingresa en esa dimensión cuando trasciende la esfera del “tener” un compañero al “ser”, con el otro, amigos. (G. Marcel). Éste es un vínculo creador, promovedor de una activa espiritualización y enriquecimiento de las conductas.

Mucho se ha dicho del sentimiento de amistad que en la adolescencia alcanza contornos apasionados. El amigo nos revela la “otredad”, del

prójimo y, al mismo tiempo, nuestra esencial unidad. A un tiempo descubro y me descubro. Esta experiencia no es fácil, posee sus alternativas y sus riesgos, El proceso alcanza su equilibrio cuando los amigos se sitúan como uno junto al otro, distintos y -sin embargo- coincidentes. El amigo maduro respeta la autonomía del amigo, su libertad no lo afecta.

Pero el adolescente se entrega a la amistad de modo celoso. y absorbente, más visiblemente en las chicas. Lleva su tiempo desprenderse de esa cuota de admiración, sumisa o exigente, con que se desea la presencia del amigo dilecto. De ahí los riesgos, muchas veces denunciados, de los afectos equívocos entre adolescentes del mismo sexo y que se acentúan cuando hay cierta diferencia de edad y de nivel de desarrollo y hábitos de conducta.

Por lo común, los jóvenes superan las acechanzas sexuales, aunque es frecuente que padezcan decepciones en cuanto a las expectativas que cifraron en algunos amigos.

P. Furter (6) sintetiza de esté modo la problemática de la amistad: búsqueda de una imposible identificación y de una posible relación con la alteridad. Y el conflicto descansa en la dificultad. para aceptar la temporalidad. El adolescente vive el instante inconsistente en el cual la amistad no es posible o una eternidad sin historia que excluye la existencia temporal del otro. En su reverso, es un drama entre la fidelidad y la libertad. Esta perspectiva, muy aguda, se complementa con una afirmación dudosa (al menos para la observación de nuestro medio): Que el adolescente de nuestros días es más propenso al compañerismo que a la amistad, "una relación menos patética, pero infinitamente más sociable", porque la amistad es excluyente y aún antisocial. La constante observación de adolescentes no nos hace refrendar esa afirmación. Creemos que nuestro adolescente cultiva las dos experiencias, que no son incompatibles, aunque sí es dable reconocer que los grupos ímimos, pares o tríos, se suelen aislar del resto por su unión muy estrecha.

Podemos aquí hacer una breve reflexión sobre dos instrumentos técnicos que la Psicología utiliza: *la Caracterología* y *la Sociometría*. Una nació en Europa, la otra, en Estados Unidos (aunque su creador haya sido rumano). La primera se sostiene en la premisa de que ciertos rasgos del sujeto individual son constantes y determinan su conducta. La segunda examina el juego de las interacciones y de la integración social. La primera, según se ve, pone su acento en el individuo; la segunda, en el grupo. La experiencia de manejar técnicas de diagnóstico caracterológico y sociométrico revela dos dimensiones variadas del comportamiento. El adolescente reconoce y acepta la descripción caracterológica que permite una toma de conciencia conceptual sobre la estructura de su modo de ser y de actuar. Pero hay que tener bien claro que esa conducta se modifica en su inserción en el grupo. Hay una

elasticidad y una permeabilidad en el contacto y relación con los otros; eso lo demuestra de manera fehaciente el test sociométrico.

El adolescente
aquí y ahora

Volvamos al tema central. En el primer capítulo habíamos destacado dos notas definidoras, a nuestro entender, de la adolescencia: epifanía de los valores y vivencia peculiar de la temporalidad. La experiencia sociointerpersonal de los jóvenes genera una disposición a la aprehensión de ciertos valores con exclusión de otros. De ahí que se constituyan en una **categoría o agrupamiento diferenciado de los adultos, más homogéneo** entre sí que la generación de sus padres. Esto puede tener una vertiente explicativa de carácter sociológica. En países como el nuestro, de tipo inmigratorio, las camadas generacionales juveniles son más homogéneas en actitudes, creencias y estimativa que medio siglo atrás. Las razones derivan del hecho que las diferencias de nacionalidad, lengua, nivel educativo, experiencias de vida social, se han ido anulando. Este es, sin duda, un hecho sumamente importante.

La adolescencia, por otra parte, se ha prolongado. Antes era más rápido el ingreso en la vida adulta, tomando como indicadores las expectativas en cuanto a aprendizajes. Al mismo tiempo, y en oposición, los privilegios adultos son más rápidamente accesibles al adolescente. Tales, por ejemplo, comprar bienes de consumo (el que puede comprar como adulto, se siente adulto), disponer de mayor libertad en el manejo del tiempo horario, etc. Así resulta que **la ética de la satisfacción postergada** de los abuelos y aún de los padres ha dado paso a **la moral de la gratificación inmediata**. Los jóvenes de hoy gozan tanto como pueden; viven más en el presente que en la previsión de futuro. De ahí, una conducta transida de provisoriedad. Así, también, hoy prevalece **la glorificación del término medio** más que la aspiración de ser primeros (esto es muy notable en la escuela secundaria; lo importante es eximirse o simplemente pasar, con el menor esfuerzo), lo cual implica la transferencia al grupo de los pares lo que fuera antes la aspiración de tipo individual. Es por eso que la iniciativa, la autonomía, la conducta independiente, son desvalorizadas frente a la solidaridad, la dependencia y la obediencia a los requerimientos del grupo. (Enuncio estos aspectos como realidades objetivas, no como juicios de valor).

Para esta sociedad juvenil, lógicamente, las formas de conducta adulta no son aptas como ejemplos de acción, ni es tampoco atractivo el modelo de sociedad cuyas metas y modos de acceso legítimos se sustentan sobre la exaltación de los méritos individuales y el esfuerzo **personal**.

Este es un grave factor de distanciamiento en la comprensión de padres y educadores con hijos y alumnos.

La subcultura juvenil

En esta confrontación, los adolescentes y jóvenes decantan una subcultura juvenil.

Empleamos el término **cultura** en el sentido que alude a toda la obra que realiza el hombre y que se ha ido distinguiendo del mundo natural. De este modo, dentro de la esfera de la cultura se encuentran el arte, la ciencia, la filosofía así como las técnicas, las formas de la vida religiosa, política, doméstica y económica. Tanto lo grande como lo pequeño del hacer humano queda así comprendido: el lenguaje, el folklore, las modas del vestir, los humildes utensilios de la vida cotidiana.

En la cultura existen áreas definidas en el tiempo y en el espacio y, asimismo, en las grandes regiones culturales (como la de Occidente por ej.) pueden apreciarse subculturas, más limitadas, más locales. De esta manera es legítimo llegar a establecer campos de la subcultura adulta, juvenil, etc., cada una con sus componentes y rasgos propios, sus símbolos y rituales, sus peculiares valoraciones.

Interesa agregar que cuando las edades del hombre se alargan, se crean condiciones que contribuyen a que se profile otra **subcultura**. Esto ha ocurrido con la adolescencia, etapa de la vida que, por razones del cambio social y las necesidades crecientes de aumentar los aprendizajes, se ha dilatado visiblemente. Así, pues, los años que siguen a la infancia y preceden a la adultez han ido revelando modalidades de expresión, adhesión, creatividad y consumo, bien específicas. Si bien ciertos ritos típicos de otrora han perdido significación hoy (como los pantalones largos o los tacos altos) otros factores pasan a jugar un papel distintivo (el atuendo, la jerga del habla generacional, las preferencias estéticas, las estimaciones sociales y morales).

Esa subcultura adolescente no es necesariamente antiadulta, pero crea situaciones que alejan al mayor. Un hecho elemental evidente: el adolescente gusta del ruido, la estridencia, la vibración. Puede esto no estar dirigido contra el adulto, pero en verdad éstos -por lo común- no lo soportan y toman distancia o se oponen.

Esta manifestación de rasgos subculturales no compatibles con miembros de otras generaciones mayores produce, por una parte, modelos de identificación diversos y, por otra, genera una postergación en cuanto al ingreso en las formas de la vida-responsable.

El adolescente y el adulto

Sus consecuencias posibles son, pues, la negación del sistema de valores adulto, la evasión de la realidad y la simpatía por ideologías de **cambio**. Lo que acaso realmente quiere el adolescente es encontrar, su **espacio vital** entendido como **su región de poder**.

Si, fácticamente, hay más generaciones en pugna más lento y difícil es el acceso a los puestos de autoridad. Esta lentificación del proceso de ascenso decepciona a los más jóvenes y la frustración desemboca en agresividad,

Un mundo colmado de adultos genera en los jóvenes impaciencia, demora en definir positivamente su identidad y un sentimiento de injusta falta de poder (la convicción de que algo es así, engendra conductas reales aunque los hechos no lo sean).

Las salidas grupales se canalizan, por consiguiente, en los movimientos de oposición o protesta; los escapes de tipo sensorial, a través de exigencias sexuales prematuras sin intimidad, o la atracción por los narcóticos reales (drogas) o sustitutos (música **beat** o progresiva, sugestión de los ídolos de la canción, fanatismo en la afición al fútbol), o en la aceptación resentida de un orden que no les atrae.

La incertidumbre valorativa

De lo que estamos convencidos es que de ninguna manera hay certidumbre en la estimativa de las generaciones en pugna. A través de una encuesta desarrollada originalmente por quien esto suscribe, a efectos de sondear el problema de las orientaciones valorativas, se desprenden las siguientes conclusiones: (7)

Dentro de las áreas de deberes y valoraciones considerados se aprecian como las más críticas en cuanto a procesos de cambio e incertidumbre las que se refieren a “la función económica del Estado”, “la propiedad”, “la sociedad familiar” (conyugal y paterno-filial), “la sociedad civil” y, por fin, “la Religión”.

- El riesgo anómico (8). pudo apreciarse por las dudas manifestadas en las respuestas y, también, por las contestaciones contradictorias y zigzagueantes. Esto fue particularmente visible en lo que concierne a toma de posición frente a las tesis de distintos modelos políticos, la concepción de pertenencia a grupos, la idea de planificación económica, las relaciones del capital, el trabajo y el Estado. Del mismo modo en la concepción del matrimonio, las relaciones sexuales, el divorcio, el rol de

la mujer, las funciones de la institución familiar. Por fin, la incertidumbre y la contradicción se extienden a las relaciones entre Religión y Política y a la comprensión de los deberes religiosos.

En cuanto a variables intervinientes en el proceso, selecciono tres muy significativas: a) debilitamiento de la fuente de autoridad parental y consiguiente ascenso de otras vertientes de orientación valorativa canalizadas por los medios de comunicación social que diversifican, segregan o confunden; b) las contradicciones entre la teoría y la práctica de la educación moral y cívica, que llevan a un estado de perplejidad para asumir posición en las cuestiones éticas y políticas, pese a los muchos años dedicados a la educación democrática, la instrucción cívica, la enseñanza moral y religiosa; c) la crisis de la institución familiar a través de las experiencias deteriorantes de familias no organizadas o desorganizadas, con sus secuelas de frustraciones, resentimientos y hostilidad latentes en los hijos.

ProPuestas
educativas

Resulta lógico. inferir de este sondeo de la estimativa generacional que urge encarar los problemas perfilados mediante una acción educativa generalizada con mejores metodologías que apunte a:

1º Disipar la confusión de los planteos económicos, políticos, sociales. Ello se conecta con una serie de conceptos críticos tales como: "democracia", "liberalismo", "fascismo", "progreso", "desarrollo", "Estado", "Nación", "Patria" etc.. Se advierte la necesidad de esclarecerlos a través de un proceso razonador que cimente el sentido crítico y desarraigue los prejuicios y emocionalismos demagógicos. Por otra parte, es necesario que la acción sea coherente con la teoría, por donde se comprende lo que sostenían ya los antiguos y es que los pedagogos más influyentes son los gobernantes.

2º Afirmar el sustento espiritual y material de la familia a nivel de &-tiempos y de los problemas actuales.

3º En el delicado campo de la moral sexual es indispensable un enfoque maduro -ni anacrónico ni pueril- que reafirme los valores fundamentales del amor, del respeto, de la responsabilidad, dentro del cuadro de la educación de la persona total.

4º Los vacíos de conocimiento y fe en cuanto a los caminos de la verdad y la vida trascendente constituyen un renovado llamado a la acción pastoral orientada a esos fines.

Nos alienta la expectativa de contribuir a desbrozar un camino de solución en la crisis de los sistemas valorativos que separan a los mayores

de los' jóvenes. Creemos básicamente en el 'reencuentro del padre y el hijo como clave del diálogo esencial entre las generaciones y del futuro de la sociedad. El amor nos abre a la unión, la religiosidad nos inserta en el marco trascendente en que nos movemos como criaturas limitadas. Esto ya lo dijimos. Pero queremos anudar esta convicción con otra relativa al tiempo y la historia.

Sentimos ansiedad por el porvenir incierto y dolor por el pasado que se cancela. El conocimiento de lo vivido, por lo general fragmentario, ha llevado con harta frecuencia a interpretaciones de pretensiones desenmas-caradoras, pero que se han detenido de manera especial en exhumar lo malo de la historia y a promover, por lo tanto, los movimientos de rechazo. Con mucha fineza lógica decía Ortega que quien se define por una actitud de "anti" en verdad y a su pesar, está postulando el retorno a una situación en que esa realidad ocurrida que se quiere borrar no existía, con lo cual se predica el retorno a las condiciones que generaron la aparición de esa "indeseable" realidad. De aquí una inferencia: la única actitud positiva es la de "pro", que busca hacer, crear, cooperar.

Las líneas de toda acción constructiva nos llevan a evaluar metas y medios de acceso de un lado y a los protagonistas de esa actividad por otro. En cuanto a lo primero, se nos abre un cuadro de opciones como el que formuló con agudeza R. Merton. Nuestra elección puede recaer en el conformismo, el negativismo pasivo, el ritual marchito, la rebeldía destructora, la utopía revolucionaria o la innovación gradual. En lo segundo, nos hallamos sumidos en la realidad humana calida, abigarrada y alternante constituida por niños, adolescentes, jóvenes, adultos y viejos, creativos o conservadores, activos o pasivos, realistas o fantasiosos. La sociedad de los hombres se nutre de opuestos que se necesitan. Si buscamos mutilar el pasado, perdemos sentido de realidad porque lo consumado es irrecusable. La amputación es, además, injusta porque niega la identidad de un pueblo y de una cultura, anulamos personalidad y destí-no cierto.

Pero, desde luego, hay un reclamo del futuro y ocluirnos a los cambios necesarios es negarnos al ascenso de vida y a una justicia mayor en la sociedad. De donde, una segunda inferencia: buscamos una forma de equilibrio que concilie conservación y aspiración, tradición e innovación.

En esa búsqueda están todas las generaciones invitadas y su instrumento ético y civilizado de entenderse es el diálogo. El es posible si la razón le otorga un orden legal, si el respeto y el amor le dan su clima, si a todos asiste una buena voluntad de hacer. De aquí se extrae por oposición que los enemigos de la conciliación son la irracionalidad, el desprecio y el odio, la mala voluntad de deshacer.

- 1 Pero a quien ame a su prójimo y a su país jamás le abandonará la esperanza y el deber de crear las condiciones del diálogo.

Referencias

(1) Estos temas de Psicología social pueden ser vistos con claridad en los textos de Beal, Bohlen, Raudabaugh: *Conducción y acción dinámica del grupo*, Kapelus; Miles M. *Aprendizaje del trabajo en grupos*, Troquel; de un modo más específico en Collins-Guetzcow: *Psicología social*, El Ateneo.

(2) Coser L.: *Las funciones del conflicto social*, F.C.E.

(3) Lersch Ph.: *Psicología social*.

(4) Gurvitch G.: *Las formas de la sociabilidad*, Losada.

(5) Malsonneuve J.: *Psychologie social*, P.U.F.

(6) Furter P.: *La vida moral del adolescente*, El Ateneo.

(7) Corresponden a una encuesta elaborada con el objetivo de examinar las orientaciones valorativas referentes a aceptación de deberes y derechos, deberes referentes al cuerpo, al alma, a nuestros semejantes, a la propiedad, a la función económica del Estado, a la sociedad conyugal, paterno-filial, civil y a la Religión. Es parte de una tesis de doctorado presentada por este autor en 1975 acerca de "El conflicto de las generaciones".

(S) Sobre *la anomia* ver trabajo anterior "La relación del padre y el hijo..", I.I.E. Nº4.

Familia y cambio social

No necesitamos presentar a la institución familia. Es por todos conocida. Sin embargo, si reflexionamos sobre ella y procuramos develar sus significados básicos y distintivos, surge una variada problemática.

Familia alude a un grupo social humano constituido sobre el fundamento de dos relaciones principales: **afinidad y consanguinidad**. La primera es el vínculo psicosocial que origina **el matrimonio**; en tanto que la segunda es el principio de **la filiación**. Es decir, familia absorbe en verdad otras dos instituciones o subsociedades; la de los esposos y la de los padres e hijos. Pero aquí no cesa la distinción. Otra subsociedad emerge de ella, la **fraternal**, la de los hermanos. o sea que, en el seno de la familia se cruzan tres tipos de relaciones que pueden, subsidiariamente, generar formas de cooperación o antagonismo. Este antecedente debe tomarse en cuenta. (1)

Comunidad, y asociación

Contextualmente la familia se inserta en el seno de la sociedad global y puede apreciarse como prototipo de uno, de los **tipos ideales** de sociedad: **la comunidad** (el otro tipo ideal **es la asociación**).

Según esta clásica distinción de F. Tönnies, comunidad posee dos raíces primordiales, pues por una parte, se halla radicada en un lugar (factor geográfico), y por otra, se nace en ella (factor biológico). La comunidad genera una especial atmósfera afectiva, es el ámbito donde prevalece el pasado, la tradición y la costumbre:

Allí los miembros asumen roles difusos, la comunicación es “cara a cara”, las expectativas se hallan generalizadas.

La asociación es el tipo ideal opuesto: Se origina en una elección consciente, no prevalece una causa eficiente sino una causa final (búsqueda de metas u objetivos), se regula por un tramado jurídico-racional (no afectivo), prevalece la ley y no la costumbre, se orienta hacia el futuro y la innovación.

Esta breve descripción pone en evidencia la condición comunitaria de la familia. No obstante, puede apreciarse que hay dos perspectivas de apreciación acerca de esta agrupación humana:

a) Si la consideramos desde el punto de vista de la pareja que desea constituir un matrimonio, es una asociación, ya que hay un acto electivo consciente, a la edad de la reflexión, que busca realizar ciertos objetivos: procreación, gratificación de afectos, mutua asistencia (se la denomina también **familia de procreación**).

b) Desde el punto de vista de los hijos que nacen de ese matrimonio, es una comunidad que los promueve socialmente (**familia de orientación**)

Esta doble naturaleza tiende a diluirse en toda unidad doméstica que funciona bien. La atmósfera, las conductas, los valores y normas prevalentes son los comunitarios. Sólo cuando la familia se desorganiza reaparece el substracto jurídico-asociativo. Es cuando se reclaman derechos, se discuten deberes y cada cual se atiene a la letra de la ley escrita.

Aspectos
evolutivos

La institución doméstica ha evolucionado en las culturas y en el tiempo. Si tomamos algunos aspectos claves de su estructura, lo podemos estimar con toda evidencia.

a) **La familia extendida (más de dos generaciones)**, típica de la sociedad occidental en otras edades, propia del medio rural, dejó paso a la **familia nuclear** (sólo padres e hijos) característica de nuestra época y de la sociedad urbana. Aquí se ha cumplido la llamada ley **de la contrucción** por E. Durkheim.

b) La autoridad patriarcal, estrictamente ' romana, fue claudicando **en** el tiempo. El siglo XX ha visto progresar los derechos de la mujer y la ha ubicado a la par del hombre (autoridad compartida).

c) El gobierno autoritario parental ha cedido lugar a la llamada conducción democrática, calificativo con el que se designa a una familia donde sus miembros participan y comparten decisiones.

d) Dentro de la familia se habla de dos cuestiones institucionales básicas, **matrimonio y filiación**.

El matrimonio se somete a dos tipos de reglas: 1) **De selección** de los cónyuges; 2) **De residencia**. Referente a lo primero se ha hablado tradicionalmente de la negación de **la endogamia**, que significa, en esencia, prohibir las relaciones dentro del mismo grupo familiar (tabú del incesto). Por lo tanto, se promueve **la exogamia**, es decir, las relaciones con

miembros de otros grupos (pueden ser familias, clanes, tribus, etc.). No obstante, ni la endo ni la exogamia son absolutas y se han generado a menudo, barreras en uno u otro sentido. En verdad, no admitimos las relaciones íntimas en el endogrupo familiar, pero no aprobamos una distancia social amplia en relación a los **exogrupos** externos. De ahí que las barreras religiosas, raciales, nacionales, económicas, etc., han impedido o limitado los matrimonios. En nuestro tiempo esas barreras no han desaparecido, pero han declinado. Las fronteras prejuiciosas entre hombres y mujeres se han ido disuadiendo. Pero, de hecho, han aparecido otras, como las educacionales. Las diferencias de niveles de estudios cursados pueden producir diferencias que afecten o imposibiliten la relación conyugal. (2)

Otro aspecto del matrimonio: durante muchos siglos la mujer sólo veía su posibilidad de ascenso social vinculada con el matrimonio (fantasía del príncipe azul). Hoy eso cambió, al menos en el medio urbano de la sociedad desarrollada. La profesionalización de la mujer le da medios de progreso social, con exclusión del matrimonio. Esta es una realidad muy significativa del cambio social.

En cuanto a la filiación, el proceso revela cambios de gran significación social y moral. En ciertas culturas y épocas, un matrimonio no se consideraba consumado mientras no hubiera hijos. Las familias numerosas fueron dejando paso, en la sociedad desarrollada, a “la parejita” como ideal. Pero, aún más, muchas voces han propugnado el control de la natalidad y han justificado a la pareja voluntariamente estéril, como un modo de vida apropiado y aprobable. Es algo así como el triunfo del sexo sobre la filiación, decisión grave que dicotomiza la conducta y posee consecuencias serias para el futuro de la sociedad.

La secularización

Un aspecto singularmente significativo en la evolución de la familia ha **‘sido el proceso de secularización**. La Edad Moderna marcó el cambio. La Revolución Industrial aceleró esa realidad. La familia comunitaria y rural era eminentemente religiosa. Dios era parte decisiva de la vida que integraba todas las expectativas principales de la existencia: la esperanza de la cosecha, la previsión de los acontecimientos, la salud, los nacimientos, el pan de cada día.

En la sociedad urbana e industrial, la familia fue aprendiendo a ser devota de instancias terrenales: partidos políticos, organismos administra-

tivos, sistemas previsionales, mutualidades, etc. Lo religioso' como proceso vital, cotidiano, cedió lugar al culto formal del día domingo.

Ello afectó el orden de la tradición y de las costumbres. Porque la religión era el reaseguro de la moral. Al modificarse el **status** religioso, las normas morales empezaron a debilitarse y a ceder en consistencia. Este proceso se agilizó **en** el siglo XX (3).

La familia como
prerrequisito
social

La familia fue siempre considerada un **prerrequisito social** en el sentido de que la supervivencia de la sociedad está sostenida por la institución familiar, cuya misión es lograr la formación necesaria de los nuevos miembros, de modo que éstos puedan ajustarse a los patrones culturales vigentes. Esta condición fundamental ha generado una preocupación constante y justificada por preservar y garantizar la legitimidad de la familia y rodearla del cuadro de sanciones que la respalde. (4)

Una cuestión sutil se ha ido produciendo sin embargo en cuanto al status familiar, problema que podemos denominar de **desinstitucionalización parentul**. (5)

En la medida que han crecido los derechos de la minoridad y el **poder joven se** ha tornado una fuerza reconocida como legítima, ha decrecido y se ha debilitado la autoridad de los padres. Tanto en cuanto a reducción de su potestad jurídica, como en lo referente a su poder psicológico de gobierno de las conductas. El hecho es perceptible muy especialmente a partir de la adolescencia, pero ya se insinúa en la vida infantil.

El ascenso de posición filial puede interpretarse como un progreso social muy valioso, **en** la medida que genera un respeto y una promoción de las nuevas generaciones, lo cual conduce a más preocupaciones de carácter educativo y expansión de posibilidades de vida.

El descenso de la posición parental, en cuanto sea coherente con un proceso de democratización, familiar y social, es positivo. Cuando sólo se conecta con un deterioro de la autoridad y una marginación de la situación del adulto, origina acumulativamente más elementos para la crisis de los sistemas de valoración, grave espina inserta en la vida social de nuestro tiempo.

Modificación de roles

Llegamos a la situación actual con **roles** que se han modificado, **esposos y pudres compañeros**, por ejemplo. Así como se redujeron los límites de la vivienda hogareña, se estrecharon distancias y se afirmaron posibilidades de intimidad. Del padre lejano de antaño, centro de autoridad y decisión, hemos pasado al padre que juega y baña a sus hijos; así, también, la madre intermediaria ha ascendido en poder y participa de la vida extrahogareña. Prácticamente se han reducido las barreras de los roles masculinos-femeninos hasta el punto que la moda **unisex** ya no extraña a nadie. Pero esto genera un grave problema de identidad. (6)

Es fácil apreciar que a los hijos, según su sexo, se les plantea un cuadro distinto. La mujercita tiene a la vista durante todo el día en la casa un modelo adulto de identificación. El varón comúnmente ve mucho menos al padre. La profesión u oficio al que éste se dedica puede ser poco comprendido por el hijo hasta que pasan algunos años. La hija, entonces, puede evolucionar más prontamente hacia comportamientos adultos que el muchachito. Cuando el vacío paterno es muy notable pueden ocurrir normalmente dos cosas: la primera es que el niño, para **adoptar** un modelo maduro varonil, tenga que obrar por reacción a las pautas de conducta femeninas. “Ser hombre” significaría hacer lo contrario a las mujeres. A esto ‘se lo ha llamado **masculinidad compulsiva** y supone un ajuste a conductas ásperas, hostiles, agresivas. La otra, es demorar la maduración del carácter y la personalidad, la indefinición en cuanto al rol que le concierne, la evasión de responsabilidades mayores.

Ahora bien, estas alternativas se modifican en una sociedad que cambia como la nuestra. La madre tradicional deja paso a la mujer que juega un doble rol: profesional y doméstico. Esto abre perspectivas variadas. La más común es que el trabajo exterior no sea tan absorbente como lo puede ser para el hombre, aunque esto no sea norma general. En tal caso, la madre deja de ser tan significativa como antes. Otras figuras pueden sustituirla, precaria o plenamente; por ejemplo: la abuela. Consiguientemente, a los niños se les plantean otros problemas de identificación. O no tienen modelos firmes o son modelos menos adaptados a la realidad que les toca vivir. Con frecuencia los conflictos generacionales se alimentan de estas situaciones.

Otro aspecto de la transformación de los roles y sus efectos es el siguiente: En un cuadro de carácter más tradicional, la familia, en su interioridad, dependía de la clave materna y en su exterioridad, de la función paternal. En gran medida todavía eso se mantiene. Del marido o del padre, de su actividad, prestigio e ingresos, se deduce la ubicación

social familiar, su grado de consideración y la futura promoción de los hijos.

Ahora bien, en tanto el sistema ocupacional fue creciendo en posibilidades, movilidad, etc., el panorama del hombre se amplió en el gran escenario social y se limitó en el plano hogareño. Pensemos en dos situaciones típicas: Antes era común que el hijo, desde muy pequeño, se identificara con el trabajo del padre, que aprendiera su oficio junto a él y que luego lo asumiese de adulto. Hoy eso ha cambiado. En la mayoría de los casos el hijo no sigue la tarea del padre, ni éste puede enseñarle su profesión, ni siquiera es conveniente que lo haga, pues para eso está con ventaja el sistema educacional.

Este panorama se complicó con otros dos hechos: uno, el que la sociedad exige, para lograr éxito en el medio profesional, actitudes que pueden ser diferentes de las pautas de conducta hogareñas y, a veces, incompatibles. La competencia activa, a menudo hostil, los criterios de eficacia antes que los contenidos de índole moral, conducen en algunos casos a una dualidad dramática entre la vida del hombre profesional y el hombre de la casa.

El segundo factor: la mujer que antes ordenaba más coherentemente su conducta en el ámbito familiar y sólo en él, al abrirse al mundo profesionalmente empieza a participar de esa doble lealtad a una y otra esfera de acción y de rendimiento. Incluso, puede llegar a competir indirectamente con el marido en ingresos y prestigio social externo. Esta notable transformación de los comportamientos de la pareja ha traído una problemática variada, a veces crítica y de resultados negativos, traducidos en conflictos familiares, disensiones en el matrimonio, desajuste de los roles paterno-maternos.

No obstante, es básico afrontar la realidad como es. La imagen de una mejor vida tradicional puede ser sólo un recuerdo nostálgico. Encarar las modalidades actuales de la existencia, rescatando los valores constantes de la familia, obliga a profundizar la comprensión cooperativa del marido y la mujer, para que los hijos puedan ver su futuro como una positiva promesa.

El ritual y
el ritualismo

La disminución de los factores institucionales se refleja también en la progresiva desaparición de **los rituales** que otorgaban solemnidad y sacralización al matrimonio y la familia. El ritualismo, como exageración, es **desde** luego negativo y puede implicar un vacío de sentido, un simple

culto barroco de las formas. Pero el ritual en su justo equilibrio constituye un elemento que consolida los valores socialmente compartidos, da ocasión a una solidaridad de emociones y regulariza la vida de los grupos. (7)

Actualmente se advierte en ciertos sectores que, o bien se reducen las ceremonias o se prescinde de ellas; así, también, hay quienes pretenden darle un aire ligero de mero trámite burocrático, y es visible que se limita al número de quienes comparten las reuniones de celebración. La negación del formalismo lleva insensiblemente a un resquebrajamiento de la trama social, ya que se homogeneiza la transición al matrimonio como si fuese sólo un paso más, del que luego podemos arrepentirnos con sólo retroceder, pues basta con anular un papel.

La provisoriedad

De aquí a afirmar un grado de **provisoria** en la institución familiar, no genera asombro. Esto pertenece a la idiosincracia de la época. En cierto sentido todo se hace “por ahora”, mañana será distinto, tendrá que cambiar. Algún tiempo atrás, las casas se edificaban con “aire de eternidad”. Cimientos, paredes, carpintería, herrajes, se hacían para durar toda una vida y algo más. Lo mismo podía verse en otras cosas. Los automóviles, los muebles, las telas. Hoy se elabora o se construye con otro criterio: consumo rápido, pronta sustitución; la sociedad devora rápidamente sus productos.

Si esto se verificara sólo en el plano de las cosas materiales, no sería demasiado grave. Pero esos juicios de valor se han extendido a cuestiones decisivas para todos nosotros. Así, hoy todo se pone en duda con ligereza. Valiosas creencias y actitudes son socavadas por la erosión del escepticismo, de la ironía corrosiva o de la irresponsabilidad. “¿Es la familia una institución pasada de moda?” se preguntan algunos, como si eso fuera testimonio del nivel de los tiempos. La familia cae así gratuitamente bajo el impetu de una corriente eminentemente destructora.

Y es que en este proceso de reemplazo e invención constante, la norma es arrasar con lo tradicional, como si esto sólo fuese equivalente a pasado de moda, a modelo superado. Es aquí donde debe obrar el criterio sensato. Nada se puede construir sin base estable. Hay bienes que han caducado para la realidad contemporánea. Hay modos de acción que no se adecúan a los nuevos tiempos. No obstante, necesitamos afirmar en ciertos valores y creencias decisivos para seguir avanzando. Si el matrimonio empieza por construirse provisoriamente, todo lo que de él

se sigue será precario. Si del amor nos hacemos una idea reemplazable, **ya no** podemos entender en qué atmósfera se educarán los hijos. Hasta ellos pasarán a ser provisorios y sustituibles.

Transferencia de funciones

La regla de **la totalidad ligada** que preside la experiencia social ha provocado la transformación familiar. Los factores técnicos, económicos, políticos, ideológicos, etc., han interactuado con efecto multiplicado y han elaborado nuevos criterios, nuevas metas.

¿Qué funciones cumplía la familia antigua y medieval para sus hijos? Prácticamente, todas. Tanto los asistía física y moralmente, les enseñaba lo que necesitaban para su ajuste social, les proveía de medios para subsistir, les inculcaba creencias religiosas y morales, les suministraba la información indispensable, les elegía su destino profesional o matrimonial.

¿Cuáles son las funciones que hoy puede cumplir?

Acaso no incurriríamos en exageración si afirmamos “un vaciamiento” familiar en beneficio de otras formas de vida colectiva: grupos secundarios, Estado, sociedad global. La familia paga directa o indirectamente, por cuotas o impuestos, un sistema educacional que puede absorber al niño desde la guardería, el jardín de infantes, la doble escolaridad de la escuela elemental y el secundario. La salud ésta controlada desde la maternidad y la nursery a todas las formas organizadas de la higiene, la prevención y la atención médica de rutina o de acción ante la enfermedad. El Estado procura-extender su dominio e influencia, sobre todo en las modalidades dictatoriales: sometimiento a un liderazgo, a una doctrina, a una política.

El aprendizaje profesional es obra de establecimientos especializados. Así, también, juegos y deportes, la recreación, son dirigidos por organismos estatales o privados.

Aún las enseñanzas otrora más íntimas o privadas son dadas hoy por T.V. o periodismo (instrucción sexual, pautas de cualquier valor o ninguno, son comunicadas en gran escala y con costoso aparato publicitario al gran público).

Esta descripción sería inexacta si nouviésemos en cuenta que, si bien la familia cumple menos funciones, posee en cambio la posibilidad de hacerlo mucho mejor o canalizar a los hijos para que reciban atención, cuidado, educación más perfectos.

De todos modos, la pregunta anterior queda en pie y las perspectivas futuras aumentan las expectativas.

Organización, no organiza- ción y desor- ganización

Conviene tener en cuenta que nuestro desarrollo ha tomado especialmente como objeto de referencia **la familia organizada** (8), constituida sobre vínculos legales, dotada de estabilidad en el tiempo.

Este tipo de familia vive, desde luego, las alternativas gratas e ingratas de la vida, con capacidad para ir adelante y sobrellevar vicisitudes. Su mantenimiento exige una constante vigilia, un cuidado amoroso, pero posee vigor y defensas para superar los problemas.

No **organizada** es, en cambio, aquella que carece de fundamento legal y padece de una condición de inestabilidad. La carencia o ausencia del padre, los insuficientes recursos de trabajo y alimento, generan una serie de derivaciones penosas para la salud, educación y necesaria satisfacción de los sentimientos filiales. Esta dolorosa realidad suele ser típica de regiones pobres y nos obliga a pensar en términos de contribución a remover los graves causales de índole moral, económica y aún geográficas que determinan tal estado de indigencia social.

La familia **desorganizada** es aquella que originalmente se constituyó de modo formalmente positivo, pero que -andando el tiempo- se deterioró en sus vínculos conyugales o paterno-filiales y llegó a situaciones de divorcio o separación de sus miembros. A diferencia de la anteriormente descrita, ésta es una experiencia de las regiones más ricas y desarrolladas. En este caso la compleja problemática compromete al fondo mismo del modelo social de nuestra cultura. La búsqueda ávida de dinero, éxito o placer; la pérdida de ideales religiosos; la politización enfermiza; la crisis de los sistemas de valoración, en fin, son aspectos agudos de esta realidad.

Tres preguntas f i n a l e s

Llegados a este punto nos podemos formular tres preguntas decisivas:

- a) ¿podrá sobrevivir la familia?
- b) ¿Qué funciones asumirá?

c) ¿Es la familia agente o paciente del cambio social?

Tomemos el primer interrogante. (9)

La vida en familia supone una verdadera y firme integración de personas. Para que esto sea posible es menester que se den estas decisivas actitudes entre sus miembros:

1. Disponibilidad para los otros, espontaneidad para servir a los demás.

2. Reciprocidad, en cuanto a la comprensión del punto de vista ajeno.

3. Simpatía activa, de modo tal que sepamos asumir las alegrías y tristezas de los otros.

4. Generosidad en dar al grupo lo mejor que se es o se posee.

5. Fidelidad como constancia de las actitudes citadas a través del tiempo.

Todo esto no es fácil; si factible, aún en nuestros difíciles tiempos. Pero existen muchos críticos contemporáneos interesados en deteriorar la institución familiar y dos de sus observaciones más difundidas se expresan en estos términos: **Ante todo**, la familia, al afirmarse como unidad organizada, termina cerrándose para la sociedad, de tal modo que, en vez de contribuir al sostén y perfeccionamiento de la misma, es más bien escuela de egoísmo. En segundo lugar, por el hecho de que la familia demanda de sus miembros una continua entrega, limita o mutila la vida individual, particularmente de los hijos, a quienes convendría una existencia más libre y menos comprometida.

Estos dos argumentos de signo opuesto se suelen unir a un examen de las condiciones económicas en que se desarrolló la familia en otros siglos (etapa preindustrial), si se la compara con los cambios que introdujo el industrialismo a partir de la centuria pasada. Así, se sostiene que en la actual vida urbana en que la familia deja de ser unidad de producción, al propio tiempo que desaparece la dependencia económica de la mujer, el destino de la sociedad doméstica queda irremisiblemente sellado. Con desconsideración de toda otra razón y haciéndolo todo depender de casuales económicas, se proclama la, muerte de la institución familiar.

Reflexionemos. Si el lector analiza las dos críticas iniciales advertirá que se neutralizan. Primero se reprocha su falta de apertura social y luego su quiebra del individualismo. Esto nos permite descubrir que, precisamente, la familia se inserta en el delicado terreno que contribuye a hacer del hombre un sujeto socialmente apto y, también, lo promueve para que dé curso a sus posibilidades personales.

En cuanto al enfoque económico, recurre a la falsa simplificación de tomar un solo aspecto de la cuestión. La grandeza de la familia contem-

poránea reside en formarse dentro de una sociedad que ya no la usa como unidad de producción.

Los hombres y mujeres que se unen para fundarla sienten realmente que dan curso a profundas motivaciones psicológicas (necesidad de amor), morales (de realizar el bien), religiosas (cumplir las leyes de Dios).

Examinemos la segunda cuestión.

El análisis del ítem anterior propone la perduración básica de dos funciones: **socializar** y **personalizar**. Es sólo a través del delicado proceso de interacción madre-hijo, primero, que se genera el “nosotros” original, y también la ulterior escisión “tú-yo”. La presencia del padre genera el triángulo primordial, con la presencia de la tercera persona, “él”. El circuito yo-tu-él proporciona las emociones y relaciones básicas. Si bien las psicologías profundas han **demitificado** a las imágenes parentales y también filiales, en tanto han exaltado los conflictos como elementos decisivos (complejo de Edipo, Electra, Caín, sentimientos de inferioridad), también han mostrado, paralelamente, que el hombre es hijo del niño y que sus emociones, la necesaria gratificación de sus necesidades, la composición del dialecto de su piel y de sus órganos, a través del contacto con los padres, construyen su personalidad.

Nada ni mejor que el grupo familiar pueden preservar, formar y orientar la dignidad de la persona y la convivencia social.

Los problemas que más se han exaltado en este siglo residen en el orden externo de la macrosociedad. ¿Hay justicia en la distribución de bienes, de sentimientos, de oportunidades, para la promoción de los hijos? Aquí es donde la familia organizada, que es el eje de la cuestión, puede oscilar hacia una defensa del **statu-quo** o bien alentar una ruptura que favorezca la redistribución equitativa.

Desembocamos, pues, en el último interrogante. A menudo los padres de familia, hoy, se sienten hostilizados por razones y modos diversos. Sea porque la realidad económica les es mezquina, o la fuente ocupacional les es ingrata; sea porque la atmósfera social se carga de actitudes, creencias y prejuicios adversos. En verdad, una suma de factores se tornan negativos: crecimiento demográfico y vivienda; tecnología industrial y sociedad de consumo; hedonismo y principio de no frustración; insidiosa infiltración de orden ideológico que tiende a fracturar las generaciones de padres e hijos, a promover la promiscuidad, a debilitar los valores de orden moral, a desacralizar las relaciones del marido y la mujer y a postergar la devoción familiar por intereses políticos.

En ocasiones abdica y se pliega a la inercia del cambio. En otras regresa y se repliega a actitudes y conductas ineficaces o anacrónicas. Algunos alientan la expectativa de que no sea indispensable adoptar variantes de ritualismo vacío o de negativismo obstinado al cambio. Pero tampoco aceptan echarse en brazos de una rebeldía pueril, que sabe lo que no quiere, pero ignora lo que quiere. Ni tampoco se dejan seducir por la utopía revolucionaria, que es perfecta mientras no se pone en marcha.

Entonces, ¿qué? La innovación y el cambio a favor de estructuras más justas que, si son tales, poseen el vigor de una continua transformación renovadora. (10)

¿Qué puede hacer en la co-yuntura la familia asediada?

Notas y observaciones bibliográficas

- (1) Dos manuales de Sociología que presentan capítulos muy aptos para ordenar ideas y exponer un cuadro evolutivo son:
Chinoy, E., *La sociedad*, F.C.E., México, cap. VIII.
Cuvillier A., *Manual de Sociología*, El Ateneo, Es. As., Cap. X.
Así también un trabajo breve, pero ágil y meduloso es el de:
-Linton R., *Historia natural de la familia*, introducción a un texto compilado con el título *La familia*, Ed. Península, Barcelona.
- (2) Ver Llewellyn K., *Educación y familia* op. cit. supra.
- (3) Muy valioso es el análisis que sobre el tema realiza:
-Swift A., *Los valores religiosos*, en *La familia*, op. cit.
Conviene tener presente, como referencia al pensamiento y la preocupación católica actual:
-Carta pastoral del Episcopado Argentino, *Matrimonio y familia*, XXVIII Asamblea Plenaria, octubre 1973.
- (4) Sobre la cuestión del prerrequisito social pueden recomendarse los análisis de:
-Inkeless A., *¿Que es sociología?*, U.T.E.H.A., México, cap.V.
-König R., *Sociología*, Fabril, Bs. As.
- (5) Atractivo es el planteo que sobre el tema hace:
-Burgess E., *La familia* en una *sociedad que cambia*, cap. XXI II de la obra compilada por Etzioni A. - Etzioni E., *Los cambios sociales*, F.C.E., México.
- (6) Ver sobre este punto el penetrante análisis de:
-Parsons T., *La estructura social de la familia*, en op. cit. Ed. Península, *La familia*. Particularmente, pág. 46 y sig.
- (7) Ver el examen que de los rituales efectúan:
-Oldendorff A., *Psicología de la vida social*, Ed. Lohlé, Bs. As., pág. 90.
- (8) Un examen del problema de la familia y sus desvíos en la Argentina, está presentado por:
-Germani G., *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Bs. As., cap. X.
- (9) Un desarrollo rico en apreciaciones sobre el medio local, con multiplicidad de citas de desigual valor es el de:
-Fabbri E., *Promoción de la familia y desarrollo integral*, Revista del C.I.E.S., 1970, N° 4 90.
- (10) Queda latente la apertura de la familia hacia situaciones de *anomia*. Este grave problema **social** conexo con la cuestión del cambio, magistralmente planteado por Robert Merton, está actualizado y considerado por varios autores en:
-Clinard M. (compilador), *Anomia y conducto desviada*, Paidós, Bs. As.

La relación padre e hijo y el conflicto de las generaciones

Nuestro tema es el conflicto de las generaciones. La primera asociación que hacemos, se conecta con las oposiciones de padres e hijos, de jóvenes y adultos, en sentido genérico.

Si buscamos ser explícitos en la descripción, apreciaremos que las diferencias y antagonismos se manifiestan desde los aspectos superficiales a los profundos. Podríamos agrupar, en primer término, los datos externos de la crisis, que empieza por revelarse en la **desobediencia del adolescente**, Desobedecer es distinto de no obedecer. El niño puede “no obedecer” en sus conductas, pero no cuestiona el principio de autoridad. El adolescente “desobedece” en cuanto rehusa aceptar la autoridad de, los mayores para dirigirlo.

Observaciones
iniciales,

Esto suele dar paso a una etapa de excentricidad, como la llamó M. Debesse (I), o “edad del escándalo”, en cuanto a la vestimenta, el arreglo personal, la jerga del lenguaje, las formas de la comicidad, los gustos estéticos, la iconoclastia fácil. Todo esto ha sido analizado con minuciosidad por el ilustre autor de Estrasburgo, con quien disentimos -empero- en cuanto a su concepto de originalidad como singularidad individual. No creemos, de acuerdo con los hechos, que el adolescente en su primera etapa aspire a ser diferente de sus coetáneos. Todo lo contrario, busca asemejarse a ellos y lo que más teme es la segregación de los iguales. Lo que sí aspira la generación adolescente es a distinguirse y a ser distinta de la generación adulta y, con menor intensidad, extiende este propósito a generaciones más cercanas, aún la de sus hermanos mayores.

Cuando la oposición se agrava es al profundizarse, en el lapso que va desde la adolescencia media hasta la que podríamos llamar alta adolescencia, cuyos límites difusos alcanzan a la juventud. Es en este período cuando las fricciones comprometen la toma de posición frente a los valores religiosos, políticos, educacionales, morales, artísticos, familiares,

Es importante consignar que la tendencia a transferir a estos dominios actitudes antitradicionales es cada vez más precoz.

Los puntos críticos de conflicto se objetivan luego en posiciones asumidas con denominaciones y contenidos doctrinarios⁷ que no son originales de los adolescentes o jóvenes, pero que ellos asimilan y hacen suyos, asumiendo las grandes polémicas de la cultura. Es así como se sitúan en las líneas que estiman de vanguardia o innovación y, aún más, en movimientos denominados "revolucionarios", palabra mágica para suscitar la adhesión juvenil.

El enunciado de la lista de las controversias puede ser amplio. Sólo consignaremos ahora algunas muy notables y que consideramos típicas como expresión de los conflictos:

En los planos religioso, político, educacional, se observa la crisis **de la autoridad**. El sentido de las jerarquías, los valores del orden y la obediencia han sido objeto de denuncia, rechazo o directa eliminación. Las funciones públicas, con frecuencia, sólo han servido para el ejercicio de la violencia o la burla mordaz. Pero no sólo las actitudes con relación a personas o cargos se modificaron, sino también las estimaciones referidas a **instituciones** calificadas como básicas para la sociedad. El Parlamento y los órganos de la Justicia, la escuela y la Universidad, han recibido el desgaste y el ataque constante, hasta el punto de plantearse seriamente la razón de ser de su subsistencia y perduración.

En este juego de destrucción se han cuestionado todos **los principios que cimentaron la civilización** de la que formamos parte. La verdad ha sido sustituida por criterios pragmáticos de eficacia; la lógica del principio de identidad por el manejo calculado y táctico de la contradicción; la estética por el compromiso político; la ley por la violencia sistematizada; el respeto por la protesta; la vivencia plena del amor por la promiscuidad. Este cuadro es deliberadamente esquemático y acentúa las oposiciones polares. Podemos agregar algunas preguntas decisivas:

¿No hemos sentido acaso la afrenta del lenguaje soez generalizado como arma de deterioro de convicciones morales o políticas? ¿No hemos visto con desconcierto el desarrollo de una nivelación con rótulo de igualitaria que genera una sociedad injusta para el mejor por sus capacidades o méritos morales? (2) ¿No apreciamos que todo reclamo de derechos olvida la correlativa absorción de deberes?

Para ser bien entendidos conviene que destaquemos estas dos afirmaciones: a) Que no nos mueve el afán de defender un statu-quo, un medroso deseo de no innovar para aferrarnos a una ilusoria seguridad; b) Que no dejamos de haber advertido, tiempo ha, falencias, anacronismos o contradicciones en la situación anterior. Pero siempre hemos creído que el cambio era posible y compatible con la convivencia, el respeto

por las personas, el valor de la experiencia, el mérito del trabajo y la disciplina, la lógica del pensamiento honesto y la consistencia de la conducta moral. Si se niega todo esto, se llega al punto del "todo es igual", a la mezcla y confusión constantes. En este filo trágico transita la cresta del conflicto.

Concepto de generación: revisión y conclusiones

¿Qué significa este socorrido término "generación"? J. M. Monner Sanz (3) ha escrito una obra valiosa, nutrida de una rica consulta bibliográfica, examinada con agudo sentido crítico. De esta contribución nos permitimos subrayar los siguientes contenidos:

Hay un 'marco referencial de la cuestión sustentada en las nociones de vida interindividual, vida histórica y ámbito temporal.

- Conviene discernir la diferencia entre **coexistir** y **convivir**. Generaciones distintas, coexisten; miembros de la misma, conviven. Los contemporáneos y los coetáneos tienen, pues, un modo diverso de coincidencia temporal y existencial.

Una **época** supone un lapso de vida cultural cohesionada internamente. La generación aludiría a "núcleos humanos de edad pareja en sus componentes, cuya solidaria vida interindividual queda enmarcada en la vida histórica de una época y de una nacionalidad" (4).

* Cada época marca la coexistencia de varias generaciones; algunas, la definen. La generación que ingresa en la vida histórica se empieza por perfilar a través de su antagonismo con las anteriores.

- Surgen dos problemas sustanciales: a) los límites temporales de la acción y efecto generacional en la cultura; b) los ritmos o pulsos biológicos que aglutinan en x tiempo a los coetáneos.

* F. Mentré consideró la idea de generación como una valiosa "hipótesis de trabajo" para la explicación histórica: Este autor distinguió entre "escuela", cuyos seguidores mantienen un programa, y "generaciones", cuyos miembros participan de un estado de alma solidario. El choque entre las generaciones está determinado por la eclosión de un nuevo espíritu que emerge en una peculiar coyuntura histórica. El ideal de vida 'innovador se alimenta de residuos del pasado, actualizaciones renovadas de elaboraciones culturales' pretéritas y anticipaciones que sólo concretarán otras camadas generacionales. Mentré añade una cuestión clave: con relación a cada generación debemos preguntarnos cuáles **son sus juicios de valor**,

- J. Petersen ha considerado como factores niveladores del espíritu generacional a los siguientes: a) la herencia cultural; b) la fecha de nacimiento; c) los elementos educativos; d) la comunidad interpersonal; e) las experiencias históricas vividas; e) la presencia de determinados guías; f) un lenguaje propio; g) el esclerosamiento de la generación mayor.

- Por su repercusión en la cultura de nuestra lengua, J. Ortega y Gasset merece el mayor desarrollo. De la contribución del autor de **EJ tema de nuestro tiempo** es importante retener:

- Una **filosofía de la historia** sustentada en la dinámica de las relaciones intergeneracionales.

- Una doble concepción del proceso que sigue un **orden acumulativo**, si hay homogeneidad entre el legado generacional mayor y la que sigue, o bien **polémico**, si se fracturan y oponen.

- De ahí dos ritmos históricos trasuntados en tiempos de vejez y tiempos de juventud, con un juego de carácter pendular.

- Existe un fondo biológico en esta dinámica, por lo cual se justifica hablar de **pulsos de la historia**,

- Las generaciones se distinguen por **sensibilidades diversas** que se manifiestan en **ideas, valoraciones e instituciones**. Esa sensibilidad, de condición orgánica, origina la vocación generacional y da impulso a su misión histórica.

- El “hoy” y el “ayer” poseen connotaciones distintas para miembros de distintas generaciones y por eso las invitaciones a la acción son diferentes (de ahí que coexistir no sea igual que convivir).

- Los ciclos generacionales son de quince años. Las generaciones protagónicas del drama social son la de 30 a 45 años y la de 45 a 60, la primera llamada “en gestación” y la segunda “en gestión”. No es propósito de este trabajo entrar en un análisis del **método de las generaciones** propuesto por Ortega, considerado críticamente por algunos -como J. M. Monner Sanz- y exaltado por otros, como J. Perriaux (5). A todo lo consignado sólo agregaremos estas precisiones:

- Si cada generación supone un pulso medido cronológicamente cada quince años, actualmente, en los países desarrollados como el nuestro, cuyo promedio de vida sobrepasa los setenta años, coexisten cinco generaciones. Estas cinco camadas se encuentran en situaciones diversas: la primera (infancia-parte de adolescencia) en pleno desarrollo y aprendizaje; la segunda (parte de adolescencia y juventud) completando su capacitación y definiendo su forma de vida personal; la tercera (joven adultez)

en la conquista de mejores posiciones sociales; la cuarta (adulthood) deteniendo la dirección de la sociedad; la última (senectud) en retiro.

- Con referencia al planteo de Ortega, la variación que apreciaríamos sería que el conflicto se instaura entre tres generaciones (segunda, tercera y cuarta). La que se halla en gestión dirigente recibe el embate de las otras dos. La segunda es hoy la fuerza de choque de la cual se sirve la tercera (6).

Desde luego que la realidad ni es tan clara ni tan distinta. Es evidente que, la separación **horizontal** de los niveles de edad (15, 30, 45, 60) no es exacta. Hay que contar, también, con tabicaciones **verticales** entre coetáneos por diferencias de carácter natural (geográfico, biológico) y cultural (religioso, político, etc).

- Retengamos que las fricciones se concentran en los juicios de valor. Nuestro drama se plantea en la zona de **crisis de la estimativa**.

La adolescencia:
búsqueda de un
rasgo decisivo

Hay un terreno abierto y todavía no definido en cuanto al ser adolescente. Podemos, incluso, preguntarnos radicalmente si en verdad hay una fisonomía que distinga a esta edad de la vida adulta. No podemos dudar de la evidencia de la transformación de la pubertad, pero este proceso de desarrollo acelerado dista mucho de cerrarse con la llegada del óptimo de la maduración biológica y en el plano de las vivencias psicológicas y sociales es perceptible la vigencia de un abanico de posibilidades y de problemas que se reabren constantemente a lo largo de la vida.

Por eso es legítimo afirmar que una teoría voluntarista como la de O.. Rank, o bien la definición de la identidad que sostiene E. Erikson, no se resuelve de ninguna manera con el ingreso en la juventud. Parece razonable afirmar, en cambio, que logrados los niveles más altos de la maduración (en sentido gesseliano), la conducta humana es realmente una continuidad sin hiatos, incluso cuando la parábola de la evolución acentúa su caída. Porque, aun entonces, se replantearán las cuestiones voluntaristas o de redefinición de la identidad, etc.

Este modo de enfocar el problema tiene afinidad con la concepción del "equilibrio móvil" de J'. Piaget, que preside todo el ciclo evolutivo ontogenético. O sea que, progresivamente, se van construyendo organizaciones de conducta que se estructuran a partir de ciertos niveles del desarrollo, pero que constantemente han de rehacerse ante las alternativas de la relación sujeto-medio.

Ahora bien, si con las limitaciones señaladas tratamos de destacar un

rasgo propio de la adolescencia, podemos entonces apuntar que adolescencia significa:

- Una disposición de peculiar apertura a la captación de los valores del mundo cultural. En este sentido, **adolescencia es epifanía o revelación**, también descubrimiento (7).
- Un proceso a través del cual el sujeto busca la propia identidad, pero no de una vez y para siempre.
- La afirmación con oscilaciones de una voluntad de autonomía y creatividad, que será siempre puesta a prueba en el curso de la vida.
- Por otra parte, la diada sujeto-sociedad originará respuestas varias en el espacio-tiempo cultural, perceptiblemente a partir de la adolescencia, pero no sólo en ella. La elaboración de esas "respuestas" determinará la peculiar conflictiva intergeneracional, pero también intrageneracional, que no debe omitirse.

Por lo tanto, el ser adolescente no está disociado en cuanto a situación existencial del ser adulto quien, aun con el desgaste de la experiencia, revivirá los problemas de independencia-dependencia, identidad-confusión, valores-contravalores.

La anomia y su
evolución
semántica

En el quid del conflicto que nos ocupa subyace un dramático juego de incertidumbres. La crisis de la estimativa vigente hoy nos aboca, tanto en el plano familiar como en el de la sociedad global, a la posibilidad cada vez más real de **la anomia**. Detengámonos ahora en esta noción (8). Sobre este concepto se ha operado la siguiente evolución semántica:

Equivalente a **situaciones carentes de regulación** (E. Durkheim, **La división de/ trabajo social**). El origen de tales situaciones se explicaba así: Si una sociedad carecía de solidaridad Intrínseca y se regía estrictamente por un ritualismo contractual, se daban las condiciones para provocar el fenómeno anómico. Así, también, en tanto que el orden regular de la vida social suponía la vigencia de ciertos criterios de valor con arreglo a los cuales se constituye el control social, el desvanecimiento de aquéllos produce la emergencia de "situaciones carentes de regulación".

- Más tarde la separación drástica de las conductas anómicas se fue perdiendo y se consideró la posibilidad de **comportamientos divergentes**, como modalidades de la anomia que tendrían un sentido frente a las conductas dominantes (también E. Durkheim).

- Es coherente luego apreciar que los comportamientos divergentes son propios de la estructura social y sólo cabría hablar de anormalidad

cuando hubiese **una brusca incrementación cuantitativa** de las conductas no aprobadas por la sociedad. Dicho de otro modo, la divergencia anómica sería parte' tácita del sistema social mismo. De otro modo sólo cabría pensar en una sociedad inmóvil. Pero la divergencia sería repudiable a partir del momento que resulte disfuncional (9) para la subsistencia de un modelo de sociedad. Queda también claro que cada sistema social origina peculiares formas divergentes de conducta. Esto sería algo así como institucionalizar la anomia.

- Por esto pudo llegar T. Parsons a afirmar que la perfecta integración y la absoluta anomia son límites formales carentes de contenido concreto.

- R. Merton (10) agregó una distinción de matiz muy interesante: **Anomie** alude a un deterioro de la estructura social originado en una discrepancia aguda entre **las metas culturales** que propone a sus miembros y **las normas que permiten su acceso legítimo** -por una parte- y **las capacidades** de los sujetos de obrar de acuerdo con las reglas del juego. De las relaciones posibles entre normas y metas sobreviene una valiosa tipología de los modos de adaptación individual (conformidad, innovación, ritualismo, retraimiento, rebelión).

- R. Mac Iver y D. Riesman emplearon la palabra anomia la diferencia de "anomie" para aludir a una experiencia del sujeto humano en la cual el sentido de cohesión social se ha quebrado. Esta sería una vivencia de hondo dramatismo moral.

- Las apreciaciones seleccionadas demuestran un camino centrípeto. La anomia ha recalado, por fin, en la intimidad del campo de conciencia del ser humano. La ruptura de la solidaridad crece a favor de la constante sustitución de los sistemas valotivos. La inseguridad con relación a la dirección de las conductas, la multiplicidad de metas y medios de acceso carentes de niveles de jerarquía; provocan una grave incertidumbre en cuanto a la elección acertada de los comportamientos. Y, curiosamente, retornamos a la anomia originalmente definida: por doquiera nos hallarnos ante "situaciones carentes de regulación". Nos acecha una total desorganización social por pérdida de nuestros criterios básicos de regulación.

El cambio social:
enunciado y crítica
de diversas
teorizaciones

El fantasma anómico se agita, pues, en las entrañas del cambio social. De hecho vivimos el cambio, somos partes de la transición, En ciertos

momentos pretendemos segregarnos reflexivamente y aspiramos a descubrir el sentido y dirección del mismo. Toda percepción del cambio se apoya en la retención de puntos de referencia constantes. Así como el movimiento físico reclama parámetros estables, la movilidad psicosocial es visible si la insertamos en un marco referencia¹ invariable. Por consiguiente, cambio y estabilidad no son opuestos incompatibles, sino que pueden y deben integrarse.

Desde ya, la realidad fenoménica psicosocial es eminentemente móvil, si bien sus partes tienen ritmos' de transformación desiguales. La velocidad, del cambio se ha incrementado en algunos aspectos hasta la dislocación. Y en ese desencaje fracasa la posibilidad de ajuste del ser humano, 'Ciencia, previsión, acción' decía el positivista del s. XIX. El conocimiento anticipador que puede dar un seguro a la conducta resulta desbordado por el proceso de cambio.

Podemos aceptar -empero- que el cambio es impulsado por los sistemas sociales creados por el hombre. "La característica distintiva de la sociedad moderna reside en la permanente incorporación de mecanismos adecuados para originar y absorber un flujo de cambio continuo, al tiempo que mantiene un adecuado grado de integración. . . Por último, debe señalarse que el rasgo esencial que define ' la modernización no es el hecho del cambio continuo, sino su legitimidad, en término de expectativas institucionalizadas y actitudes internalizadas, a la vez que la capacidad de originarlo y absorberlo" (II).

Estas apreciaciones de G. Germani nos conducen a pensar en el cambio de un modo estructural-funcionalista. Así, las estructuras componentes de un vasto sistema van' generando cambios que permiten la vigencia del cambio total, que es en el fondo estable dentro de límites temporales relativos. A través del cambio legitimado se logra la adaptación constante del sistema, se evita su endurecimiento y consiguiente obsolescencia.

Esta imagen del cambio, casi perfecta; es un proceso de raíz biológica, en cuanto que se compara con los ajustes orgánicos que permiten la homeostasis. En el fondo subyace una hipótesis metafísica de **armonía preestablecida** en la cual el cambio concurre inteligentemente a' afirmar-la. Esta hipótesis tranquilizante no sólo ha resultado de un enfoque biológico, sino que con un **esquema cibernético** también se ha intentado obtener un resultado similar. Cuando M. Cadwallader (12) elaboró su tesis acerca de la regulación y el control de los sistemas abiertos, formuló ' una apreciación atractiva y coherente con proposiciones anteriores ("hay sistemas estables a causa del cambio") que podríamos considerar como postulado paradójico.

Ante la percepción del hombre sólo habría un camino: mudar, transformarse siempre. Aceptar esta verdad es incorporarla a la conducta. El

cambio no es exógeno, debe nacer desde dentro. Para ello se abren las formas de /a **innovación** y las vías del **aprendizaje**. Esto es posible si se estructuran ciertos servicios y se regulan los funcionamientos,

La constitución de esos servicios se funda en información, canalización, almacenamiento y adopción de decisiones. En suma, una gran memoria, servomecanismos de retroalimentación, comunicación y control. Este cuadro proporciona una imagen demasiado pendiente del pasado, lo cual congelaría el cambio y, por ende, las posibilidades de sobrevivir. Por ello el programa debe suponer, también, una cuota de innovación.

La lectura de estas atractivas hipótesis del cambio, pensando como promovido y controlado por el hombre, nos tientan a creer que son racionalizaciones felices con las cuales queremos apaciguar la intranquilidad que nos provoca el proceso acelerado que vivenciamos. Es tanto como si nos dijéramos: "Quedémonos tranquilos, todo este vértigo nos, desajusta, pero esta es una visión limitada y pequeña. ' Hay quienes promueven la transformación para algo, seguramente la controlan y, al término de todo, estaremos mejor que antes". Pero este optimismo, casi panglossiano, no se coordina con los hechos de experiencia y los problemas señalados más arriba en todas las dimensiones de la vida social.

En oposición, ¿no es lícito pensar que los ritmos de transformación se han escapado del control inicial y que el proceso autosostenido, de cambio legítimo o previsto, está más allá del margen de respuesta apropiada, hasta el punto que a menudo ensayamos salidas desesperadas o nos paralizamos ante los conflictos que se van creando? La consecuencia que se inferiría de esta situación es que nos domina **un principio de incertidumbre** que aludiría no ya al microcosmos de los átomos (W. Heisenberg), sino a personas y sus conductas cuyos criterios de acción en el marco social carecen de seguridad. Este proceso fuera de control lleva como punto límite a la incapacidad de elección o de orientación de comportamientos probados o aprobados.

En este dominio de la incertidumbre crecen los antagonismos y el sentido de realidad nos dice que debemos aceptar "vivir con los conflictos". Estos ya no sólo no nos, asombran, sino que aprendemos a considerarlos, en su faz positiva. Tal es, por ej., la feliz aportación de Simmel-Coser (13). Si admitimos la afirmación de un crecimiento de los conflictos como efecto de un proceso descontrolado de cambio, podemos con lógica preguntarnos: ¿Cuál es la clave de los conflictos? ¿Cuál es el centro de gravedad de los mismos?

A este respecto creemos que hay un esquema válido para proponer. Sea por el camino de la Psicología o de la Sociología, **la familia** supone el núcleo decisivo de las relaciones humanas y es el prerequisite social por excelencia. Por lo tanto, los conflictos intrafamiliares son por deriva-

ción la raíz de los antagonismos humanos. De ahí que la peculiar oposición entre padres e hijos asume un valor prototípico. Transferido al orden de la macrosociedad se revela como el choque de las generaciones.

La problemática
familiar (14)

Apreciamos en la institución familiar, del modo más directo y dramático, la crisis en que nos hallamos. En este ejemplo relevante podemos destacar:

o Mientras la religiosidad impregnaba la vida familiar existía un orden de los conceptos y de los valores. Dios era la piedra de clave que sostenía los niveles de las jerarquías y otorgaba un correlato cierto a los juicios de valor. La secularización destruyó el sistema. Pero necesitados de otra piedra angular los hombres optaron por **la politización**.

- Contemporáneamente todo está transido de política. La misma vida familiar genera las experiencias primeras y muy significativas. El niño de hoy ve que los padres no rezan, pero sí leen el periódico. No se discuten temas religiosos, pero sí políticos (costo de vida, inflación, elecciones, derechos, reivindicaciones, impuestos, beneficios sociales, tácticas de grupos de presión, etc). **La familia de hoy es familia politizada.**

- La sociedad doméstica y urbana politizada padece de un grave desgarramiento: **el abandono del mundo natural**. Mientras la mayor parte de las familias pertenecían al medio rural, los hombres y los niños se sentían parte de ella y los pulsos naturales regulaban las conductas humanas. Esta ruptura genera también incertidumbre. Sentir que se vive el plan prodigioso, oscuro, pero infinito de la tierra y de los astros, es abandonarse a la certeza del plan natural. Desprenderse de él es entregarse al ensayo y error de la inteligencia humana.

- Puesta en el mundo de la cultura urbana la familia asistió al vertiginoso desarrollo de la ciencia, la tecnología y el industrialismo. Este avance llevó a consecuencias desproporcionadas los postulados iniciales económico-políticos. La deducción exagerada (ley de la bola de nieve) sofisticó y sacó de quicio las líneas directrices de la civilización. Desgajada la familia de su centro natural y sintiendo a su alcance el llamado del consumo incesante, el bienestar atiborrado, las oportunidades sin límites, quebró su homeostasis y no la ha recuperado. La aspiración legítima de dar a los hijos todo lo mejor ha resultado con frecuencia un arma "boomerang": los jóvenes enrostraron la vida que, se les ofrecía, aunque la disfrutasen.

De aquí en más las negaciones de una generación a otra pueden **llegar** a dar las últimas vueltas de tuerca y alcanzar hasta la necrofilia:

hay que barrer con nuestra civilización a través de una política y una filosofía del terror.

Planteo relativo al conocimiento de los valores

Puesto que la cuestión axiológica la hemos considerado decisiva en cuanto a la expresión de la sensibilidad generacional, a la significación de la adolescencia, a la crisis anómica y a los problemas del cambio social, corresponde examinar los datos básicos de su ontología fundamental y a los modos de aprehensión del sujeto.

El pensamiento estimativo se revela en el marco referencia¹ de las concepciones del mundo y de la vida, que configuran una compleja red de, valoraciones, normatividades y fines. La base vivencial axiológica es la que torna difícil la comunicación de las concepciones del mundo, sustentadas en experiencias socioculturales no racionales. No obstante, a pesar de esta limitación, si nos preguntamos por el sentido de las concepciones del mundo, la respuesta más apropiada consistiría en señalar que su sentido se decanta en el modo peculiar de estructurar los valores. Debemos, pues, subrayar **la relación sentido-valor** que es la que permite la constante humanización de la cultura y la posibilidad de trascender del orden natural.

La cuestión crítica del proceso histórico generador de cultura es la restricción aprehensiva de valores visible en cada época, de donde resultan los desencuentros sociales. Si bien esas vivencias axiológicas no pueden ser determinadas de manera previsible, la comunidad cultural y biológica, los elementos educativos, las experiencias históricas, etc, provocan la atmósfera apropiada para el florecimiento de las estimativas comunes. De ahí que los conflictos intergeneracionales muestran las alternativas agónicas de los sistemas y orientaciones valorativas.

Ubicándonos en la adolescencia, podemos destacar dos rasgos: a) la posibilidad del pensamiento hipotético-deductivo (psicogénesis de la inteligencia de J. Piaget) y la formación de un plan de vida (E. Spranger) sustentado en la epifanía o revelación de valores. Lo primero se manifiesta en operaciones formales, asumen forma de grupos o retículos. Lo segundo, es indicador de la configuración de una personalidad, a la vez descentrada de una polarización egocéntrica (actitud cooperativa) y subordinada a una disciplina autónoma. Construir un sistema personal es coordinar autonomía y cooperación.

Pero dicho pensamiento no es una construcción que elabore sólo el individuo. Desde la infancia el sujeto vive en un complejo juego de

relaciones concretadas en intercambios emocionales, signos lingüísticos, normas reguladoras de la acción y valores (15). El proceso de normativización social no es una superestructura artificiosa. La vida natural muestra desde sus comienzos ritmos y regulaciones que, en el mundo cultural, se traducen en usos, costumbres, leyes, hábitos sociales e instituciones.

Es evidente que las orientaciones valorativas cohesionan los grupos sociales y están íntimamente adscriptas a las normas que las sostienen. Los deberes se justifican o como medios de acceso al fin valioso, o como expresión de un valor que cualifica al cumplimiento mismo del deber. De un modo u otro deber y valor son solidarios.

La estimativa resulta una estructuración, en tanto revela un cuadro axiológico organizado, sobre base de una distribución jerarquizada. Un organismo cultural, una sociedad constituida, se articula sobre patrones valorativos. El deterioro de esos patrones y su anulación final, destruyen una sociedad, anuncian el ocaso de una cultura.

Valoración e _
identidad

La definición de la propia identidad y las direcciones valorativas son procesos conexos. Procuremos explicitarlo.

E. Erikson es el autor que ha elaborado hondamente la tesis de la identidad en la adolescencia (16). De ella vamos a seleccionar las siguientes nociones centrales:

- Conviene distinguir ' entre **una identidad personal y otra identidad del yo**: "Identidad personal alude a la percepción de la mismidad y continuidad de la propia existencia en el tiempo y en el espacio, junto a la percepción de que otros la reconocen". Identidad del yo se refiere a la conciencia "de un estilo de la propia individualidad". (17)

- La vivencia de la identidad se da como sentimiento que alcanza su óptimo cuando se experimenta un hallarse cómodo en el propio cuerpo, una seguridad de saber a dónde se va y una certeza íntima del reconocimiento anticipado de lo que es significativo para uno.

- La identidad se construye en un proceso epigenético que arranca desde el primer contacto con la madre. Las etapas que se van sucediendo van implicando la sucesiva superación de las siguientes oposiciones: a) confianza vs. desconfianza; b) autonomía vs. vergüenza y duda; c) iniciativa vs. culpa; d) laboriosidad vs. inferioridad; e) identidad vs. confusión.

Cada etapa que precede al logro de la identidad va dejando un sedimento sedimento a) Reconocimiento mutuo por encima del aislamiento autístico; b) deseo de ser uno mismo por encima de la duda de

sí; c) anticipación de roles por encima de las inhibiciones; d) identificación con la tarea por encima del sentimiento de futilidad.

Por último, la identidad supone:

- Perfil temporal, sobre la confusión.
- Seguridad en sí mismo, más allá de la conciencia de sí.
- Experimentación con el rol y no fijación a él.
- Aprendizaje y no estancamiento en el trabajo.
- Polarización sexual y no confusión.
- Liderazgo o adhesión y no confusión de autoridad.
- Compromiso valorativo y no confusión.

• Se aprecia que el proceso de identidad es gradualmente expansivo y se amplía de la persona a los grupos, a la comunidad y a la cultura. Este desarrollo va vinculado con el problema de proponer modelos de identidad. La atomización y contradicción de éstos produce confusión en las generaciones jóvenes.

Es importante discernir entre **identidad e identificación**. Esta última alude a un proceso defensivo del yo por el cual el menor adquiere una seguridad relativa y transaccional al “identificarse” parcialmente con personas de su entorno. El destino de la totalidad de las identificaciones no es formar acumulativamente una identidad final, porque ésta -aunque las incluya- ‘constituye una forma nueva e imprevisible. La posibilidad de auténtica intimidad se alcanza cuando hemos logrado la certeza de la propia identidad.

- Las concepciones del mundo y de la vida (E. Erikson las llama ideologías) cumplen una función polivalente que puede concretarse así:
 - Dimensión de una prospectiva que evita la confusión temporal.
 - Correlato de las esperanzas y temores íntimos con las grandes expectativas sociales.
 - Ocasión de exponer un comportamiento solidario que evite la atomización de las identidades individuales.
 - Incentivación a experimentar de modo colectivo roles y técnicas que permitan superar las limitaciones y culpas personales.
 - Introducción de una ética compatible con la forma tecnoeconómica dominante, que prepare al joven para cumplir con las reglas del juego social.
 - Brindar una imagen del mundo cultural que sirva de encuadre a la bisoña identidad juvenil.
 - Substrato de compatibilidad social con el destino sexual de los jóvenes.
 - Aceptación de líderes internalizados que superen las ambivalencias de la relación padre-hijo.

La identidad negativa es la que elige quien busca definirse por

oposición o rechazo de lo que ofrecen los patrones ideales de la sociedad vigente. Esta actitud, de carácter hostil, expresa una conducta desesperada por no poder admitir los conflictos de una realidad cultural vigente.

A esta importante contribución de E. Erikson nos permitiremos agregar que la identidad laboriosamente lograda por el joven no cierra de ninguna manera -a nuestro entender- el proceso, que perdura como pugna contra el aislamiento, el estancamiento y la desesperación. Debemos tener en cuenta que el problema de la identidad se replantea constantemente en las distintas edades del hombre y, más aún, en el cuadro de una cultura en transición acelerada. El adulto suele respaldarse en una identidad consumada en el tiempo de la memoria autística y social. El adolescente necesita del tiempo prospectivo; he ahí, sí, una diferencia significativa.

Pero, en la búsqueda persistente de nosotros mismos, la referencia a los valores asume un papel decisivo. Descubrirse y reconocerse es hacerlo en situaciones a las que adjudicamos un palpitante valor. **Somos en tanto que hacemos; hacemos lo que valoramos.** El valor otorga sentido a nuestros actos y sabemos quiénes somos por ese sentido. Los valores emergen en la atmósfera social como centros polarizadores de acción.

La incapacidad de definir nuestra identidad o el peligro cierto de perderla, se vinculan con la quiebra de los sistemas de valoración. Dejar de creer es confundirse. No poder llegar a creer es condenarse a la incertidumbre. De un modo u otro reaparece la anomia.

En este momento de nuestra cultura, adolescentes y adultos padecen la misma crisis: unos buscan apuntalar lo que se cae y otros empujan para ver qué queda luego.

El conflicto
de base:
la relación
padre-hijo

En el ojo de las tormentas sociales está el nudo de la relación paterno-filial. Este es un tema eterno y complejo con un juego de implicaciones de ardua discriminación. Como creemos en la llamada **regla de la totalidad ligada** de los hechos sociales, en el proceso que enlaza al padre con el hijo revierten variables diversas que contribuyen a acentuar o aminorar las tensiones. Veamos de resumir algunos aportes muy críticos que han resonado en nuestro tiempo social:

Desde una perspectiva del **hombre político**, a la manera de Maquiavelo, padre e hijo compiten por el poder, entendido como capacidad de decisión y logro de obediencia. Según esto, uno busca mantener el poder

alcanzado y el otro pugna por despojarlo. Esta sería la alternativa de los antagonismos originados en una apetencia de retención o conquista.

Desde el ángulo del **poder económico**, un razonamiento tácito en marxistas actuales diría que, en cada hogar, se darían dos “clases”: por una parte, la parental -detentora de la autoridad y por tanto opresora- y, por otra, la filial, de los oprimidos. Este esquema, sin duda forzado, se ha insinuado constantemente en la prédica táctica de los promotores revolucionarios, que procuran quebrar los vínculos familiares y alientan una seductora “liberación” de los jóvenes.

A partir de S. Freud el conflicto yacente tomó un nombre propio, Edipo o Electra, y la clave de las rivalidades se centró en el deseo ‘posesivo del hijo y en la amenaza de castigo del padre. Esta versión no es la única, pero dominó el escenario de la psicología profunda. Para citar un heterodoxo, bástenos con E. Fromm, que formula un planteo diverso centrado en estos conceptos: Edipo simboliza la rebelión del hijo contra la autoridad coercitiva del padre, cimentada en una sociedad patriarcalista. La conducta de Edipo expresa el derecho del hijo de bregar por la libertad y condición de hombre autónomo, a despecho del autoritarismo. (18)

- E. Jones, por su parte, construyó así su interpretación: Durante la etapa edípica el niño se carga de envidia y odio por la amenaza latente o real del padre castigador. En esta etapa no le queda otro recurso que postergar su venganza para la madurez. Esa fantasía se sumerge en la latencia, pero está pronta a reactivarse cuando las circunstancias lo estimulen. Por otro lado, el padre advierte que, a medida que su hijo crece, va perdiendo fuerzas y comienza a envidiar el progreso filial, por lo cual intensifica su hostilidad y opresión. En este juego destructor, el hijo creciente renueva sus odios y encuentra sus fuerzas en expansión; el padre menguante también renueva sus conflictos y pugna por no ceder. La crisis es lógica, los adversarios ‘se alimentan de odio y de envidia.

G. Pearson añade su punto de vista cimentado en el narcisismo: “dos narcisismos heridos se repelen”. Sus conclusiones podrían tildarse de pesimismo resignado: “No conozco ningún sistema capaz de mejorar la irritante conducta que producen en ambas partes las heridas en carne viva. La sabiduría, el conocimiento, el recto juicio, todo fracasa frente a las ofensas de carácter narcisista y frente a la amnesia que padecen todos los adultos en lo que se relaciona con sus propias formas de sentir cuando fueron adolescentes. Sólo se puede esperar que ambos se las arreglen para sobrevivir durante los años en que se presentan estas dificultades, sin inferirse mutuamente daños irreparables”. (19)

- En verdad es tan sombrío este panorama de algunas filosofías y psicologías contemporáneas, que pensamos que es urgente recobrar el

sano criterio de la experiencia de la vida que considera a las vivencias de la paternidad, la maternidad y la filiación como hechos maravillosos del amor de Dios. Por eso, buscaremos otro modo de plantear el problema, en un ensayo de comprensión desde otro nivel y con otra metodología de pensamiento.

**Ensayo de
comprensión
dialéctico-
existencial (20)**

La necesidad de afirmar su yo y crecer en el sentimiento de identidad personal genera la voluntad de poder del hijo. Ese afán lo hace consciente de sí. La voluntad de querer ser lo revela ante sí mismo y lo descubre como sujeto distinto del padre. El yo humano es un yo volitivo y, al dar curso a su propósito, el hijo se perfila y se define como un "sí mismo" diferente de cualquier otro, pero especialmente si ese "otro" es adulto y, específicamente, es el padre.

Sin embargo, éste no es un proceso de conocimiento, sino de acción, y es en la acción que el hijo **se va re-conociendo**. Ahora bien, la acción se realiza hacia el logro de una meta, de un objeto. Y si éste se halla distante y, por naturaleza, es algo todavía no asimilado, el hijo se encuentra que, cuando lo hace suyo, lo aniquila como objeto y lo absorbe en su condición subjetiva.

Por aquí vislumbra el hijo el fracaso del deseo, que se agota en búsquedas infructuosas o que, si llega a la meta, ésta se desvanece. Su voluntad de querer es un apetito que se consume en desear. Emerge entonces un sentimiento de vacío. Su ser parece desembocar en nada. Paradójicamente lo positivo es su voluntad de negarse a una identidad que lo pierda. Lo negativo es que su deseo choca con una realidad evanescente. No obstante, el yo del hijo se definirá por su voluntad de querer ser lo que todavía no es. Lo no alcanzado nos dirá qué es él. Pero la insatisfacción crecerá en la intimidad del hijo y se volverá irritado contra la imagen del padre a quien enrostrará la culpa de haberlo arrojado a un mundo donde parece que la voluntad de ser es un engaño.

Este es el momento en que el ser del hijo, "fuera de sí", se torna críticamente negador del padre y del mundo de éste y, si alguna identidad alcanza, es la identidad negativa. A todo le opondrá el **no** distinguido. Su **ser es el no-ser del padre**.

Sin embargo, en el círculo de negaciones una revelación se insinúa. El deseo de ser otro y ser más no se alcanza por el camino de anhelar objetos, sino cuando la meta de la voluntad es una voluntad más anhelada.

sa. La vía del deseo a otro deseo, del vacío a otro vacío, vislumbra la posibilidad misteriosa de ser más. Negando dos veces, se afirma. El enriquecimiento del ser-se logra por una ruta sin posadas. El ser del hijo, como lo fue el ser del padre, es un movimiento, devenir del “querer-ser-querer, querer-ser-querer-ser”, un anhelar de anhelos. El principio de la identidad personal del hijo se asienta en la contradicción: ser siempre lo que no es y rehusar el ser que se es. El hijo asume entonces su destino y su esencia temporal.

Al alcanzar este profundo sentimiento del devenir el hijo se descubre como existente en ‘una. humanidad anhelosa, donde cada hombre, padre o hijo, juega su juego del mismo modo. Esta podría ser una colectividad de seres anhelosos atomizados o componer una verdadera sociedad. La posibilidad no es fácil, las voluntades pueden perderse en deseos individuales, en identidades negativas o en espejismos. Pero si los seres humanos alcanzan a descubrir que los deseos que los alimentan y mueven pueden ser comunes como vivenciai, sentirán que se hallan unidos en una entidad superior que los llama recíprocamente. El hijo puede ahora recobrar la unidad con el padre a quien percibe como deseante de deseos, tan frustrado o tan pleno como él.

La vivencia de la re-unificación sólo es factible cuando el hijo ha crecido en la convicción de su identidad en devenir! cuando ha debilitado la susceptibilidad, de sentirse avasallado toda vez que percibe que su ser es como el ser del padre. Cuando el orgullo de ser sólo él, deja paso a la frustración reiterada de ser más y ser otro entonces se yergue el hijo sobre los grises, pero sólidos cimientos de la humildad, y ve con una simpatía nueva. que su padre y él están desvalidos y deseosos de un afán semejante de plenitud de ser.

Sólo a través de un aprendizaje en la humildad podemos ganar la ‘instancia de una solidaridad perdida interpersonal y social. Es un aprendizaje que duele, transido de un tiempo angustioso, de choques y de aislamientos (pensemos que necesarios). Todo hijo debe recorrer la parábola del pródigo para ser verdadero hombre. Todo, hombre debe ser generoso como el padre del pródigo, para ser verdadero padre. Este es el itinerario de la autoconciencia.

Existe, pues, **el camino de la religación**. El padre fue a su vez hijo. El hijo será padre un día. Uno y otro discurrirán por el camino de ser lo que no habían sido o dejar de ser lo que fueron. Retornar esto es sentir la corriente eterna del devenir. La apetencia de un yo absoluto no es compatible con la limitada vida humana. La euforia de la libertad deja paso al choque con lo real. Y en ese momento las miradas del padre y del hijo volverán a descubrirse a través del amor. Ninguno es independiente del otro. Uno se descubre padre en los ojos del hijo; los ojos del

hijo lo hacen padre. El hijo se descubre hijo en la mirada del padre. Los dos a la vez son señores, los dos a la vez dominados. En esa ambigüedad está la clave del misterio que siempre se renueva: el del Creador y su criatura, Dios y el hombre. En la infinita dependencia de Dios, el padre y el hijo se reúnen. Ya no son antagonistas, sino están uno junto al otro, con su pequeña fortaleza, con su condicionada libertad, rescatados por el amor.

Y desde esa posición firme, porque ' es real, se valoran como hombres con proyectos existenciales e históricos cumplidos o por cumplir, no prescindentes uno del otro, sino necesitándose para el ejercicio de la voluntad de vivir.

Notas y observaciones bibliográficas

- (1) Debesse Maurice, *La crisis de originalidad juvenil*, Nova.
- (2) Sciacca Michele, *El derecho como privilegio*, artículo de La Nación.
- (3) Monner Sanz José M., *El problema de /as generaciones*, Emece. Obra muy recomendable para ubicarnos actualizadamente en el tema. El eje del texto es la cuestión de las generaciones literarias, pero compone una visión amplia y crítica de aspectos históricos y sociológicos.
- (4) Monner Sanz Jose M., op. cit., pág. 56.
- (5) Perriau Jaime, *Las generaciones argentinas*, Eudeba.
- (6) Marías Julián, *El próximo acto*, artículo de La Nación. Este autor se ha ocupado lúcidamente en el problema generacional. (Ver *El método histórico de /as generaciones*, Rev. de Occidente, y *La estructura social*, también Rev. de Occidente). En el artículo aludido establece una distinción y calificación muy apropiadas acerca de las cinco generaciones en cuestión.
- (7) Spranger Eduardo, *Psicología de la edad juvenil*, Rev. de Occidente. Recordar su *ensayo de una caracterización psicológica de la adolescencia*.
- (8) Cliner Marshall, *Anomía y conducta desviada*, Paidós. Óptima compilación de este autor, valioso aporte para los estudiosos del problema.
- (9) Merton Robert, *Teoría y estructura social*, F. C. E. Véase el concepto de función social.
- (10) Merton Robert, op. cit.
- (11) Germani Gino, *Sociología de la modernización*, Paidós, pág. 21.
- (12) Cadwallader Mervin, *Análisis cibernético de/ cambio*, en la compilación de Etzioni-Etzioni, *Los cambios sociales*, F. C. E.
- (13) Coser Lewis, *Las funciones del conflicto social*, F. C. E.
- (14) Ver artículo *Familia y cambio social*, Revista del Instituto de Investigaciones Educativas, N° 1.
- (15) Entre otros trabajos de Jean Piaget merece citarse el análisis que sobre el tema ofrece en *Psicología de la inteligencia*, Psique, cap. VI y conclusiones.
- (16) Erikson Erik, especialmente en *identidad, juventud y crisis*, Paidós.
- (17) Erikson Erik, op. cit., pág. 42.
- (18) Fromm Erich, *El complejo de Edipo y su mito*, en *La familia*, compilación de varios autores. La península.
- (19) Pearson Gerald, *La adolescencia y el conflicto de /as generaciones*, Siglo Veinte, pág. 46.
- (20) En el cap. IV de la muy densa y rica *Fenomenología de/ espíritu* de G.W.F. Hegel se pueden hallar preciosas sugerencias sobre el problema. Hemos tenido en cuenta a Mercado Vera Andrés, *Antropogonía, Dialectica y Muerte* y a González Ríos Francisco, *La mediación y su desenlace*, excelentes análisis ambos, compilados en la *Valoración de la Fenomenología del espíritu*, Devenir.